060310

COMETAS

Originales

muchos no publicados

Enviados desde Roma

40510

R. Panikker
P. O. BOX. 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

Canto del amor ciego II

329, bis

(añadido al 329)

Mi amor es ciego, no tiene razones, no tiene un por qué, precisamente por ser último y no tener nada que lo explique, que lo aclare o lo trascienda.

Te amo porque te amo, te amo sin ningún por qué, te amé sin razón y sin razones. Todo esto se queda muy atrás; la inteligencia y aun la misma voluntad vienen luego, porque yo no amo porque la inteligencia me descubre ~~la bien~~ verdad o la voluntad el bien.

Yo amo porque soy amado, yo amo porque no puedo menos de amar, yo amo porque sí, sin razón ninguna, sin explicación de ninguna clase.

Mi amor es en mí lo último porque es una simple respuesta, porque es la misma entraña de mi ser: una participación del Amor, un destello de la Caridad.

Mi amor es ciego, y además mudo. Mi amor no sabe hablar, no sabe decir nada, no puede expresarse; por esto mismo parece, a veces, tan frío, tan insulso, tan normal, tan pequeño.

Mi amor no habla, mi canto no es el de un ciego que ha puesto en su voz el color, la

luz y el paisaje que mis ojos no le dan. Mi canto, Señor, es ciego, pero además mudo.

No oye, pero tampoco habla, tampoco canta. Ya no te puedo cantar. No sé qué decirte, ni sabría cómo decírtelo, ni tengo algo que entonar.

¿Por qué han hecho así a Tu criatura? Le han dado un amor ciego, un amor mudo; más aún, un amor sordo, un amor que no oye, que no siente, que no palpa, un amor que no percibe el incienso de Tus criaturas, ni el olor de Tu presencia.

Mi amor es noche, Señor, mi canto es silencio, mi vida es obediencia.

No te veo, no te oigo, no te siento.

Gracias, Señor, porque si te viera, no sería Tú, no sería Tu faz, sino una ilusión óptica cualquiera.

Gracias, Dios, porque si te oyera, no sería Tu voz, no sería Tu tono, no serían Tus palabras, no sería Tu Verbo, sino cualquier ruido de criatura, cualquier murmullo de seres que descienden ...

40228

El sentido de mi existencia

331

Dame, Señor una existencia fecunda; dame, Señor, una vida plena, una vida, vida.

Ya no te serviré con mis ideas; tú no quieres servirte de ellas. Ya no te cantaré con mis labios; tú los encuentras desafinados y no lo quieres. Ya no te podré ofrecer una actuación externa, ni una ~~eficaci~~ actividad apostólica; tú no me deseas activo, ni misionero.

Ya no me queda nada, Señor, nada, sino mi vida; mi vida sin otro contenido que la propia vida; mi vida sin misión, sin ideas, sin actividad, sin nombre, mi meta; mi vida pura. Y es ésta la que tú quieres, y es ella la que te ofrezco.

Y esto no son palabras, ni es literatura lírica, ni el desahogo natural de una vida agitada. Esto es mi oración, es mi propósito, es mi vida.

Tú sabes de mis ambiciones de santidad, de mis deseos de servirte, de mi pasión por la Verdad, de mi amor a Ti, a Ti entero, a Ti, y a Tu Iglesia. Mi vida no tiene contenido, ni misión, ni tarea ninguna; pero no puede dejar de tener un sentido.

Me parece que lo encuentro, Señor. Déjamelo que te lo repita para que tú me digas, si es exacto; para que tú me hagas ver, si todavía hay un deseo poco puro de ser importante, de pesar en el mundo, de tener eficacia real, de contar como un factor verdadero para el Advenimiento de Tu Reino. Porque me resisto a creer que una persona humana a la que tú has redimido con Tu Sangre y amado con Tu Vida, sea solamente como la flor de un día o como la nube de

un momento, me resisto a creer — creo más bien que es una blasfemia — que toda persona no sea sino una cosa, una pieza intercambiable, un instrumento aparente, un ser perecedero, intrascendente, baladí. ¡No! Cualquier persona es un reflejo único, un reflejo propio, intransferible, personal.

Mi vida tiene un sentido, que es precisamente el último sentido que puede tener: la vida misma. Mi existencia tiene el sentido de mi propia existencia. Y esto concretamente tiene un nombre: oración; y en mi, oración sacerdotal.

El sacerdote, todo sacerdote, el que es una participación ontológica y directa — sacramental — del Sacerdocio eterno y el que es una imitación del mismo, o un simple deseo, o una deformación, cualquier sacerdote en cualquier Religión es el hombre de la plegaria, es el hombre de la oración. Generalmente es una oración pública, es una plegaria litúrgica, es el culto divino; pero no es necesario que así lo sea siempre.

Mi existencia tiene el sentido de mi oración; pero no ~~en un sentido~~ entendiendo por tal (no) una oración yuxtapuesta, accidental o una oración con un contenido determinado — cualquier misión que Dios encomiende a los hombres debe surgir de la oración y estar impregnada, informada por ella ——, sino una oración existencial, una oración substancial y pura, o con otras palabras una vida-oración, una existencia oranle.

Esto es muy concreto. Para que mis hermanos recen y vengan hasta Mí falta alguien que transmita las noticias, que alguien que transporte la gracia, alguien que le comunique los puntos flacos — porque los ve, porque los sufre —, alguien que les haga llegar Su aliento, Su bendición en su dimensión substancial e invisible más profunda.

Más. Tu Iglesia, Señor, está fermentando. Necesita reforma, necesita santidad, necesita cambio sin perder continuidad. Pero tus santos, tus reformadores, tus hombres de Iglesia, Señor, necesitan de la mejecita humilde que pide por ellos, del trabajador sencillo que les ofrece su paciencia, de la viejecita ingenua que les consagra su cansancio y necesitan de mí que les doy mi vida.

Déjame ser varón de deseos, como Daniel, Señor, que por esto le bendecisteis. Ahora se discute, se lucha, se estudia y se reza en tu Iglesia por el caso de los sacerdotes obreros —para poner un ejemplo. Yo conozco a varios y tengo más de una relación con los que intervienen en el primer plano. Yo tengo mucho que decir y se me queman las entrañas por no intervenir y aclarar y escribir y hacer ver y ayudar a hacer el mandato prudente y la obediencia inteligente. Pero no es mi camino, mi ~~[illegible]~~ voluntad. No podría además llegar a todas partes, ni tan profundamente como con mi existencia, mi vida por tu Iglesia, como con mi oración por ellos.

Ahora discuten en Roma sobre el último libro de Papini. Tengo en la cabeza una carta abierta, dirigida al autor y pensada a la vez para la Congregación romana y se me va la pluma; pero tú me pides silencio, oración y penitencia. Y ese es mi camino y mi eficacia.

Ahora se explica una determinada Q y aun A. A mí se me ocurren muchas cosas que decir. Llevo 15 años estudiando apasionadamente estos temas. Pero tú prefieres que mi eficacia sea más profunda y mi acción más interior, no apareciendo, sino solo ante Ti, con mi fidelidad, mi amor y mi correspondencia.

Ahora, ahora, ahora, en casa, en la Iglesia, en el mundo --- ¡Sí, suceden tantas cosas! Mi existencia tiene un solo sentido: la de contribuir a remediarlas, a corregirlas, a perfeccionarlas, no con mi acción, sino con mi ser, no con mis ideas, sino con mi oración, no con mi libertad, sino con mi obediencia.

Me enfado y entristezco porque han construido otro gran templo suntuoso, donde hacía menos falta, en lugar de emplear el dinero en otras cosas o construir la iglesia en otro sitio. Yo no puedo nada directo; pero sí que puedo ~~ayudar~~ ayudar a la construcción del templo del Espíritu Santo que soy yo mismo, con una mayor fidelidad y riqueza.

Déjame sentir entonces mi responsabilidad, Señor, mi importancia, el sentido profundo y directo de mi existencia.

No te hablo de holocausto, ni de sacrificio, como si quemase unos talentos o enterrase unos valores. Si cumplo tu voluntad ¿qué más quiero? ¿qué mayor fecundidad puedo desear?

Déjame, Señor, que ande siempre en tu presencia, que hable siempre en oración, que viva siempre en ti.

Y esto se hace de una manera. Mi oración no podrá ser muy subida, ni mi contemplación muy excelsa. El sentido de mi existencia orante no es el de una oración intelectual, sino el de una vida de caridad, el de una existencia de amor. De amor a ti y amor al prójimo.

Mi amor a ti, en mi vida sencilla y vacía de contenido tampoco podrá ser muy profundo. Mi amor en cambio al prójimo, mis pequeños servicios, mi sonrisa, mi tiempo, mi educación, mi plegaria y mi perdón, ¡ésto sí puede colmar plenamente el sentido de mi existencia tal como tú lo quieres.

Déjame sentir mi existencia fecunda, Señor; déjame creer que aceptas mi vida y que mi oración por tus hombres, por tu Iglesia, por mis hermanos, te es acepta

Yo viviré de cara adentro, una vida escondida en ti. Et vita nostra abscondita est cum Christo in Deo!

Tus amigos y tus hermanos te conminaron, una vez, a que te manifestases al mundo y a que obrases tus milagros delante de los hombres. Tu contestaste misteriosamente que tu tiempo, tu καιρός no había llegado todavía, que tu momento no había alcanzado su plenitud, su pleroma — πεπλήρωται. (Io., VII, 3 sg.). Tus hermanos no creían en ti, dice San Juan, no tenían fe. Dame, Señor, esta fe, aumenta mi fe, para que comprenda que mi tiempo todavía no ha llegado

Y todo esto, Señor, de una manera simple y sencilla, sin darme importancia y sobre todo olvidándome de mi mismo. Ya no tengo que preocuparme yo de nada, ya no tengo que realizar nada, ya no me es necesario planear, realizar, proyectar, ya no me hace falta pensar en mi mismo o en mis cosas que ya no existen. Mi existencia tiene el más simple de todos los sentidos: existir, estar ahí, Señor para ti, para darte gloria, para cantarte, para mirarte y amarte, estando siempre dispuesta a lo que tu quieras.

40328

Con el ánimo sosegado, como decían nuestros místicos clásicos. Amarle a Él y amar a mi prójimo con el ánimo sosegado, con un amor discreto, humilde, callado, concretado en los pequeños servicios de todos los días y en mi minúscula fidelidad cotidiana.

Con el ánimo sosegado porque soy suyo y suya es mi paz. Con el espíritu sereno porque estoy en sus manos y en la de aquellos que acaso no entiendan —— quizá por destino o por culpa mía —— este volcán interno que soy; pero que me quieren bien y le aman y le sirven y le son sus fieles instrumentos.

40301

Acción de gracias después de la Misa

332

Gracias Señor. No quiero pedirte nada. No me queda ya nada que pedirte porque ya te lo he pedido todo. Solo me resta darte gracias.

Gracias porque a pesar de mi, Señor tu indigno siervo, tu distraído hijo, tu pequeña criatura, has querido realizar el mayor de los misterios. Mi día entero tiene que ser una acción de gracias, un acto ininterrumpido de agradecimiento; de un agradecimiento confuso y anonadado. ¿Cómo pueden venir a mis manos? ¿Cómo obedeces a mi voz y te sometes a mi intención? ¿Cómo vienes a mi y desapareces entrando en mi, quedándote en mi?

La Misa, el Sacrificio, el Calvario, la Redención, el pecado, el amor, la Trinidad. Señor, gracias.

No permitas que me vuelva insensible, no toleres que lo encuentre natural, no quieras que piense ahora en otra cosa, ni que haga planes para el día o que haga una distribución de mis horas o de mi actividad. Ahora me toca estar quieto, darte gracias, quedar embobachado, anonadado, confuso, humillado; me toca estar temblando aun de lo que ha sucedido, tengo que volver a pensar lo que Tu en mi y por mi han realizado.

Que calle todo /eñor, que no haga propósito ninguno que me distraiga de Ti

El /acrificio es transeunte, pero los frutos, los efectos y aun la Eucaristía es permanente. „Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in illo" (Io., VI, 5-6). Permanecer, estar, ser, μένει, callar.

Permanece en mi /eñor. No te vayas, que no te eche, que no me distraiga. Mane nobiscum Domine! Sí, quédate aquí, quédate conmigo y cuando tenga que levantarme para ir a mi trabajo cotidiano, no desaparezcas, no te enfurruñes, vente conmigo /eñor, que si no me lo prometes yo no me muevo de aquí.

Gracias, /eñor. No cierres el diálogo. Tu Iglesia, Tu Esposa, Tu Cuerpo Místico en mis manos se elevaba al Padre en holocausto de adoración, de amor, de acción de gracias, y del Padre descendía el perdón, la redención, la gracia, la introducción en su seno

Que no pierda tu presencia, que no me olvide de Ti, que no nos separemos ni un instante; que te cante y te bendiga con los tres jóvenes, con las fuerzas todas de la naturaleza, con los hombres y los ángeles, con Tu hijo Jesucristo para continuar el cántico nuevo de los seres todos. Amén.

40310

R. Panikker
P. O. BOX. 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

Obediencia y persona

333

No digo personalidad para no dar la impresión de una simple consideración moral. Sostengo no solo que la obediencia es necesaria para tener personalidad, sino que se requiere de una manera u otra incluso para ser persona.

Ciertamente, el último músculo que une a la persona solo puede llamarse obediencia en un sentido analógico profundo en cuanto es la relación, la religación del ser personal con el Ser. Si yo no quisiera ser yo, no sería. Lo que ocurre es que yo no puedo querer dejar de ser yo. Yo puedo querer ser otra cosa, ser de otra manera, tener otro carácter, poseer otras características; pero yo no puedo eliminar el sujeto yo, último e irreductible que aunque quisiera cambiarse total e integralmente siempre es un yo profundo que quiere modificar sus estructuras. No solo ocurre que yo no puedo querer dejar de ser yo; sino que la misma proposición — no lógica, sino metafísica — no tiene sentido; pues se reduce al principio de contradicción.

Yo soy yo, en cuanto estoy ligado al fundamento de mi yo, del cual no soy sino una

espuesta, un Qué, en último término. Es decir yo soy en la medida que soy obediente al ligamen, al vínculo, a la relación que me constituye.

Al decir que yo no puedo dejar de querer ser yo, se descubre que la voluntad no es una especie de facultad o potencia substancial — como tan a menudo suele imaginarse, hipostasiándola en sí misma — que pueda funcionar frente a mi ser y en contra de él. Yo no soy mi voluntad; pero mi voluntad es mía y cualquier cosa que ella quiera siempre soy yo que la quiero y es desde mí que ella quiere. Yo soy yo, porque quiero ser yo y no puedo querer dejar de ser yo, porque mi querer surge de mí mismo yo.

Cuando la voluntad es consciente de ello, cuando mi inteligencia ilumina la tendencia espiritual de mi persona, entonces mi ser personal, mi yo, empieza a ser conscientemente obediente. Es obediente porque quiere ser lo que es, porque quiere la realidad — y se da cuenta que esta realidad no es un sí-mismo, una aseidad — un ens a se —, sino un de-sí-mismo, una alteridad, un ens ab alio.

R. Panikker
P. O. BOX. 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

La obediencia se reduce, en último término a la conciencia de "creaturalidad", a que no me pertenezco, a que soy en la medida que soy de Dios.

Pero dejemos este último plano de la obediencia ôntica — de la que solo la persona es capaz (la piedra o el animal no pueden querer ser lo que son, ni otra cosa tampoco; no pueden querer) — para pasar a la obediencia antropológica en su sentido integral cristiano, es decir dentro de lo que suele llamarse la esfera de lo "voluntario" y que mejor se denominaría la realidad existencial.

Cristo dice repetidas veces que él ha venido a cumplir la voluntad de su Padre ( ), que su juicio — ἡ κρίσις — es verdadero porque no está solo, porque no es solitario ni único — ὅτι μόνος οὐκ εἰμί — sino que que está con su Padre que lo ha enviado (Io., VIII, 16). Su doctrina no es suya, sino de aquel que le ha enviado (Io., VII, 16). Quien habla por sí mismo — ἀφ' ἑαυτοῦ — busca su propia gloria, pero quien busca la gloria — τὴν δόξαν — del que le ha enviado, aquel es verdadero y no hay injusticia

en él (Io., VII, 18). El habla lo que a oído junto al Padre — ἃ ἐγὼ ἑώρακα παρὰ τῷ Πατρὶ λαλῶ — (Io, VIII, 38). Solamente quien guarda su palabra, quien custodia su logos — τὸν ἐμὸν λόγον τηρήσῃ — no verá la muerte por toda la eternidad (Io., VIII, 51).

La traducción mística de estos y análogos textos vendría a ser del tenor siguiente aplicada a la vida concreta:

Yo no puedo fiarme de mi criterio, mi régimen seguir aquello que me parece a mí mejor, — es decir, la muerte de toda ética estoica o racionalista de un vivere secundum rationem, que ~~clima~~ no deja lugar para la moral evangélica (piénsese en el Sermón de la Montaña) —, yo no puedo buscar mi gloria, ~~mi perfección~~ mi voluntad, sino la de aquel que me ha enviado.

La vida del cristiano sobre la tierra es una auscultación íntima y sobrenatural del Espíritu Santo en su interior y en su exterior, para obedecerle y poner por obra sus mandatos y hacer, pensar y ser lo que Dios quiere.

R. Panikker
P. O. BOX, 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

He hablado del interior y exterior del ~~hombre~~ cristiano, en primer lugar porque el hombre es una unidad — y en consecuencia cualquier división — por muy necesaria, justificada y real que sea — siempre dejará fuera algo del hombre si no se consideran todos sus miembros. Pero en segundo lugar, porque la manifestación de la voluntad de Dios no es ~~un~~ solo un reflejo íntimo y escondido en la conciencia individual, sino que es también una Revelación orgánica, externa, eclesiástica que comporta un Amor, una Esperanza y una Fe con un credo que contiene fórmulas, personas, organizaciones y cosas y desciende hasta la voluntad humana falible limitada y acaso aun miope y mezquina del superior jerárquico inmediato de cada cristiano.

Esta obediencia no es un ~~privilegio~~ monopolio del/ ~~los religiosos~~ estado de perfección. — aunque estos posean el privilegio de una concreción unívoca que difícilmente puede darse en otro estado — sino que es una exigencia, una necesidad y una realidad para cualquier fiel cristiano. Precisamente una de las misiones

que vienen a realizar los Institutos seculares en el mundo, es la de posibilitar a los cristianos la vida real y perfecta de la obediencia cristiana aun permaneciendo seglares en medio del siglo.

Pero no debe interpretarse aquella Voluntad de Dios en un sentido meramente moral —o acaso ecclesiástico— como un deber que se nos impone por quien tiene Poder y Derecho de hacerlo; sino que hay que profundizar más en el Misterio ~~de la Cruz que viene en su aspecto~~ de la obediencia, parte integrante del Misterio de la Cruz.

Con ello el aspecto inmanente y trascendente, las vertientes exterior e interior que han a menudo se mantienen separadas consiguen una síntesis real que sin amalgamar desordenadamente ambas dimensiones las unifica en la realidad existencial.

Yo solamente llegaré a ser, es decir —en lenguaje cristiano— me salvaré, si obedezco, o sea, si consiento a Dios, en y no a mi mismo, en norte, guía, faro, de mi actuación y de mi ser. Con otras palabras: quien ama

R. Paniker
P. O. BOX, 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

(7

su vida la perderá, quien se busca a sí mismo se condenará, quien quiere regirse por su propio criterio, por su sola razón, se extraviará.

La obediencia es la condición indispensable para mi ser persona.

No interesan, ahora, los caminos por donde desciende esta Voluntad de Dios — Cristo. Iglesia. Comunidad - (familia, nación, congregación, institución, círculo, amistad, etc.) — sino el espíritu de obediencia necesario para poderse salvar.

Espíritu de obediencia es esta disposición antiegoísta que nos hace estar dispuestos a dejarnos mandar, modelar, formar, forjar por Dios en la persona de los superiores, leyes, mandatos, circunstancias o lo que sea.

Espíritu de obediencia es la disposición interior de morir, de odiarse a sí mismo, de perder su alma, convencidos de que es el único camino para llegar al Ser, para llegar a ser.

— Déjate mandar y serás perfecto, decía San Juan de la Cruz y no especificaba para nada la calidad del mandamiento. Ahí radica

el misterio.

Por eso solo obedece el humilde —iba a decir el verdaderamente inteligente, pues la humildad y la inteligencia se encuentran en la verdad— aquel que reconoce su dependencia ontológica, su entidad participada, su ex-sistencia conferida, regalada y gratuita.

Yo soy en la medida que obedezco. Misa va llegando a su plenitud en la medida que acepta esta religación, que aprieta este vínculo. Para tener la visión de esta conexión hace falta la fe y para poseer la fuerza para llevarla a cabo —obedeciendo— se requiere la gracia. Por eso nadie puede salvarse sin el auxilio sobrenatural de Dios.

40324

El arte de refutar

334

Recuerdo que en unas Conversaciones Internacionales se convirtió casi en slogan para empezar las discusiones de los diversos participantes: "Yo estoy de acuerdo con Vd, pero---" — Je suis tout à fait d'accord avec vous, mais--- —— y entonces empezaba la perorata que defendía una opinión completamente distinta.

En el fondo no era solo una fórmula de cortesía o de diplomacia, sino que expresaba, aunque mal, una característica esencial de la inteligencia: la superación, o si se prefiere, la sublimación.

El temperamento latino que se inclina a creer más en los hombres que en las ideas, expresaba con ello un acuerdo existencial, con la persona, que servía de ~~base~~ punto de partida a un desacuerdo esencial, en el orden del pensamiento.

Intentando dar un sentido coherente a aquella expresión, recuerdo que yo empleé otra forma, en el fondo similar, pero acaso más sincera: "Yo estoy de acuerdo con lo que Vd. quiere decir, pero --- no con lo que Vd. dice"; en donde no se trataba, evidentemente, de una discrepancia en la manera de decirlo, sino en los conceptos empleados para revestir un pensamiento profundo con el cual me declaraba de acuerdo.

Si de esta anécdota pasamos a la manera clásica de refutar opiniones, sistemas, doctrinas y herejías en los manuales corrientes de Filosofía y Teología, tendremos el ejemplo complementario para darnos cuenta como no se debe refutar.

No se consigue nada poniendo un dique al error, es una equivocación psicológica y metafísica querer combatir al error como en una ~~torneo medieval o~~ batalla guerrera o un bombardeo moderno. A lo más la lucha contra el error podría compararse a un torneo medieval en el que se juega limpio y en el que se reconocen las leyes de la caballerosidad y de la lid por encima del bueno y del malo.

La única forma de vencer al error es derrotándolo ciertamente; pero esto no consiste en aniquilarlo, sino en hacerle declarar su propia derrota, en convencerle de que es error, en convertirlo en verdad, en transformarlo, casi nunca en su contrario, sino en completarlo con su complementario.

El error es una verdad de la cual se abusa; el error puede ser error porque existe la verdad; pero no solo la verdad trascendente de la que el error no participa, sino la verdad inmanente en la que el error se basa y se apoya. Todo error es el tributo que el mal paga a la verdad. El error absoluto no existe.

Esto hace ver que no solo es psicológicamente contraproducente presentar batalla al error desde la verdad, como si estuvieran en un mismo plano, sino que es además metafísicamente equivocado.

El arte de refutar consiste pues en penetrar en el meollo mismo del error para comprender como ha sido posible y porque ha llegado hasta allí partiendo de premisas (unas últimas) verdaderas. Es un arte complicado, que requiere fuerza de intención y de inteligencia.

No podrá nunca refutar aquel para quien el error parezca una tontería o vea solo en él la intención torcida de la maldad sin penetrar en la influencia que esta haya podido tener en el mismo campo de la inteligencia.

Hasta aquí he hablado de verdad y de error como dos campos completamente separados, por lo menos por parte de la verdad. Esta postura existe, evidentemente; cuando la Iglesia define un dogma, por ejemplo. Pero el caso más frecuente en la lucha de dos opiniones, una de las cuales tiene más contenido de verdad y la otra mayor proporción de error. Entonces la ley del torneo intelectual consiste en penetrar en el campo enemigo y desde él dar razón, o de la incongruencia de la opinión combatida o de la evidencia de la propia.

Aquí, sin embargo, es necesaria una cautela, que muchas veces se ha olvidado en disputas apologéticas. Hay que penetrar en el campo enemigo; pero no vencerle con sus propias armas, como suele decirse, sino con las nuestras. Nosotros no podemos apearnos de nuestro caballo, arrojar nuestra lanza y coger al enemigo a traición. La penetración en el campo enemigo tiene que ser con todo nuestro equipo y la victoria

noble, en su campo, pero con nuestras armas. No es solo que sea peligroso abandonar nuestra posición y combatir con los supuestos del enemigo, sino que es además poco honesto, no tanto con respecto a él, sino con referencia a nosotros mismos.

Hay que combatir al incrédulo racionalista en su propio campo. Cierto. Con sus propios medios. Falso y deshonesto. Yo no debo apearme de mi fe para hacer apologética; pero es que además tampoco puedo; y si digo que lo hago no soy sincero. He hecho una restricción mental, no en la esfera moral, sino en la de mi intelecto. Yo no le combatiré desde la fe, desde mi campo. No le tocaría nunca. Pero sí con la fe en su propio terreno. Con una fe que no ha abdicado de la razón ni la ha ultrajado, sino que la utiliza como instrumento, como ancilla para un más alto servicio.

4040L

La visibilización y la idea

335

Vd., mi querido y respetado amigo, cree en las visibilizaciones. Yo, en cambio, creo en las ideas. No es que Vd. desprecie las ideas, pero no les concede demasiado importancia, en el fondo cree Vd. que la visibilización sino crea la idea, por lo menos la conserva, la difunde y le da su eficacia. No es que yo quiera prescindir de las visibilizaciones como entes superfluos o aun dañinos, sino que subrayo su carácter de instrumentos de las ideas y tengo delante de los ojos la eficacia de las puras ideas, sin ~~instrumentos~~ visibilizaciones adecuadas y el hecho de que la idea forja la visibilización.

No nos contradecimos, pero nos complementamos. En último término Vd. se preocupa de las visibilizaciones porque es creador de ellas y yo me apasiono por las ideas, porque creo tener algunas.

Permítame, pues, que sin contradecirle, en lo más mínimo, intente complementar su punto de vista con el mío

¿Vd. no cree, que para que una visibilización cuaje, debe haber un ambiente preparado y que la tal preparación se debe a unas ideas rondadas a veces que van fructificando sin orden ni organización aparente; pero

que son las verdaderamente eficaces y las que determinan un estado de opinión?

¿Vd. no cree que mucho más eficaz —hablo sin referirme a la mal llamada Universidad Católica —— que una institución para la defensa de la verdad —(es siempre un mal menor) lo serían un par de personas que difundiesen ideas verdaderas en las instituciones ya existentes?

¿Vd. no cree que al subrayar la importancia de la institución queriendo ser realistas, lo que somos es escépticos y de poca fe? Me refiero a una poca fe en la verdad, muy sintomática, cuando pretendemos defenderla, cuidarla y abrigarla tanto. Me refiero a un escepticismo en las fuerzas últimas de la naturaleza humana —— que es buena —— entre las que está también nuestra razón. ¿Qué significa una institución guardiana de la verdad? ¿Qué hay más fuerte que la verdad? A pesar de ser tan delicada, aun cuando se rompe en mil pedazos cada uno de estos trozos —verdaderos —— penetran en otros muchos sitios que acaso en bloque y compacta no hubiera podido.

Media docena de hombres, esparcidos por el mundo, con ideas, tienen más influencia que un centenar de instituciones que muchas veces no hacen

sino entorpecer el crecimiento y el desarrollo de una doctrina, de una idea, o de una sociedad.

Al grito orgulloso de Unamuno: ¡que inventen ellos!, se opone la consigna salida y casticista de trabajar en todas partes, de utilizar los instrumentos ya prefabricados, acaso sin alma o con un alma enferma, y en edificios del Estado y con dinero del Estado.

Mª. Zambrano. Caminos, Nº. 844

Es evidente que la idea tiende ella de por sí a institucionalizarse; pero no es menos cierto que la institución tiende también a des-idealizarse. Una acción inteligente tiene que contar con ambas corrientes y tiene que oponerles un freno prudente a ambas.

~~¿Cuántas veces los ha~~

La institución tiene que estar al servicio de la idea. Y ello es tan cierto que un Santo Tomás y un San Ignacio de Loyola no dudan en afirmar el primero y en legislar el segundo que todas las cosas deben estar al servicio de los que contemplan la verdad, de que los hombres de la Compañía deben ser los instrumentos de unos pocos que son los forjadores de ideas. ¿Y cuántas veces, en cambio, el hombre de ideas se encuentra sin medios, sin instrumentos y es a veces la misma institución la que le impide cumplir su misión, más amplia, más universal,

más católica!

Reconozco que de la misma manera que las ideas están encarnadas en los hombres que las hacen vivas, necesitan de las instituciones no solo para hacerlas más eficaces, sino aun para darles unos límites precisos y evitar que se salgan del círculo de su validez y se animadan otros campos en los que no valen.

Cuando la institución y la idea convienen en sinfonía positiva hay armonía y la eficacia es incalculable. La institución no da solo medios a la idea para expresarse, para formularse y para difundirse, sino que influye en la misma idea haciéndola más realista, limando sus aristas y puliendo sus rugosidades. A su vez la idea es el alma de la institución, le impide degenerar en burocracia muerta. La idea da vida con ello a la institución y a los hombres que viven de ella. Hay mucha gente que no puede vivir de una idea pura y que necesita esta misma idea dosificada, organizada, repartida, concretada y ejemplificada. Esto lo verifica la institución.

40408

R. Panikker
P. O. BOX. 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

El pensar teológico

336

No quisiera ahora exponer mi teoría sobre el pensar cristiano, ni desarrollar mi tesis de que hasta el presente la cultura cristiana occidental se ha apoyado sobre conceptos metafísicos helénicos extrínsecamente reformados, pero que no ha creado todavía las categorías cristianas del mismo pensar, etc, etc.

Quisiera solamente apuntar a un hecho, previo a cualquier teoría e independiente de mis tesis teológicas. Quisiera solamente decir que el pensar teológico no es una dialéctica racional a partir de unos cuantos datos revelados que se aceptan como axiomas de una especie de matemática-teológica, o como premisas de una ψ sobrenatural o informada por la fe, en cuanto que las premisas nos son dadas por la Revelación.

El pensar teológico es por un lado un intellectus fidei, un esfuerzo por entender, por comprender, — por saber —, la fe, lo que la fe nos dice. Es la tentativa humana por la intelección del Dogma, o si se quiere de la Revelación, intentándola reducir a un sistema congruente, siendo la sistema conexión de

los misterios e ilustrando llegar a las formulaciones conceptuales más precisas, menos imperfectas y más capaces de proponernos esta intelección a la que nuestra mente aspira.

Pero aquí no se termina la misión de la D, sino que esta no es sino la primera fase preparatoria de otros dos momentos que pertenecen también a la misma D como sabiduría.

En segundo lugar, pues, la D es también intellectus fidei. Es decir, no basta una intelección por rápida y profunda que sea de los datos objetivos de la Revelación, si estos no se ponen en contacto con el hombre que los recibe y para quien aquellos datos tienen precisamente un sentido.

La Revelación no es un conjunto de verdades muertas y puramente objetivas, sin referencia constitutiva a un sujeto (la Revelación a un ángel o a un perro serían esencialmente distintas a la nuestra); a un sujeto que en este caso es el hombre existencial concreto, el hombre viador y que espera y tiende hacia su fin que le es precisamente descubierto por la misma D.

R. Panikker
P. O. BOX, 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

La Fe es, además de una intelección de la fe, un intellectus spei, una intelección de la esperanza humana que ve en la Revelación, no una simple verdad, sino la Verdad que coincide con la Bondad, la Belleza, la Felicidad y el Fin del mismo hombre.

La Revelación no nos ha sido dada para que simplemente conozcamos; sino para que conociendo actuemos en consecuencia y por ella seamos salvados. La Fe es un saber de salvación; la Revelación es una ἐπιγγελία redentora, es una Buena Nueva para el hombre viandante.

La Fe debe intentar pues relacionar no solo los dogmas entre sí, sino también ellos con el sentido concreto y real de nuestra vida. La Fe es, con ello, intelección de nuestra esperanza, desciframiento de las aspiraciones y ansias humanas y solución a ellas por descubrir la Revelación extrínseca como fin existencial adecuado a la estructura práctica de nuestro ser.

Por eso la D tiene una rama que se llama Moral y otra que se denomina Antropología sobrenatural.

La D no es un simple elenco de verdades, sino un saber de salvación y con ello un intellectus no solo de lo que Dios dice, sino de lo que Dios con su decir quiere conseguir. Y para ello necesita conocer al hombre bajo esta luz sobrenatural superior.

La D quiere salvar, quiere redimir, es apostólica, no es simple exposición, sino que es convencimiento, responsabilidad, luz que se nos da para que andemos por el camino iluminado.

Pero aun hay más. La D es en tercer y último lugar intellectus caritatis. Dios no solo se nos revela para que nuestro intelecto conozca — intellectus fidei — o para que conociendo el hombre se ponga en camino y se salve — intellectus spei —, sino además y al mismo tiempo — puesto que esta triple división tiene solo vigencia metódica en cuanto al hombre que hace D — Dios se nos revela para que le

R. Panikker
P. O. BOX. 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

amemos. La D es el esfuerzo por comprender, en la medida de lo posible como en cada uno de los grados anteriores, el Amor divino. La D quiere desembocar en la Contemplación y una D que la excluyera no sería D. Una D que desterrara la Mística, sería tan imperfecta y falsa como una que eliminara la Moral.

La D aspira a que los hombres conozcan la Verdad, a que los hombres vigan el Bien y a que los hombres amen al Santo, o sea, la D es un saber de santidad. La D aspira a la santidad. No solo pretende la intelección del dato Revelado, de la Revelación y de las exigencias; sino que anticipa también la intelección del mismo Revelante, del propio Revelador. Y Dios es Amor.

Por eso la D no puede ser una simple y seca ciencia de conclusiones, sino que es una carismática salvidencia integral que

de rodillas y amorosamente escucha al Dios Revelante, le sigue con humildad y le ama con locura.

Y es precisamente aquí, en este último peldaño de la D en donde debe colocarse la verdadera y auténtica Apologética integral. Ciertamente la Apologética tiene una misión que cumplir en cada uno de los tres grados; pero una Apologética que se limite a contradecir argumentos y rechazar objeciones racionales no es todavía una Apología, una Defensa del Cristianismo. La Apologética debe esforzarse por exponer el Misterio del Amor y hacer descender su luz y su atracción hasta aquellos que aun se encuentran en las tinieblas de la incredulidad. No debe, tampoco, desdeñar descender a la palestra de la discusión racional; pero no debe nunca olvidarse de que su ~~Servicio~~ misión no es simplemente el de contradecir, sino el de intentar convencer allanando los caminos.

(7

R. Panikker
P. O. BOX, 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

Solamente desde esta tercera dimensión de la fe como intellectus caritatis se podría poseer una Weltanschauung teológica una gnosis católica, podría decirse, si esta palabra pudiera aun ser revalorizada y redimida de su sabor heterodoxo.

La fe intenta mostrarnos la Realidad total de Dios y el Universo, desde el punto de vista divino y con el mismo criterio con que Dios ve y juzga las cosas; es decir, ~~conta~~ la unión del Ser y los seres, desde arriba, in via descensionis.

De ser todo ello cierto, se comprenderían las características del pensar teológico. Si se rompe la caridad, si se falta a la comprensión, si el celo por la verdad desnuda nos hace reinos y beligerantes de los que no han salido resentirse de ella, entonces el pensar deja de ser teológico para convertirse en unas cuantas formulaciones sin vida y sin exigencias integrales.

Si se peca contra la esperanza; si nuestro intelecto discurre al margen de nuestra vida y con independencia de nuestras ilusiones, si el

conocimiento teológico no quiera ser intrínsecamente edificante, porque ha dejado de ser apasionante y ya no hay allí ningún pensar teológico, sino una simple segregación cerebral que va deduciendo proposiciones a partir de unas premisas, dialécticas y superficialmente entendidas.

Más aun, si la exposición de la ✝ deja de querer ser un *intellectus fidei* para convertirse en una *expositio dogmatum*, entonces pierde su último grado y deja automáticamente de ser ✝ para convertirse en un residuo, en un esqueleto, que no llega ni siquiera a cadáver, en una anatomía que no permite ~~ni siquiera~~ ninguna fisiología.

El pensar teológico exige una METANOIA, ~~una penitencia~~ un cambio de νοῦς, una transformación de nuestra νοῦς, una verdadera penitencia que debemos estar continuamente realizando, si no queremos cometer un pecado de loco intelecto: la autonomía de la razón, que extrapola y se escapa así que se desconecta de la totalidad en la que organicamente está inmersa y dentro de la

R. Panikker
P. O. BOX, 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

cual, exclusivamente, consiste su misión y su sentido.

Esta ascesis del pensar teológico exige amor, esperanza y fe, exige una vida sobrenatural intensa; pero también requiere un esfuerzo verdadero de pensar; de pensar, digo, y no de imaginar o de sacar simples conclusiones silogísticas.

Este es el primer paso en la ascesis intelectual necesaria para emprender el estudio de la T.

La T exige un propósito sincero de santidad, un sentido profundo de responsabilidad, un amor sobrenatural a Dios y a los hombres, una esperanza firme en Dios y en el sentido de nuestra vida, una fe viva en la Iglesia y su Magisterio; pero requiere también un esfuerzo grande y positivo de intelección. La T es sabiduría, y tiende constitutivamente a la salvación, a la santidad, a Dios; pero es formalmente intelección, es intellectus Dei o más exactamente es aquel sensus Christi νοῦς τοῦ Χριστοῦ del que habla el Apóstol

En consecuencia la D es directamente proporcional a la capacidad intelectiva del teólogo.

He dicho intelecto y no razón, agudeza, sutilidad, ingenio o rapidez dialéctica.

El intelecto es el sentido de la realidad. Así el teólogo — y esta es su gran tentación primera que debe superar — nunca debe perder de vista la realidad, nunca puede dejarse llevar de su razón a construcciones teóricas y e imaginar hipótesis que acaso permitan una mayor consecuencia dialéctica; pero que se alejan de la realidad.

Se podrían aducir innumerables ejemplos históricos y actuales de discusiones teológicas estériles y vanas. El sentido común de los cristianos descubre que no sirven para nada, que son cuestiones bizantinas, sin trascendencia práctica, se suele decir. Pero el caso es que tampoco la tienen teórica. Y a la postre se descubre que son problemas mal planteados.

¿De qué sirve plantear problemas de predestinación, si no se ha examinado el concepto de tiempo en el que aquellos graves problemas se apoyan? ¿De qué sirve sutilizar sobre el modo de la transubstanciación si está desconectado de la significación profunda metafísica, soteriológica y mística de la Eucaristía?

R. Pániker
P. O. BOX, 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

Ello no significa que no existan serios problemas teológicos, aun meramente especulativos; pero ellos no perderán nunca de vista la intelección del misterio que quieren iluminar. Intelección que necesita más de la visión que del análisis, más del intelecto aprehensor e intuitivo que de la razón divisora y discursiva.

La pregunta evangélica quid ad aeternitatem? es también una piedra de toque para toda la especulación teológica.

Si en una especulación teológica sobre los sacramentos por ejemplo, me olvido de su conexión con Cristo y su Sacerdocio y su Redención, con seguridad que se extraviará mucha razón en cuestiones inútiles, dañinas y vanas. El teólogo debe tener muy en cuenta los consejos del mayor de los genios teológicos de la humanidad y que hizo de por precepto y aun por inspiración divina: San Pablo.

40409

Formas seculares y formas regulares

(227)

Se trata ahora de pura fenomenología y no de metafísica.

Existen un conjunto de formas sociales, de comportamientos individuales, de reacciones personales, propias de los seculares y otras propias de los regulares. Los sacerdotes diocesanos han sido por lo general educados en las formas regulares y luego poco a poco van desculturando, adoptando y viviendo las formas seculares.

Es evidentemente que esta división no es absoluta. Un clérigo, por muy secular que sea concordará con un religioso y se distanciará de un seglar. Y no obstante existen formas seculares comunes a seglares y clérigos y formas ~~secul~~ regulares propias de las distintas familias religiosas consideradas como un todo.

No quiero hablar de una distinta concepción del mundo o de una ascética diferente, ni de unas diversas regímenes de vida patente; sino exclusivamente de las formas más externas de la convivencia humana.

Podríamos citar unas cuantas:

Las formas seculares tienden a la objetividad, mientras que las regulares a la subjetividad. Me explicaré: El secular ha estado formado más por los acontecimientos y por la realidad que por un método conducido y sistemático. En su vida las circunstancias juegan un papel mucho mayor que para el hombre que ha vuelto al mundo. Esto

hace que en la obediencia, por ejemplo, el secular mire más a lo mandado y el religioso se preocupe más del que manda. El primero querrá hacer la cosa bien; el segundo no olvidará nunca de su intención de agradar al superior, y en ello verá un criterio más seguro que en la mera objetividad de lo mandado. El secular verá la orden y el regular la autoridad con preferencia.

En cualquier negocio o actividad el regular perderá difícilmente la presencia de sí mismo y la intención que él persigue y la misma intención que con aquella obra se persigue; el secular en cambio se olvidará fácilmente de estos factores subjetivos para entregarse en cuerpo y alma a la acción objetiva y conseguir el fin que se propone. Son dos atenciones distintas. Ambas tienen ventajas e inconvenientes.

Otra contraposición es la espontaneidad y la reflexión.

El religioso es reflexivo, el secular espontáneo. Esto no quiere decir que ambos no puedan ser sinceros, ni que ambos no puedan ser prudentes; pero la prudencia será más difícil al secular, así como la sinceridad le será menos natural al religioso.

Frente a un suceso cualquiera el secular se preocupará ante todo del mismo suceso en cuanto tal y de su causa y de su efecto objetivos; el religioso en cambio dirigirá preferentemente su atención a la intención del que ha realizado su acción y a los efectos subjetivos que

el tal suceso pueda producir en el ánimo de determinadas personas.

Si un amigo invita a merendar a un secular y a un regular igualmente santos, el secular tomará aun otra pasta aun sin ganas si ve que ello da alegría a su anfitrión, mientras que el religioso preferirá edificarle con una nota de austeridad en lugar de alegrarle haciendo honores a su hospitalidad. Si son menos santos el hombre del siglo tachará al religioso de fariseo y el regular dirá del primero que es un ingenuo.

40411

La oración de un mundano

338

Yo soy del mundo, Señor, y no me arrepiento de ello. Pertenezco al mundo, me siento terreno, terrenal, mundano. Yo sé que Tú no has rogado por el mundo; pero sí por los que están en el mundo.

¿Pues en este mundo, por el que Tú no has rogado? ¿Soy también acaso yo? Los Tuyos me dirán que no es el cosmos obra de Tus manos, sino lo que ellos mismos denominan principios mundanos que identifican con las concepciones del príncipe de este mundo.

No me refiero a este mundo, cuando Te digo que soy mundano; sino a que soy hombre, a que soy una criatura Tuya con sentidos, con corazón, con sentimientos.

Te he dicho ya tantas veces que ruego —y mucho— porque los Tuyos parece, a veces, que prescindan de estos valores mundanos que son divinos si se cultivan por sí mismos y si se colocan en la cúspide de la jerarquía axiológica. Pero si la limpieza es un valor y ahora Tus cristianos más fervorosos ya lo van comprendiendo, también lo es la amistad, y la belleza, y la buena educación.

Y concretamente, los valores del corazón. Sé que el hombre que se Te consagra debe guardar su corazón con siete llaves; pero también sé que Tú no quieres que castremos nuestros sentimientos cuando pasamos a Tu servicio.

Yo no creo, Señor —al menos

me lo parece — ninguna criatura para entretenerme con ella. Yo no quiero ninguna amistad que me ate a la tierra y no me deje ir a Ti. Yo repudio cualquier vínculo que pudiera quitarme la libertad de ser hijo Tuyo.

Pero no se trata de esto, cuando yo sufro al ver la <u>insuficiencia cordial</u> de tantos buenos cristianos que preocupados de servirle se han olvidado de amar, de amar a los hombres con Tu verdadero amor. El amor de caridad al prójimo parece que se haya limitado a un amor de socorro; de auxilio corporal o espiritual. Un amigo viene a verme cuando estoy en cama o cuando estoy de luto; pero no se le ocurre venir cuando no desee apuntarse un tanto en el cielo, consolándome y "haciéndome bien". No se le ocurre venir para que mucho ser cante al Señor sus alabanzas o para que aprendamos mutuamente de nuestras experiencias respectivas y crezcamos hacia Dios.

Si yo tengo un amor, si yo estoy enamorado de Ti, Señor, tengo que cantarte; pero no me basta que te cante en mi cuarto o que les cante a Tus flores, a Tus campos y a Tu cielo; desearía también cantarle a Tus hombres, a Tus hijos, mis hermanos.

"Hacer la vida agradable a los demás" sigue el consejo de caridad — "que es cariño" — del Padre.

40413

R. Paniker
P. O. BOX. 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

La libertad de los hijos de Dios

339

¿Cómo describiría esta libertad? ¿Cómo dar a entender este estado cristiano perfecto, este señorío sobre ~~sí~~ sí mismo y sobre todas las cosas?

Antes de su descripción veamos su causa. La libertad — prescindiendo de momento, para volver después a ello, de que constituye la raíz misma de nuestro ser humano — pertenece formalmente a la voluntad, es su propia perfección. Una voluntad que no fuera libre, no sería voluntad; sería inclinación ciega de una naturaleza no espiritual. Cuando el ser espiritual se inclina, tiende hacia algo, de la misma manera que es consciente de ello, es también volente de lo mismo. Pero dejemos las disquisiciones generales — necesarias por otra parte, para esclarecer la cuestión — para venir a nuestro caso particular.

La voluntad humana solo conquista su plena libertad, cuando no es condicionada más que por ella misma, cuando puede decir verdaderamente que hace lo que le da la real gana; entonces es reina, es libre, no está coaccionada, ni condicionada por nada externo. Entonces la voluntad no se decide, no

quiere —— no ama, decían los grandes escolásticos medievales siguiendo a San Agustín —— más que lo que quiere (y no se redundancia). La voluntad es libre cuando quiere lo que quiere.

Entonces no tiene miedo, ni sufre angustias, angustias o complejos.

Ahora bien, ¿cuándo es libre nuestra flaca voluntad, inserta como está en una naturaleza humana maltrecha y en un mundo que le rodea y le atrae por los cuatro costados? ¿Cuándo mi voluntad puede ser la reina, la señora de mis actos? ¿Cuándo posee la fuerza suficiente para no dejarse influir por nada externo y querer de tal manera que mi querer sea la expresión auténtica de mi ser?

Esta libertad, después del pecado original no es humanamente ~~acc~~ asequible; esta fuerza de voluntad, de hecho, nos falta a no ser que venga Cristo, que es Dios, a informar nuestra voluntad, no desde fuera —como una concepción exageradamente extrínsecista de la gracia podría hacer suponer —— sino desde dentro para convertir nuestra voluntad en la suya; para empezar nuestra transformación en Cristo por la unión de voluntades.

La unión de la inteligencia, de una manera perfecta, no se consigue hasta la otra vida: ~~se~~ realiza mediante el lumen gloriae y en ~~lo que~~ lo mismo los teólogos caracterizan precisamente el cielo: la visión beatífica.

R. Paniker
P. O. BOX, 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

La unión de la voluntad no se puede tampoco conseguir de una manera perfecta hasta la confirmación en gracia de la gloria; sin embargo es posible una profunda unión con la voluntad de Dios a través de nuestra unión ——también en esto es Mediador—— con la voluntad humana de Cristo.

Yo soy libre en la medida que mi voluntad es dueña de mí y de mis acciones. Y mi voluntad es soberana sobre mis pasiones y demás tendencias, mi voluntad es señora frente a las atracciones del exterior, cuando está unida a la voluntad de Cristo, cuando está fortalecida desde dentro por el mismo Cristo, cuando ——con otras palabras—— en virtud de su gracia (y de mi fidelidad a ella) no quiero más que lo que Cristo quiere, no deseo más que lo que el Señor desea, cuando le puedo decir libre y voluntariamente fiat voluntas tua!, porque esta tan Voluntad divina, a través de mi unión con la voluntad humana de Cristo, se ha convertido en mi propia voluntad; porque el motor de mi voluntad es la suya; pero además el objeto, el término de mi misma voluntad no es sino la misma divina voluntad.

Fiat voluntas tua!, no es la expresión de una postura resignada, sino el grito de una voluntad libre, es lo que yo quiero: lo que Tú quieres,

Tu Voluntad.

Lo que me apasiona, lo que me mueve, lo que quiero, es Tu santa Voluntad.

La libertad de los hijos de Dios solo se consigue cuando nuestra voluntad se ha unido a la de Dios a través de la de Cristo.

Esta es la causa de la libertad cristiana.

Veamos ahora de intentar descubrirla

No es indiferencia, ni insensibilidad, ni carencia de sufrimiento o aun de tentaciones. Todo esto se comprende muy bien meditando sobre la voluntad humana de Cristo.

La libertad de los hijos de Dios es ante todo una liberación; o si se quiere se vive como una liberación, como una redención de las ataduras que nos tenían sujetos a un conjunto de cosas que no son Dios. Psicologicamente estas ataduras se viven como motivos.

Los motivos de temor, miedo, respetos humanos, los motivos sutiles de no decepcionar, de mantener un prestigio, de conseguir una honra, etc., desaparecen

Pero la liberación llega más lejos. No se extiende solo a la acción inmediata de manera que vence mi timidez o me confiere gravedad, me da seguridad; sino que sobre todo me libera de mi mismo en el sentido de

R. Pániker
P. O. BOX. 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

que ya no soy yo el fin de mi vida y con ello la misión de mi existencia ya no estriba en el cuidado angustioso y agobiante de triunfar, de sobresalir, de cuidar mi personalidad, de conseguir este o aquel éxito.

El hombre verdaderamente libre ya no está atado a una serie de medios para conseguir un fin. El fin es trascendente y gratuito. Los medios, que continuará empleando, más bien ocasionales indiferentes <u>en cuanto</u> al fin.

Me explicaré con un ejemplo. He aquí un hombre que quiere conseguir un fin, que vamos a suponer muy bueno y elevado para que la liberación se vea más patente. El cree tener una vocación intelectual, investigadora, política y dirige su vida a llenarla a cabo excogitando los medios que el cree mejores. Este hombre que incluso puede ser un buen cristiano, vivirá obsesionado, atado y dependiente de este conjunto de medios que él ha ido construyendo para conseguir su fin. Estos medios son un partido político, su secretaría particular, su biblioteca personal, su laboratorio privado, sus amistades internacionales, su familia de sangre o su

comunidad voluntad real.

Su trabajo será eficaz, su labor buena; pero aún no ha conquistado todavía la verdadera libertad de los hijos de Dios estará de tal manera apegado a aquellos medios, que cualquier desaparición de ellos perturbará todo su ser.

Más aun, este hombre está atado no solo a los medios que él cree indispensables para su fin —y que ciertamente lo son para el fin, tal como él lo ha concebido—, sino que está también atado al mismo fin concreto de su vida por noble y elevado que sea.

Este hombre quiere los medios solo como medios y quiere a este fin suyo concreto y personal, solo porque cree que ésta es su vocación y la manera precisa como da gloria a Dios y colabora al advenimiento de su Reino.

Pues bien; puede darse que este hombre no posea la libertad de los hijos de Dios, si está apegado a todo este conjunto de cosas, si las quiere directamente en lugar de querer como último objeto de su voluntad la misma voluntad de Dios. Me explicaré: este hombre quiere a aquel conjunto de cosas porque cree que es querido por Dios, porque cree que esto es lo que Dios quiere y exige de él; pero una vez verificada esta comprobación, deja de querer <u>directamente</u> la Voluntad divina para

R. Paniker
P. O. BOX, 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

quieren aquellas cosas que él cree que Dios quiere.

Y aquí está el momento decisivo de la vida interior. No se trata de que ya no quiera, ni se interese por aquel conjunto de ocupaciones, medios y fines que tiene entre manos — este es el peligro de la falsa espiritualidad — sino de que quiera siempre la Voluntad de Dios actualizada de una manera humilde y dinámica, de manera que no solo admita que Dios puede, queriendo lo mismo, querer ahora, para nosotros, otra cosa, sino que quiera siempre la misma Voluntad de Dios directamente que sabe lo que nos conviene, que sabe como debe ser nuestra corredención y cuyos caminos no son los nuestros.

Aquí habría que recordar aquel ~~consejo~~ dicho ascético tradicional, que quien no adelanta retrocede. Existen muchas almas que poseen un concepto excesivamente estático de la Voluntad divina y habiendo hecho un esfuerzo por acomodar la suya a la de Dios, se olvidan que este esfuerzo debe ser constante, pues aunque la Voluntad de Dios es siempre la misma e inmutable a nosotros solo nos está concedido ver un intervalo temporal de ella, una fracción de la misma.

Pues bien la verdadera libertad de los hijos de Dios nos confiere el señorío máximo con respecto a nuestra vida, a nuestra personalidad y a ese conjunto de ocupaciones en las que nosotros hacemos consistir el sentido de nuestra existencia, pero que nos atan insensiblemente a una actividad que no

deja de ser un simple accidente de nuestra subsistencia.

El cristiano liberado por Cristo está siempre disponible, se mantiene perennemente joven y posee toda su vida esta originalidad de espíritu que le permite lanzarse a cumplir siempre nuevas y más altas tareas al servicio del Señor. Estas son las piedras de toque de la libertad cristiana.

Esto no quiere decir que no pueda haber estabilidad — mi continuación en una tarea determinada. Si Dios quiere que yo realice una determinada labor no me negará los medios para llevarla a cabo; pero esta continuidad no puede demostrarse a priori, ni se debe nunca romper la cadena. Mi libertad es mi mayor bien. Por eso aun en una labor continua yo renuevo mis votos de día en día, como reza el salmo y le entono al Señor con mi trabajo todos los días el cántico nuevo de mi actividad y de mi existencia.

Esta libertad posee un solo enemigo de envergadura: mi voluntad propia. Así como el amor propio es el máximo detrimento para el progreso interior, la voluntad propia es su manifestación en este punto. Como su mismo nombre indica son una misma cosa: el amor propio y la voluntad propia: la alta estima de uno mismo con olvido de nuestro carácter de criaturas, de instrumentos, de seres contingentes, de hijos.

En virtud de un engranaje muy curioso esta voluntad propia suele estar fundada en ideas propias, es decir en una falta de humildad de la

R. Pániker
P. O. BOX. 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

inteligencia. Por eso suele darse no a los comienzos, sino hacia la segunda mitad de la vida interior, cuando uno empieza a apoyarse en su propia experiencia y a mirar hacia atrás con una cierta perplejidad. (Si no os hacéis como los niños ---).

Las ideas propias hacen que yo considere esto y lo otro como lo más adecuado para mí, o lo más apto para mi misión. Y entonces, ocurre la paradoja, que esta ciencia propia me encadena en sus mismas conclusiones y pierdo la verdadera libertad de hijo de Dios, que aun pensando y teniendo opiniones, estas nunca dejan de ser funcionales y simples conclusiones de la misma Voluntad divina.

¿Cuál es el camino para esta libertad? Con otras palabras, ¿cómo puedo identificar yo mi voluntad con la voluntad de Dios? ¿Cómo puedo conquistar yo esta libertad a la par que esta omnipotencia, pues la Voluntad de Dios lo es?

La respuesta es simple y unívoca; aunque sea de las más difíciles de comprender, pues expresa la mayor profundidad del mismo Misterio de Cristo: <u>la obediencia</u>.

No basta hacer el propósito de unificar nuestras voluntades; sino que hay que ponerse en camino, hay que querer lo mismo que Dios quiere, hay que amar lo mismo que Dios ama, hay que hacer lo que El quiere que yo haga. Pues bien, se

Voluntad no es una afirmación abstracta, ni una formulación general, su Voluntad es una cosa muy concreta que pide de mí una sola cosa en cada instante, y esta sola cosa —pequeña porque cada momento no dura sino el mismo segundo— me viene revelada por la obediencia.

No vamos a ocuparnos ahora de ella, ni siquiera a definirla, sino solo a consignarla como la fuente, el camino de la libertad cristiana.

Por la obediencia consigue yo mi voluntad a la divina, y por ella tengo la garantía de que no me busco a mí mismo, sino solo a Dios. Es así como la obediencia que emerge frente a la conciencia de cumplir la Voluntad de Dios, y en entonces cuando uno empieza a ser libre.

Libre, no estoy atado a nada; no dependo de nada, los medios son verdaderamente medios, esto es, servidores para que yo cumpla un fin; un fin que no está en la misma línea de los medios —esto hay que entenderlo bien— sino que es trascendente.

Un ejemplo banal lo aclarará: una pluma es un medio para escribir, como un pincel un medio para pintar. Cuanto mejores sean, mejor parece que será lo que se escriba o lo que se pinte. Unos buenos instrumentos facilitan la consecución del fin. Ahora bien, el fin,

R. Panikker
P. O. BOX. 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

el fin existencial y verdadero no es la escritura o la pintura, sino lo escrito y lo pintado que habrán sabido acumular no solo la materia, sino también el espíritu, la intención, el sacrificio y el vencimiento propio del escritor y del pintor. Para este fin, acaso, —— no se puede decir a priori, sino que depende precisamente de la Providencia, es decir de la Voluntad de Dios —— acaso sea más conveniente un instrumento material imperfecto que unos medios instrumentales impecables. No es ninguna casualidad extrínseca que los mejores inventos, las mejores obras y las creaciones artísticas y científicas más geniales se hayan creado en condiciones externas muy poco óptimas.

El mismo tiempo ofrece un ejemplo muy aleccionador. El tiempo es, evidentemente, un medio para cualquier actividad, pongamos para un examen, para un estudio, para realizar cualquier trabajo. Ahora bien, desde un punto de vista meramente natural existen condiciones óptimas ~~que se buscan~~ para la realización de una labor. Pero no para la libertad de los hijos de Dios será dependiente de estas condiciones, de tal manera que no empezará ni siquiera su trabajo si aquellas no se dan. El cristiano libre, en cambio, lo aprovechará de una manera superior, porque el tiempo habrá dejado de ser un medio para convertirse

en una simple ocasión.

Libre, Señor, no quiero nada más que lo que Tu quieras y como Tu lo quieras. No quiero esto o lo otro, sino lo que Tu quieras. Y esto de una manera absolutamente concreta y pequeña: No quiero ser rabino, sino lo que Tu quieras, no quiero saber esto o lo otro, sino lo que Tu quieras, no quiero decir la Misa aprisa o despacio sino como Tu deseas, no quiero este libro o aquel otro, sino como Tu quieres, no quiero oír música o dejar de oírla, dormir o sufrir insomnio, estar sano o sufrir enfermedad, Señor no deseo triunfar o fracasar, sino lo que Tu quieras, no deseo tener buenas notas o gozar de prestigio y honra entre los míos, sino lo que Tu quieras. No aspiro a escribir Teología sino lo que Tu quieras, no me inclino al campo o a la ciudad, a esta nida o a la otra, a esta actividad o la otra, sino a lo que Tu quieras. Mi ~~comida~~ alimento es hacer la Voluntad de mi Padre dijiste una vez y el celo de Tu casa me consume repetiste otra. Enséñame Señor a ser libre de todo, no por la aniquilación budística de todo deseo, sino por una pasión encendida por Tu Voluntad, por Tu Voluntad simple, concreta, tajante, desnuda, divina que nos llena seguros en tinieblas de fe y en amor de esperanza. "Fiat, laudetur, adimpleatur et superomnia exaltetur, iustissima et amabilissima Voluntas Dei; amen, amen" (Padre).

40414

R. Paniker
P. O. BOX. 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

Si supiera donum Dei ...

340

Si yo conociese el don de Dios, si yo me diese cuenta de la dádiva divina, si yo fuese consciente de la gracia, y de una manera muy concreta, Señor, si yo supiese, o más exactamente, si yo viese lo que Tu quieres hacer conmigo, lo que Tu piensas de mí, lo que Tu le has propuesto al hacerme partícipe de Tu misma naturaleza, al darme la existencia íntegral cristiana, si yo tuviese un grano de fe, una migaja de esperanza y otro poco de caridad, no le pondería entonces, Señor, resistencia alguna, no querría andar mis caminos, no buscaría sustentarme a mí mismo, ni me reservaría nada, Jesús, sin entregarte.

Dame, Señor esta fe. Si yo conociese el don de Dios, si yo me conociese como don de Dios, si yo reconociese mi dignidad y mi categoría, no andaría mendigando un poco de reconocimiento a las criaturas.

Señor yo tengo sueños y ambiciones que voy a suponer buenas y nobles; pero esto no es nada en comparación de la realidad que me espera si le soy fiel. Realidad no solo allá en el otro mundo, sino ya en este, pues la verdadera vida cristiana no es sino ya un comienzo de la vida perdurable.

El don de Dios eres, Señor, Tu mismo. Tu mismo, ~~Tu~~ Espíritu Santo en Tu dádiva, Tu don que das a los hombres.

Hazme, Señor, conocer este don, conocerte a Ti, conocer al Gran Desconocido.

Hay un camino: la entrega, la fidelidad constante y permanente a Tu gracia, a Tu voluntad.

Permíteme, Señor, colocarme un momento en Tu puesto y dime — la oración es audaz — si me acerco algo a la realidad.

Colocarme en Tu puesto, digo, y ver a un pobre hombre, a un pobre pecador a quien Tu has redimido, ha quien Tu has llamado por su nombre y hecho Tuyo, y que se esfuerza en ser bueno a su manera, en seguirte a su modo, en interpretar Tu voluntad. Qué pena, Señor, aquel hombre que cree aspirar a lo más grande que das se pueda y solo aspira a lo que mi semejanza, cuando Tu has dispuesto cosas mayores para él.

Aquí está este hombre — yo, Tú, cualquiera — que todavía quiere por su cuenta. Se ha esforzado mucho en saber lo que Tu querías para quererlo él, lleno de buena voluntad pero de orgullo escondido. No quería renunciar a su querer. Quería querer lo que Tu quieres; pero se resistía a querer Tu mismo querer, Tu secreta voluntad.

Hombre de poca fe y de minúscula esperanza, escucha un momento: Tu quieres ser feliz y ser sabio y ser santo y ser muchas cosas más... Oye, yo quiero para Ti más, mucho más que todo esto, yo quiero para Ti el cielo y la tierra, la luna y la gloria. Hombrecito pecador y mezquino aunque te creas más o menos bueno, yo quiero para Ti — no te envanezcas porque ahora te lo digo, para evitar el orgullo solo lo pueden comprender bajo el enigma de la fe — yo quiero para Ti la misma

R. Pániker
P. O. BOX, 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

vida divina yo quiero que tu llegues a ser Dios, que tu te identifiques con mi Hijo muy amado y que siendo una sola cosa con El, seas eternamente mi Tu.

Tu todavía no lo entiendes, cristiano engreído, pecador tonto, tu aun no lo comprendes. Tu quieres ser feliz y ser santo y yo te quiero Dios, sí, yo te quiero asociar, meter en mi misma vida intratrinitaria. ¿No te das cuenta de la blasfemia que representa tu negativa, de la locura que significa que rechaces mi gracia, que desoigas mi voz, que te contentes con no ofendernos, sin pensar mientras que estoy golpeando a tu puerta y que te invito a cenar conmigo?

Hombre necio, si scires donum Dei...

Y este don — te repito — aun aquí en la tierra soy yo mismo. Este don no es que tengas éxitos, no es que goces de grandes consuelos, este don no es que puedas llevar a cabo lo que tu solo entrevés a medias y que constituye tu misión sobre la tierra solo muy imperfectamente: este don soy yo mismo. ¿Por qué quieres aferrarte a tu criterio? ¿Por qué pretendes

marcarte Tu mismo el camino? ¿Por qué te atreves a conocer el futuro como si lo que hasta aquí Tu has conocido como mi Voluntad pudiera extrapolarse a Tu antojo?

Si scires donum Dei ---

Hombre, que aun no tienes el deseo suficientemente grande y puro para desearme; cristiano que deseas mis dones, mis regalos, mis consuelos, mis bendiciones, pero que aun no te atreves a desearme a mi mismo y por eso caminas ansioso, distraído y atolondrado por el mismo camino de la perfección, criatura humana, si conocieras que el don de Dios no se distingue de Dios mismo, si ~~creyeses~~ creyeras de veras como ~~dijo~~ balbuceó un poeta pagano y repitió mi Apóstol que eres de la raza de Dios, si scires donum Dei, no sería tu existencia tan torturada, tan infecunda, ni tan mezquina.

Deja tu criterio a un lado, deja tus deseos a la vera del camino, aparta los obstáculos todos y entrégate de veras, es decir totalmente, sin restricciones, sin reservas ... y entonces bebeme el agua viva que mana hasta la vida eterna ---

× × ×

Señor, este ha sido nuevamente mi pecado. Con la misma excusa del servicio a Tu Iglesia o a tus almas me olvidaba de Ti. Mejor dicho no me olvidaba de Ti, pero casi casi te trataba como a un medio, como a un medio para realizar lo que yo creía ser mi misión y aun tu voluntad. Y ciertamente era ambas cosas; pero antes

R. Paniker
P. O. BOX. 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

mucho antes estar Allí, simplemente Allí.

La contemplación no puede ser un medio para la acción, aunque de hecho. Quiero decir que no podemos cultivar la en nuestra intención como un medio para la actividad cristiana. Una contemplación utilitarista se vuelve contra ella misma y deja de serlo para convertirse en una blasfemia.

Yo no puedo, ni debo tratar y contemplarte porque lo necesito para mi vida apostólica o para mi vida espiritual, o aun para mi salvación. Yo debo contemplarte porque sí, porque te contemplo, porque te amo, porque te quiero a Ti, porque convivo contigo, porque Tu eres mi Dios, mi Cristo, mi Jesús.

Intimidad contigo, Señor, conocimiento de Ti, de Tu don propio a mi alma en la que quieres hacer Tu misma morada. No te estorbo, establéceme, asiéntate en ella.

Mane nobiscum, Domine, porque ya es tarde, porque ya es hora, porque ya mi vida declina y va de capa caída, porque ya llega el crepúsculo, el crepúsculo de un día sin Ti, para renacer mi vida, para el nuevo día que aun perduraré sobre la tierra durante los años que quieras, porque habré renovado mi juventud como las águilas.

40418

R. Pániker
P. O. BOX, 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

Serenitas romana

341

Es muy cierto, y tengo mucha alegría de que ello sea así, en que a pesar de mi temperamento, mis circunstancias particulares y la misma realidad, mi primer escrito sobre Roma sea un canto de alabanza — con el doble afán, de ensalzar y de aprender — a la serenidad romana.

Roma es serena. No voy a precisar el sujeto, sino que me extenderé solamente sobre el predicado. No puntualizo en si el sujeto es la ciudad o son los romanos, o es el Quirinal o el Vaticano, las Congregaciones, el Papa, la población clerical adjacente o simplemente el ambiente romano. Quede esto para otra ocasión.

En Roma se respira un ambiente de serenidad. Tampoco voy a decir si esto es bueno o es malo, ni voy a tachar de inconsciencia y de indiferencia senil el no vivir en el torbellino ~~ambien~~ de otras ciudades europeas. Un mundo entero fermenta, un mundo se retuerce en dolores de parto y en estertores agónicos y aquí en Roma se sabe más o menos; pero no se toman las cosas tan a lo trágico, ni se les presta a los acontecimientos tanta importancia, ni mucho menos tanta urgencia.

Todo esto plantea un conjunto de problemas muy serios y muy graves en los que no deseo entrar ahora. La serenidad a la que me refiero es más profunda, más

discreta y sobre todo más personal. No es tampoco que yo haya aprendido en Roma a tener mayor serenidad, sino que creo captar en el ambiente romano una serenidad que quisiera descubrir y que desearía también asimilar dentro de una determinada medida.

Roma irradia serenidad; una serenidad desconcertante muchas veces, hasta que no se capta su profundo sentido.

Creo descubrir una doble causa de la serenidad romana. La una es del orden natural y la otra pertenece al sobrenatural.

La primera causa es, pues, un temperamento naturalmente sereno. Esta serenidad es una manifestación de salud, de salud espiritual e intelectual. Aquí se aprende a no dar excesiva importancia a las cosas, a no tomar los acontecimientos por su aspecto trágico.

No conozco Grecia, ni Atenas; pero puedo asegurar que la tragedia en Roma no pasó nunca de ser un espectáculo interesante. Nada hay irreparable. Nada se vive como definitivo. Nada tiene tanta importancia como para que no lo pueda remediar un gesto elegante o una frase feliz. Creo que Nietzsche dijo una vez que los griegos fueron superficiales porque fueron profundos. Pienso que este pensamiento se deja aplicar aquí con más rigor a Roma.

R. Pániker
P. O. BOX. 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

Roma es serena porque es superficial y no toma nada en serio. Pero es superficial no porque sea frívola, sino porque es profunda, porque por una cristalización de su historia o por una disposición de la Providencia, misteriosa y prudente que nada hay sobre la tierra que valga la pena de ser tomado en serio como algo definitivo. En términos metafísicos y aun teológicos podría decirse que aquí existe una postura sapiencial innata que siente que mientras el ser camina hacia su término, que mientras el universo marcha hacia su meta, que mientras se está en camino, tomar lo variable, lo contingente, lo provisional y lo itinerante por terminado, absoluto y definitivo es un error y una postura poco cómoda y elegante.

Esto no significa escepticismo o relativismo. Así raciocinaría una mente germánica que absolutizase aquella misma postura relativa. En Roma unos creen y otros no creen, unos son escépticos, otros racionalistas y los de más allá exaltados; pero parece existir un común denominador de serenidad. No me refiero a la cultura italiana, a su novela actual, por ejemplo, sino a este ambiente que yo encuentro flotando en Roma.

Roma cree que las cosas siguen su curso, bueno o malo, libre o inevitable; pero siguiendo su curso. En Roma se siente que las ideas y la historia y la política y aun la misma vida de la Iglesia tienen un ritmo, un ritmo acelerado o lento, variable según nuestro esfuerzo o inmutable a pesar de nuestra acción, pero un ritmo al fin y al cabo.

Esta serenidad puede ser alegre o melancólica, diría yo que exaltada o taciturna; pero aun en su misma exaltación es serena, como un viajero cualquiera de tranvía que se enfada, chilla y e insulta ~~a otro~~ al cobrador o a otro viajero que le ha pisado o le ha empujado; pero sin perder nunca la serenidad suficiente como para olvidarse que sería muy incómodo tener que pegarse: a las manos no llegarán; esto sería perder la serenidad; lo otro pertenece al buen tono de las gentes de mal tono; pero a la postre romanos.

La segunda dimensión de esta causa de la serenidad romana me parece existir en el orden sobrenatural. Indiscutiblemente el catolicismo ha forjado Roma. Podrá ser un catolicismo ardiente o decadente, lleno de fe o mezclado de impurezas; pero Roma, ciudad, ambiente, clima espiritual positivo y negativo, etc., es Roma porque en ella habita y actúa el Vicario de Cristo sobre la tierra. No tiene pues, nada de extraño que lo cristiano haya penetrado hasta este mismo ambiente romano que intento detectar en una de sus características.

R. Panikker
P. O. BOX. 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

La causa sobrenatural de esta serenidad romana en la vivencia, ambientalmente difuminada, de que una sola cosa es necesaria y que en consecuencia todo lo demás es accidental. Ciertamente esta cosa necesaria es dependiente de un conjunto de factores concretos, humanos y pequeños; pero tampoco hay que olvidar que es trascendente y que, como en los sacramentos, allí donde no llega la eficacia instrumental del ministro, suplet ecclesia.

No toda entrega a Dios tiene como efecto esta serenidad romana. Lo que ahora se subraya en la dirección vivencial, a saber que la serenidad romana es fruto de una entrega viviente y personal a Dios que hace considerar todas las demás cosas con una cierta displicencia. Otra espiritualidad cristiana verá los nexos existentes entre estas cosas y lo único necesario. La serenidad romana ve lo único necesario en su pureza ultima y suprahumana y por esto trata todo lo creado con esta serenidad señorial no ausente de elegante displicencia e indiferencia.

Esta serenidad acaso quede un poco mejor delimitada no solo si buscamos sus causas, sino si describimos sus efectos.

He aquí algunos de ellos:

En primer lugar la calma y la paciencia. Los asuntos romanos van despacio y se comprende que así deban ir; pero no me refiero ahora exclusivamente a los negocios

de la curia vaticana. Todo el ambiente romano es de calma y de paciencia, no tanto exteriores, como interiores.

No es que en Roma las decisiones se mediten con más fuerza o más intensidad, sino que se toman con más tiempo y más calma. Acaso el tiempo ha sido un buen sustituto del pensamiento y por sí solo ha dado la respuesta ahorrando un estudio engorro y una intensidad fatigante.

El factor tiempo pertenece a la serenidad romana. XXV siglos de Historia están patentes en la Urbe y ellos por sí solos pesan en el ambiente. Cada uno ha dejado su huella; ninguno ha pasado en balde; pero todos han ido desfilando. El futuro no le está a Roma garantizado; pero mientras Roma exista no perderá su serenidad. Acaso vuelva a las catacumbas o camine hacia el desierto; pero lo hará con la serenidad de quien sabe que no se ha perdido nada y de que cambia de mansión —que ya estaba un poco vieja— para que se la renueven y embellezcan, puesto que tarde o temprano regresará a ella.

Esta calma engendra la paciencia. Acaso hayan aquí restos de estoicismo. Roma es serena porque no pierde la paciencia. No vale la pena. Si se pierde una cosa se gana otra y si se pierden las dos queda un buen día de sol, un paseo agradable o una noche fresca y cuajada de estrellas.

R. Paniker
P. O. BOX, 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

En segundo lugar — y en conexión con el primer efecto — la serenidad romana es causa de un eclecticismo especial.

La serenidad romana se las compone para hacer compatibles cosas que en cualquier otro lugar del mundo no lo serían. Un espíritu latino — español, francés, etc. — aparte del romano verá paradojas; un temperamento germánico inconsecuencias; una visión anglosajona, inconexiones; mientras que en Roma todo parecerá muy lógico y muy natural, sin escándalo de ningún género.

No es solo el caso del comunista creyente, o del prelado sin fe o de vida irregular, pero buen comunista el primero y relativamente buen prelado el segundo; sino que se trata sobre todo de una compatibilidad que no comporta necesariamente infidelidad a alguno de los dos principios incompatibles entre sí. No es infidelidad, ni tampoco eclecticismo porque no aspira a construir ninguna síntesis. Es, simplemente, una convivencia serena de principios que llevados a sus extremos serían antagónicos, pero que precisamente por esto no se llevan a sus últimas consecuencias, sino que se aceptan y alienan en una vista validez superficial que permite las contemporaneidades objetivamente más dispares. Pero la objetividad es un pecado "tedesco".

Los ejemplos arquitectónicos son palmarios. En Córdoba chocan dos culturas y dos religiones y la

antigua mezquita se convierte en Catedral. En Constantinopla ocurre el caso inverso. En Roma, en cambio conviven pacíficamente el templo cristiano y el pagano. Ciertamente hubo también la fusión; pero entonces más bien hubo desaparición del templo pagano primitivo que no transformación cristiana. Y ahora, la cárcel ~~Mamertina~~ Mamertina, el Foro romano, el templo de las Vestales, Santa María in Cosmedin, y las Basílicas romanas con obeliscos egipcios, columnas paganas o pedestales marianos, forman una vista unidad — inconfundible que expresa arquitectónicamente esta serenidad — del espíritu romano que sabe conjugar, no diría yo armónica, sino serenamente los más distintos estilos de vida.

Más patente aparece aun este carácter — repito, que no es de simple compromiso o de transigencia, sino — de serenidad — en el hecho culturalmente importante, e imprescindible para entender su significado, que la Iglesia predique y recomiende oficialmente un tomismo gótico, medieval y teológico, desde unos púlpitos y en unas basílicas, renacentistas, antimedievales y humanistas con silillas, desnudos, baldaquines, columnatas y techos que se han pintado, proyectado y construido como una negación, superación y abandono de las formas de vida que refleja y que recomienda la Summa Theologica.

R. Paniker
P. O. BOX, 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

Hace pocos días escribía a un profesor de lengua alemana que ~~había~~ ha construido toda una teoría de exégesis tomista fundada en la autoridad que al Santo de Aquino le confieren los documentos pontificios, que acaso desde un lejano mirador le había atribuido un carácter de excelsitud que ellos mismos no quieren suponer. De la misma manera que cuando un predicador ensalza las glorias de un misterio de ~~María~~ Cristo o de María o las de un santo cualquiera se esforzará en demostrar que su tema o su santo bajo un determinado aspecto es el más saliente y el más importante en toda la vida cristiana, así analogamente — mutatis mutandis — cuando la Iglesia ensalza en Santo Tomás no condena las basílicas renacentistas — y todo lo que ellas llevan consigo, a pesar de que el Divus las hubiese repudiado — ni tampoco quiere con ello anatematizar (y así lo dice explícitamente) a los demás doctores y escolásticos y padres primitivos.

¿Entonces — preguntará una mente que desconozca este ambiente romano — qué es lo que queda ~~luego que aceptan~~ de Santo Tomás, si al mismo tiempo se me dice que puedo seguir a Suárez a Scoto aun a San Buenaventura, Hugo de San Victor y

a S. Agustín y Dionisio el Areopagita? Excepto la fe católica lo que unos aceptan es negado por otros. ¿Significa entonces que la recomendación del Tomismo no tiene ningún valor o es una simple medida disciplinar para ~~la~~ el método en la enseñanza de los seminarios? Tampoco. Hace falta comprender lo que Roma quiere decir y para ello hay que escuchar con menos pasión y afán de conocimiento, hay que atender más serenamente. La Iglesia romana habla un lenguaje sereno e iba a decir vulgar, obvio a primera vista, sin recónditos y profundos sentidos. Cuando alaba y recomienda a Sto. Tomás simplemente lo recomienda y alaba; sin que ello signifique ni más, ni tampoco menos de lo que sencillamente dice.

Acaso se deba a esta misma serenidad romana la compatibilidad, tan escandalizante para ciertas mentes de tendencias puritanas, que la misma Iglesia romana ha encontrado entre el poder político y el espiritual. Sin llevar las cosas a sus extremos hay que reconocer que Roma lo ha sabido hacer maravillosamente. Imaginémonos esta misma unión de poderes en otra ciudad del mundo y notaremos enseguida la diferencia. Es instructivo darse cuenta que la misma Roma pontificia y política nunca ha tenido la iniciativa de las Cruzadas.

R. Paniker
P. O. BOX, 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

A caso algunos a esta serenidad la llamarán sentido común.

No se puede negar que la política de los Estados Pontificios fué siempre una política serena, y que solo esta serenidad —— que no significa ausencia de error, ni de pasión, ni de dureza, ni de miopía —— hizo posible que el Poder político no desplazase completamente al Poder espiritual, y que otros poderes políticos que en cuanto tales trataban a Roma en plan de igualdad —y de rivalidad, en consecuencia —— reconocieran, sin embargo, su supremacía espiritual y religiosa.

La serenidad romana produce, a mi modo de ver, un tercer efecto muy especial, junto a la calma y a la compatibilidad mencionadas, a saber una determinada prudencia. Una prudencia, en efecto, que no tiene en cuenta las consecuencias de sus acciones y decisiones a largo plazo, sino que mira ante todo los resultados inmediatos preocupándose ante todo del aspecto personal y protocolario, con la característica peculiar que luego resulta la solución mejor para un plazo superior al previsto por el intelectual prudente.

Un ejemplo aclarará lo que quiero decir. ~~Existe una determinada situación mala —— porque~~ ~~por caso~~ Aunque se tome de la política religiosa vaticana no me refiero solamente a ella, sino a una situación

espiritual aplicable también a otra clase de circunstancias, familiares, personales, etc.

En una diócesis, o aun en todo un territorio existe un determinado problema grave que el Vaticano podría solucionar con relativa facilidad, pero para esto tendría que actuar en contra de un cierto obispo, ministro o cualquier otro alto personaje. Generalmente, en contra del parecer de los que se llaman intelectuales y celosos por el bien de las almas, el Vaticano decide simplemente esperar la muerte, la caída, el traslado o el cambio de mente de aquella persona, sin mover, por otra parte hacer nada positivo por remover el obstáculo. Mientras tanto la situación es penible o acaso aun escandalosa o perjudicial, la Iglesia romana responderá: paciencia. Evidentemente, el mal se agrava y parece que esta praxis sea mucho comodidad, falta de celo por el bien de las almas, respetos humanos o aun cobardía de enfrentarse con obstáculos serios. Y no obstante la política vaticana suele ser esta. Las causas inmediatas pueden ser múltiples y variadas; pero las causas más remotas proceden de esta mentalidad romana que casi naturalmente confía más en la Providencia por sus propios medios que en intervenir más o menos violentamente.

R. Paniker
P. O. BOX, 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

Esto no significa que el Vaticano
actue en todos los casos de esta manera y que esta sea
su consigna; pues hay momentos en que la intervención,
del tipo que sea, se hace un deber de conciencia;
sino que quiere describir un estado de ánimo que
se traduce en una prudencia especial que no es
la simple prudencia de la carne, aunque no sea una
prudencia de la inteligencia, sino que es una
prudencia humana y serena a la que es muy
posible que en muchos casos se añada una prudencia
infusa del Espíritu Santo. Pues, en efecto, esta
práctica a primera vista miope y poco inteligente,
se revela a mayor alcance como la más eficaz y
prudente. Se evita la menor falta de respeto a las
instituciones, no se hiere la estabilidad y la
dignidad de las mismas y aun de las personas,
se da una prueba de confianza en los hombres y
en la Providencia, se evita toda sensación de
provisionalidad, de ensayismo, de falta de
confianza en el curso de los acontecimientos,
etc., y sobre todo se da lugar al desarrollo
y localización del mal y al mismo tiempo
del bien: las almas luchan, rezan y se mortifican, los hombres de acción toman sus medidas,
preparan el terreno, abonan el campo, etc.

Estos acaso refunfuñen o critiquen que no se les ayuda desde arriba, que ni se les echan una mano no entienden que trabajan tanto y de aquella manera; pero olvidan que su acción, preparación y sufrimiento son más fecundos que cualquier intervención de la autoridad y que así se va acercando el Reino de Dios...

Otro efecto emparentado con el anterior es una oportunidad sui generis. En Roma se aprende no solo a esperar, a tener calma, paciencia, a dejar que las cosas se resuelvan, a esperar a secas, sino también a esperar la mejor oportunidad.

Es muy instructivo observar el empleo de este término en el ambiente teológico romano. Se dice muy a menudo de una doctrina, de una opinión, de un libro o aun de una persona que no es oportuna. No se dice que la idea sea falsa, que la doctrina sea herética, que la persona sea mala, sino simplemente que le falta oportunidad —; es decir que en la constelación determinada en la que aparece no es bienvenida, no resulta cómoda, porque diga una verdad demasiado escueta, porque perturbe la mente de algunos, porque resulte personalmente

R. Panikker
P. O. BOX. 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

antipática a determinado personaje con influencia, o lo que sea.

Hay que saber buscar la ocasión más propicia. Esta oportunidad puede ser buena o mala, se puede alejarse de ella, se puede tener o no tener razón, etc. Ahora interesa solamente consignar su presencia.

En el ambiente romano flota la preocupación por la oportunidad y se busca en todas las ocasiones.

Este preocupación sigue al punto de la seriedad con que se miran las cosas. Un intelectual está, por ejemplo, apasionado por una idea, solo piensa en ella, solo se fija en ella y no trasciende su esfera personal para colocarse en la situación de los demás y darse cuenta si están preparados para recibirla, si le gustará, si la entenderán, si la aceptarán, etc. La misión seriosa que se aprende en Roma lleva consigo valorarlo todo y punto al valor Bien, Verdad, Belleza de cualquier manifestación humana no se pierde de vista el tiempo, el ambiente y las personas a las que aquellos valores puros quieren ofrecerse.

Esto lleva consigo un último punto de la seriedad romana: la preocu-

pación — que en otros ambientes parecería excesiva — por la elegancia y el cultivo de la forma. Es un corolario de la oportunidad. (Por medio de las formas, de la elegancia de las cosas ~~son los mejores intermediarios y auxiliares para llegar al fondo. La forma externa~~ se encuentra una buena acogida para el fondo de la cuestión. Un hombre bien vestido tiene más puertas abiertas que otro mal trajeado; una forma elegante, en cualquier esfera, tiene una mayor fuerza de penetración y (más) difícilmente es inoportuna.

La serenidad elimina la prisa, y con ella la mayor causa de las formas incompletas, y de las precipitaciones que impiden la elegancia en los hechos o en los dichos.

No se trata solamente de una elegancia externa, sino también interna, de una recta finura espiritual que aquí se valora acaso tanto como el contenido. Existe también una recta educación del espíritu. Hay cosas que no se pueden decir (más que) de una determinada manera, hay ideas que no deben ser expresadas nunca, aunque se piensen y aun se pongan en práctica.

40426

R. Panikker
P. O. BOX. 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

Introducción a la historia de los Concilios

342

La historia es maestra de la vida como desde Cicerón se viene repitiendo, la historia de aquellas reuniones en las que la Iglesia de Cristo se congrega bajo su jerarquía organizada para ejercer una función explícita de Magisterio, será doblemente maestra de la vida.

Una de estas enseñanzas, acaso no la menos importante y sí frecuentemente olvidada es la lección de humildad cristiana, intelectual y vital que nos da la historia de los Concilios.

No quisiera ahora referirme a la maravillosa y apasionante aventura que nos hace revivir la historia de cada Concilio al descubrirnos los meandros, los obstáculos y las dificultades ~~con que~~ que tiene que superar la verdad antes de nacer a la ~~luz~~ paz de la Iglesia universal revestida de un ropaje dogmático. No me refiero, ahora a las lecciones de humanidad, sino a una fontana y nuclear enseñanza de Teología que se desprende de la historia de los Concilios.

De la historia de los Concilios, repito y no de las enseñanzas formales de los mismos.

Su historia como tal, contiene una enseñanza teológica que desearía formular. Para ello acaso convenga proceder en espiral. Rogaría que se leyese de una vez el párrafo que sigue y que se interprete en su conjunto en función de lo que se quiere decir, única forma de entender las distintas frases aisladas.

La Historia de los Concilios nos muestra que ningún Concilio agota la verdad, que ninguno pretende dar una exposición definitiva y completa del dogma cristiano. Cuando los primeros Concilios ecuménicos efectivamente dicen que han elaborado una fórmula de fe intocable y definitiva son corregidos el uno por el otro y cada uno de ellos emite una fórmula de fe que no ha hecho caso del consejo del Concilio anterior, aunque a mi vez diría que a él sí debía hacérsele caso. Esto no significa, evidentemente, que haya mutaciones substanciales, sino que hay tan solo perfeccionamiento de las fórmulas y acto e iluminación de aspectos antes escondidos en la penumbra.

R. Pániker
P. O. BOX, 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

Y aquí empieza — y sigue el párrafo único — la lección de la historia conciliar. Ningún Concilio pretende agotar la fe, definir toda la verdad, formular toda la vida cristiana; sino que cada Concilio ~~tiene~~ —sea ecuménico o parcial— tiene una misión histórica muy concreta y posee ante todo una función negativa de custodia del "depósitum fidei" y guardiana de la verdadera doctrina. No es ninguna casualidad que los Concilios adopten la fórmula negativa tantas veces y que utilicen el anatema como su expresión favorita. El Concilio no ha sido convocado para definir la Verdad, sino para defenderla, para custodiarla aunque el resultado de su elaboración venga expresado en definiciones dogmáticas y por ende verdaderas. El Concilio dice la Verdad, pero no dice toda la Verdad aunque implícitamente esté contenida en cualquier formulación dogmática. Pero la razón humana, ni siquiera ayudada por la fe es capaz de deducir la totalidad de la verdad de donde estaba

implícitamente contenidas. Esta implicación es de un orden real superior.

Y de ahí se deduce —— continuando el mismo párrafo —— la enseñanza dogmática de la Historia conciliar. El Concilio quiere decir lo que dice y condenar lo que condena. Esto es evidente. Y de sus definiciones aprenderé yo cual es la mente de la Iglesia con respecto a aquel punto dogmático y solamente así, dejándome enseñar por la Iglesia penetraré en aquella <u>visión de la fe</u> que es la meta inmediata de toda D. Ahora bien, con ello ya se ha dicho en su aspecto inverso lo que se quería decir; a saber que nunca <u>un</u> Concilio, ni siquiera <u>todos</u> los Concilios, mientras la Iglesia peregrine sobre la tierra, contienen <u>toda</u> la Verdad dogmática explícitamente formulada. No me refiero al hecho claro de que siempre un Concilio puede formular dogmas nuevos o la misma Iglesia en la persona del Vicario de Cristo, sino al hecho de que la Fe cristiana, la Verdad de

R. Paniker
P. O. BOX, 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

la Iglesia de Cristo supera siempre — sus contradicciones nunca, esto es evidente — todas las definiciones conciliares.

La T no es solamente la Historia de las definiciones conciliares. La Iglesia de Dios camina hacia su plenitud — y puede muy bien darse que el planteamiento de un problema teológico candente en la actualidad no haya tenido todavía una contestación adecuada en ninguna declaración oficial del Magisterio de la Iglesia.

Un ejemplo — y con ello concluiremos el párrafo único — acaso aclare lo que se quiere decir.

Es valida la importancia excepcional que posee el Concilio de Trento para la doctrina católica de los sacramentos — y analogamente podría decirse de otros, del de Calcedonia, por ejemplo para la doctrina cristológica, etc. — ; pero querer elaborar una teología sacramentaria completa e integral teniendo solamente en cuenta las definiciones Tridentinas, con toda su implica-

ción escriturística, evidentemente — sería un método teológico truncado y parcial. El Concilio Tridentino no quiere construir una teología sacramentaria completa, sino que quiere defender la doctrina católica de los sacramentos, la praxis vital de la Iglesia, la vida sacramentaria de la Esposa de Cristo, frente a los errores, exageraciones, minimizaciones de los protestantes. Lo que dice el Concilio de Trento — y para ello la Historia del Concilio es un auxiliar indispensable — tendrá que ser tenido, evidentemente, en cuenta al elaborar una ~~[illegible]~~ sacramentaria; pero ni siquiera queda dicho que las tesis tridentinas sean nucleares y más substanciales que otras ya definidas en otros documentos o completamente silenciadas en las formulaciones oficiales.

No solamente la Historia de un Concilio nos enseña el sentido de la discusión y el significado de las fórmulas

R. Panikker
P. O. BOX. 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

(2

en virtud de un planteamiento concreto en el espacio y en el tiempo; sino que la Historia de los Concilios nos enseña la trascendencia de la misma doctrina de la Iglesia frente a sus propias formulaciones. La Iglesia no se define a sí misma porque no se limita a sí misma en los moldes de un concepto que podría ser plenamente verdadero; pero que no agota la realidad viviente que intenta significar.

La Historia de los Concilios nos enseña que la Iglesia es viva, que la Jerarquía está siempre alerta y vigilante, que su doctrina supera cualquier formulación, que el perfil teológico del dogma se va gestando más y más con el correr de la Iglesia militante hacia su estadio definitivo

Con otras palabras: Cristo, ayer hoy y siempre vivo para siempre es para nosotros el dogma central del Cristianismo y para

cualquier elucubración teológica para comprender algún misterio concreto —o parcial— del Misterio de Cristo hay que remitirse estrictamente a las definiciones de un Concilio o de más de uno; pero estas nunca deben desgajarse del Misterio Único y Total ya que lo que la Historia de los Concilios nos enseña es que aquellas formulaciones surgieron, precisamente para defender al Cristo mismo ~~bajo~~ en un aspecto determinado bajo el cual era atacado por los hijos de las Tinieblas, ellos también instrumentos de la Providencia.

40502

80/.

Cantate Domino

343

¡Cantad al Señor un cántico nuevo! Es el cántico nuevo de mi existencia. La mayoría de las cosas son viejas y menos repeticiones: las horas, los días, las estaciones y los años, el sueño, la comida, el trabajo y el descanso, los propósitos, las caídas, el arrepentimiento y la flojera. Nihil novum sub sole!

Mi existencia es lo único nuevo, inédito, irrepetible, por eterna y nunca igual.

El cántico de mi existencia, hoy, Señor, es de acción de gracias; de gracias por las cosas grandes y las pequeñas.

Gracias, Señor, gracias porque me tratas así, porque me pasa esto, porque me encuentro en esta situación. Gracias porque no veo tus designios, gracias por el día y por la luz y más gracias aun por la noche y la oscuridad.

Gracias, Señor, por los detalles que tienes conmigo. Sí, en cierto fue hacer salir el sol para mí, y llover para mí, y crecer aquella verdura y aquel animal y aquel pez, que luego yo comeré, para mí. Y todo lo que sucede genéricamente a mi entorno tiene una perspectiva individual y encierra un mensaje personal tuyo íntimo y callado para mí solo.

Ya voy aprendiendo a entender el lenguaje de las cosas, tu revelación en las cosas. En todo me dices algo y al igual que los enamorados inventan detalles que pasan imperceptibles a los demás y que transportan la

quintaesencia de Tu amor y Tu secreto para mí: el sacramento del Rey.

Perdóname, Señor, cuando no te he sido agradecido, cuando me he olvidado de darte gracias, cuando me he quejado con resentimiento, amargura y aun hasta rencor contra las circunstancias, las curas o las personas. Perdóname, Señor, cuando he hablado de justicia —¿qué derechos tengo yo?— de atropello —¿y tú vas a atropellarme o a permitir que atropellen, de verdad, a Tu hijo?—, de miopía, de causas segundas, y de todo lo que mueve pequeñita razón nos quita como verdadero.

Gracias por todo; por todo; por un ruido que me molesta —que me trae una melodía buena—, por un hombre que no me comprende —que me hace crecer en la fe— por otro que me calumnia o me humilla —y me está al mismo tiempo santificando— por una incomodidad, por falta de medios, por todo lo que me cuesta y me duele; gracias, Señor.

Gracias, también por todo lo bueno, por una sonrisa, por un pensamiento, por un libro, por un objeto, por una persona, por un poco de mantequilla y por otro poco de sueño. Gracias, Señor, por este día y por esta hora; por esta música y por aquel amor.

Gracias por Ti. Y esta en mí y Tu Encarnación.

40502

No nos dejes caer en la tentación

344

Mi querido hermano:

Voy a ser muy breve; pero me imagino que agradecerás mis letras.

„Bienaventurado el hombre que sufre la tentación" dice el texto bíblico y Jesús mismo habla de la poda que somete a los mejores sarmientos para que den más fruto.

No se trata de que caigas en la tentación o de que la sientas, sino de que las tengas. Y creo que ahí es precisamente su mayor fruto.

Tú, que llevas tantos años de servicio al Señor, que le has dado tantas pruebas de amor y que le sigues queriendo, te encuentras ahora como frío, separado, rechazado, incapaz, indiferente, desilusionado y hasta me atrevería a decir fracasado, derrotado.

Y lo que más te molesta es precisamente esto, que tu expediente no sea ya limpio, no porque hayas cometido una falta grave, sino porque parece como si le hubieran parado delante, como si ya no fueras a la cabeza y que lo que tus tantas veces han dicho a tantos, te lo tengan que decir ahora a ti.

Te decía una cosa. No hay nada peor que el fariseo satisfecho de su virtud — ¿acaso no temían este peligro que ahora se ha eliminado de raíz? — nada hay peor que el justo seguro de sí mismo, como si S. Pablo no hubiera ya advertido el peligro que tiene de caer. ¿Y no es cierto que Tú si no te creían impecable, sí por lo menos que te creían confirmado en la virtud y en un cierto nivel de vida espiritual?

Ahora te das cuenta de que Él no quiere que se gloríe delante de sí ninguna carne.

Ahora experimentas existencialmente lo que ya sabías teóricamente: que solos no podemos nada, que todo lo debemos esperar de Él. Pero parecía como si tú supieras esperar. Y ahora la desesperación te está enseñando el verdadero camino de la esperanza en contra de toda esperanza.

¿No es cierto que tu rezo del Padrenuestro es ahora muchísimo más consciente? No nos dejes, Señor, no permitas, no lo quieras Tú, que caigamos en la tentación. Depende de Ti. Sí, hasta hace poco creía que dependía también un poco de mi virtud adquirida, de mis méritos almacenados, de mi correspondencia, de mi libertad, de mi yo en último término. Y ahora me doy cuenta de que estoy en el aire, de que estoy vendido, de que todo depende de Ti, de que todo lo tengo que esperar de Ti, de que Tú quieras con voluntad eficaz. Y mi única fortuna es la de la esclava que está mirando la mano de su señora fijamente a seguir su más pequeña indicación.

40508

Meditatio Sancti Pauli

Act., XX, 13 sq.

345

Solo. Completamente solo, aunque los que le acompañaban le querían mucho. Solo, aparte de los buenos cristianos de Miletos, Efeso, Cesarea, etc. que le tenían una afección que solo aumentaba su pena y afligía su corazón.

Lo había previsto todo, con esta previsión dolorosa del acontecimiento que se acerca, que se quisiera evitar, pero que no se puede, precisamente porque depende de su libertad y de la libertad de los demás.

El Señor le había dicho que tendría que sufrir mucho por causa de su nombre; pero no se imaginaba que fuese tanto; no sabía si el plus de sufrimiento que estaba pasando era por su impericia, por su imprudencia, por su falta de unidad, de tacto y de correspondencia. Y esta incertidumbre le hacía sufrir mucho más.

El Espíritu le empuja a ir a Jerusalén. La fase carismática de su vida toca a su término; su tercer viaje está ya prácticamente acabado. Ahora regresa, simplemente regresa, sin hacer otra cosa que regresar, saludando, confortando, consolando, pero sin iniciativa, sin ya más carismas. El último, la resurrección de aquel adolescente Eutiques en Troades ha sido su última gesta y le ha dejado muy cansado, espiritualmente cansado, como si hubiese agotado sus recursos carismáticos, como si dejase de vivir Cristo en él y volviese a

Tomar posesión de sí mismo; sin querer, en contra de su voluntad, pero forzado por el Espíritu que atado le conduce a Jerusalén.

Se ha volcado demasiado, se ha lanzado demasiado a fondo, ha hecho locuras de audacia y prodigios de fe, ha caminado demasiado aprisa, ha predicado demasiado paulinamente, su personalidad le ha traicionado.

¡Ah sí! Si ahora se repitiese la ocasión volvería a hacer lo mismo. Era la única manera de hacer penetrar la semilla en los corazones de los judíos embotados por el legalismo y en los corazones de los gentiles ahogados por el vicio y embrutecidos por el error. Había que romper la costra como fuese. Ahora ya está rota.

Pero en Jerusalén se ven las cosas de otra manera; desde el Templo se enjuician los actos muy diversamente. No es que allí reine un frío criterio jurídico, ni que sus hermanos del Apostolado no amen a Cristo. Acaso tengan razón, quizá posean toda la razón. Pablo ha sido un escándalo, uno de aquellos escándalos que Cristo dijo que tenían que venir. Pero ¡ay! también de aquel hombre por cuya causa vienen. Pablo no se ha dado, hasta ahora, demasiada cuenta. Actuaba como poseído por el Espíritu de Jesús y se olvidaba de todo y de todos. Estaba muy unido a Pedro y a Santiago y a los demás; pero no lo parecía y no había dado esta impresión. No era de Pedro, ni de Apolo, ni de Pablo, sino solo de Cristo; pero daba la casualidad que aunque él no fuese de Pablo, era Pablo; y además Saulo, aquel sobrenombre de quien se había desconfiado, aquel antiguo perseguidor que

acaso conservaba todavía restos de resentimiento.

Ahora, subiendo a Jerusalén, se le agolpa todo a Pablo de una vez. Son imponderables, pero muy reales. Ahí está el ambiente general de unos y de otros que le quieren impedir que vaya a la cabeza de la Cristiandad. Hay una tensión entre las comunidades de Palestina y las fundadas por Pablo. No vaya a resultar que ha trabajado en contra de la unidad. Pablo sufre.

Y Pablo sufre en silencio. Aquellos buenos gentiles bautizados que le acompañan son unos ingenuos e inconscientes. El tampoco tiene derecho a defraudarles. Además no le entenderían. Están tan entusiasmados con él que creerían que en Jerusalén no reinaba buen espíritu o que los demás Apóstoles estaban equivocados. ¡Qué iban ellos a entender a la vieja y experimentada raza judía! Eran dos mundos. El era el puente, el mediador. Y la comunicación solo podía hacerse con él, por medio de él, pasando por encima de él.

Le esperan muchas tribulaciones. Se lo dice el Espíritu y se lo predice Agabus. Lo que éste le anuncia: cadenas y cárcel le atormenta menos que lo que el Espíritu le ha dejado entrever: aquellas tribulaciones que le arrancarán el alma; pero él ha contestado diciendo que no ha de preferir su alma a su yo. Y es su yo desnudo, entregado, solo, el que sube a la Ciudad Santa. El ministerio suyo de servicio y de la palabra ha terminado ya; lo que tenía que dar ya lo ha dado, el instrumento está exprimido, vacío. Ahora, a pesar de que en su mente bullen ideas, proyectos, revelaciones —que luego la Providencia se encargará aun de que escriba—

ya no le queda nada por hacer, más que dar el testimonio de su yo.

Pablo se despide. Sé que no os veré más; yo que os he amado hasta el fin, yo que he recorrido pueblo por pueblo, casa por casa, corazón por corazón. Sé que se me acusará y por esto diciertamente me defiendo: Estoy puro de toda sangre, de todo engaño. Ni siquiera os he sido una carga económica. Os he dado buen ejemplo y buena doctrina. Sé que vendrán lobos rapaces, envidias mortales, falsos hermanos, negras habladurías. Y no obstante me voy, después de haberos exhortado durante tres años de día y de noche. Pablo llora y todos sollozan.

Es mejor dar que recibir, había dicho el Maestro. Esta palabra que no se encuentra en los Evangelios y que Pablo ha salvado del olvido, está muy grabada en su corazón. Ya no quiere recibir nada; se da, se da enteramente.

Y Pablo sube a entregarse, a entregarse a los suyos, a los buenos, a la autoridad. Este es su mayor sufrimiento y también su máxima justificación. ¡Hágase la voluntad del Señor! clamaban llorando los de Cesarea al no poderle disuadir que se fuese a Jerusalén.

Los buenos cristianos temen a los judíos. Pablo no teme a los que pueden quitarle la vida terrena y encadenar su cuerpo. Esto no le importa a Pablo. No es miedo a los judíos, sino temor a los cristianos, angustia de que no se le vaya a entender, temblor de que se venga abajo todo lo

que el Señor ha querido hacer por medio de él. Ahora se aplica a sí mismo aquella esperanza contra toda esperanza que él mismo nos recordará como la fuente de bendiciones de Abraham.

Este sufrimiento es real. No es indigno de Pablo. ¿Por qué nos hemos de imaginar a los santos distintos de nosotros? ¿Por qué hemos de considerar su vida ya hecha cuando queremos aprender de ellos, intentando comprender sus sentimientos en la mitad del camino de su vida, cuando aun el sufrimiento era una posibilidad real, tan real como para nosotros?

Todo sucede como Pablo de tanto había pensado en su corazón. Los hermanos le reciben en Jerusalén con alegría; con esta alegría un poco paternal y conmiserativa con que se recibe al hermano pródigo. Solo el Padre celestial recibe a su hijo pecador con unos brazos abiertos que no juzgan, ni hieren, ni quieren saber nada, mas que abrazan y estrechan contra su pecho al ausente, al que ha sufrido, al que vuelve.

Al día siguiente, sin perder tiempo, aunque con mucha "caridad" empieza el juicio. No hay esta vez, como la primera un coloquio privado paternal o aun filial con Pedro o con Santiago, sino una asamblea, una reunión grande en donde hay animaciones y explicaciones en contra de aquel francotirador, en contra de aquel hombre raro de nervio y fuego que tanto ha hecho por Cristo un poco por su cuenta.

Pablo empieza a contar las maravillas que Dios había hecho a las gentes por medio suyo. Todos se alegran mucho y sinceramente; pero les falta tiempo para decirle

que también, ellos, los judíos han crecido, que también ellos se han desarrollado y que la gracia de Dios no solo se ha volcado a las gentes por medio de Pablo, sino también a los hijos por mediación de los demás apóstoles y discípulos del Señor.

Pablo, que lleva siempre consigo el aguijón de su primera vida, el complejo de ser indigno y de haber sido perseguidor de sus hermanos, Pablo calla.

Hemos oído, nos han contado, hermano Pablo, cosas que no podemos creer, nos han referido nada menos que enseñas a apartarse de Moisés, a no tener en cuenta la circuncisión, ni aun para los hijos de Abraham, a desdeñar las costumbres y los usos santos que hemos recibido de nuestros padres. No, esto no puede ser cierto. Todo el mundo sabe que has llegado. Has sido la comidilla de nuestras tertulias, te hemos ido siguiendo y nos han ido refiriendo tus hazañas, mucho antes de que tú vinieras y sin que tú pensases en ello. Ahora, Pablo, demuestra que todo aquello son calumnias y mañana ve al templo, purifícate, ofrece la oblación y demuestra con tu conducta que nada hay de verdad en todo aquello.

El procedimiento de sus hermanos judíos, no puede ser más delicado. No le acusan, no le recriminan, no le quitan la confianza. Le dejan una salida airosa, le ofrecen la puerta abierta, le quieren tener a su lado.

Pablo calla y se somete. ¿Cómo no va a someterse? Se purifica, va al templo todos los días, ofrece la oblación y sigue callando. ¿Qué va a decir? Va a

decir que todo aquello le parece pequeñeces accidentales? Va a decirle que así no se extiende el Reino de Dios? C. Va a contarles que Atenas no es Jerusalén que urge ir a Roma, pero que el lenguaje y los problemas de Cafarnaum, no son los de la Urbe? ¿Va a decirles que todo aquello está muy bien; pero que es caduco y que el tiempo urge? No, Pablo no puede decir todo esto, aunque lo piense, Pablo tiene que callar y que someterse de buen grado, pensando que tienen también razón, y confiando en el Señor.

Todo esto se dice pronto, cuando sabemos ya el final, cuando hemos visto la mano de la Providencia. Mientrantanto Pablo espera, calla, es humilde y reza en el templo al Dios de Abraham, Isaac y Jacob al que el tanto quiere agradar de que le acusen de traidor al pueblo judío.

Pablo hablará frente a los judíos revolucionadores una vez le han maltratado y mal herido. Estos se extrañan de que hable en hebreo al igual de que el tribuno se maravilla de que conozca el griego. Pablo, el mediador, es desconocido de unos y de otros.

Después de haber sido fiel en la prueba, el Espíritu que le había llevado a Jerusalén vuelve a confortarle una noche para decirle que está contento de él, que le ha sido testimonio en Jerusalén —¡en Jerusalén, en donde estaban Jacobo y los ancianos, necesita Cristo el testimonio de Pablo de Tarso!— y que ahora tiene que continuar su misión siendole testimonio en la misma Roma.

Significativa en la acusación de los judíos contra Pablo delante del Presidente Felix en Cesarea: le llaman poco menos que autor de la secta de los Nazarenos. ¡Cómo dolerían estas palabras a él que se sabía y se decía último de los apóstoles, (hijo) enfermo entre los cristianos! Al mismo tiempo confirmaba el temor de la comunidad de Jerusalén que hasta entonces había vivido relativamente en paz. Pablo había sido imprudente, había sido demasiado personal, se había identificado demasiado con el Cristianismo hasta el punto que ya los judíos de entonces creerán que es uno de los fundadores de la Religión de Jesús.

La Providencia cuidará luego de todo, y la cárcel de dos años en Cesarea purificará el ambiente. Nadie hay indispensable.

¿Hubo alguien, sin embargo, que consolase a Pablo, que le diese las gracias por lo que había hecho, que le entendiese a fondo en su misión? No lo sabemos.

40513

La predicación teológica

346

Introducción a la D kerigmática

La verdadera D mira siempre a Cristo. No le pierde ni un instante de vista, porque solo Él tiene palabras de vida eterna. Y la D no quiere pronunciar otra λόγοι que los condecentes a la vida perdurable.

La D de la predicación, en consecuencia, antes que preocuparse de los hombres a quienes quiere predicar, antes que investigar sobre la misma predicación y la estructura interna del κηρύγμα evangélico, antes que todo esto —— sin que ello implique que luego no tenga que dirigir su atención a estos problemas —— se preocupará de mirar la predicación de Cristo.

Meditando sobre la predicación de Cristo —— meditando, digo —— se descubre el carácter profundamente vital de la verdadera D.

Veamos, por un momento, lo que hace Cristo. Jesús de Nazareth, no ha ido a escuela, no investiga, no es erudito, ha aprendido a leer, acaso a escribir y no nos deja ni una sola línea escrita, ni un solo mensaje literal: Aun el mismo Padrenuestro tiene variantes y no lo conocemos con seguridad en su

versión original.

Cristo, simplemente, vive. Y porque vive, ama y porque ama, habla, viaja, predica, convoca, cura, discute y muere. Ahí está su predicación, en toda su vida está su Mensaje, El es el Evangelio vivo y total. Concretando más, la predicación de Cristo nos aparece casi como casual. Ante los acontecimientos que van aconteciendo, predica y da lecciones, a partir de las diversas ocasiones de una vida ordinaria — pasa un viento, asiste a una ~~boda~~ comida, a una boda, pasea por el campo, visita a unos amigos, descansa en un pozo, duerme en una barca, sale al templo, etc. — enseña y hace bien ---

La predicación de Cristo es inexhaurible. El es el Maestro que tiene una sola cosa que decir: la predicación del Reino y la va realizando con su vida y al ritmo mismo de su vida ordinaria ---

La P de la predicación no puede ser otra cosa que la predicación del Teólogo. Y el Teólogo no debe ser más que una predicación viviente, al ejemplo de su Maestro.

Indiscutiblemente una cosa es magisterio, otra ministerio, otra política, otra cultura y otra fe. Pero estas distinciones formales no pueden exagerarse hasta el punto de hipostasiarse. Este es el peligro cuando se habla del maestro, del sacerdote, del político, del intelectual y del teólogo, como si no fueran también otras cosas, como si no fueran substancialmente hombres y accidentalmente filósofos, técnicos, etc.

Ahora bien, el teólogo, juntamente con otras características adjetivas que le son necesarias, debe procurar substancializar su fe en su mismo ser humano y convertirse en aquel cristiano — que aquí es un substantivo — que vivencial y reflexivamente con su mente sigue a Cristo y trata de vivir — ~~también~~ precisamente con la misma superior luz del intelecto — el misterio cristiano. De ahí que un teólogo tenga que ser forzosamente un predicador. Pero no solo un predicador que predique desde el púlpito o desde la cátedra, sino un testimonio vivo de la fe en medio de la vida entre las mil ocupaciones de la existencia humana. El es quien se preocupa constantemente en encontrar

el sentido cristiano de la vida.

La predicación teológica es muy sencilla: Cristo; pero no un Cristo en ideas y formulaciones abstractas —esto también (y lo subrayo) a su debido tiempo—, sino Cristo en la vida humana, su criterio, su misión, su realidad.

Al teólogo le hace falta estudiar, pero también misión, le hace falta comprender, pero también sufrir, le hace falta ciencia, pero también santidad.

40516

Silenci interior

La meva vida, Senyor, es un silenci; un silenci pregón en mig del ~~soll~~ soroll estabarnidor d'una existència colectiva d'homes, ciment i màquines que fan gatzara, tot ho tornen gris i tot ho malmenen amb botzines, xiscles, i sossaments de tota mena.

Un silenci interior que em posta a no voler saber res de l'exterior, adhuc de l'exterior valiós que no desprecio, pero que crec valorar amb la relativitat que cal.

Pero hi ha encara una doble exteriorità que es per a mi tentació en aquest periode silenciós de la meva vida. L'exteriorità de l'Església i l'exteriorità de la meva acció.

L'Església es una societat, està en el mon i poseieix una cultura, uns homes, una política, una teología. Tot això m'ha apassionat i potser encara m'atregui massa. Voldria saber, coneixer, actuar, esser-hi i treballar per ella. Em dono compte de tantes coses --- Pero ara em tinc que oblidar de tot, adhuc d'aquesta dimensió essencial de la teva Esposa.

La meva acció sempre he procurat que surgís d'una plenitut interior; pero no deixava d'ener una activitat externa, una configuració de l'ambient, una influència en els altres, un donar el que havia anat fructificant en mi, poc o molt, bo o dolent.

Ara la meua vida té que ener distinta, sense acció de cap mena, sense exitant extern de cap classe, dins del possible, la meua vida te que ener un silenci perfecte.

I mentrestant assimilar, creixer, rumiar; no vivint del record o tornant a experiències passades, sino vivint el present nu, punyent i silenciós.

Encara es massa forta en mi l'ansia de preparació per a l'acció. Aquesta potser torni; pero si ve no em té que trovar amb més coneixements o més experiència — més aviat tot això minva sense l'exercici i l'entrenament —, sino amb més serenitat, calma, profunditat, maduresa. Em tindran que arrencar — i em serà tan dolorós, o més, que quan m'arreconaren de l'acció — del meu silenci, del meu castell i de la teua intimitat; i em trovaré estranger on abans era casa meua.

Em cal, pero, que el silenci sigui positiu, sigui vida i no endormiscament. A negades em queixava de que vivia massa depressa, de que no arribava a poder assimilar-ho tot, de que em desbordava la feina, no perque em dominés, sino perque no la podia fer tota, ni dominar-la com calia. Ara puc — dec — vivre poc a poc, sense presses, sense ansies d'acció, sense plaços, ni limits, ni dates.

Ara es l'hora de la contemplació.

40518

La purificación de la vida

(348)

Purificación de la vida por la vida misma. (Sentido subjetivo y objetivo a la vez). Escrito está que "todo sarmiento que dé fruto, lo purgará para que dé más fruto" (Jo., XV). Para la Providencia no suele intervenir de una manera extraordinaria, más que en casos extraordinarios. Generalmente ella ha organizado las cosas de tal manera para que en su funcionamiento corriente cumplan la misión providencial que le toca. Más aun, se podría decir de una manera menos impropia que el orden real es el mismo; es decir lo que nosotros llamamos leyes de la naturaleza o del espíritu, no son sino la ~~exitalización~~ formulación intelectual de la manera como suele actuar la divina Providencia.

Desearía describir ahora una de estas conexiones mutuas entre los órdenes que estamos acostumbrados a considerar exclusivamente separados: el físico, el antropológico y el sobrenatural.

El hombre necesita purificación, es decir, necesita vaciarse de un conjunto de malos hábitos, malas inclinaciones y sobre todo de una manera de ser —— en un sentido más ontológico —— que tiene su origen en el pecado original. Sobre este cambio de ser, sobre esta conversión necesaria para cualquier vida cristiana, es decir para un encaminamiento en el verdadero camino del Ser, versa la μετάνοια evangélica.

Y Cristo además de llamarnos a todos a la penitencia ha dicho que se preocupará personalmente de podarnos para que demos más fruto. Esta intervención personal del Señor pertenece al orden existencial cristiano, a saber a la misma estructura fáctica de las cosas y no es preciso imaginar una intervención divina al margen de su intervención ordinaria haciendo convenir todas las cosas para el bien de los que le aman y para gloria de los elegidos.

Con otras palabras: yo estoy constituido de tal manera que me voy purificando por el roce con el ambiente a medida que lo voy necesitando.

Voy a imaginarme a un amigo —¡tantos tengo a los que les ocurre esto!— que me escribe o me dice que lo pasa mal, que está descentrado, que vive en una situación dolorosa, que en la familia, la oficina, la facultad, el taller, la sociedad, etc. en donde está le molestan, le mortifican, le hacen la vida imposible y que él se desesperaría, sino fuese porque lo toma con paciencia pensando que es una Cruz que Dios le envía o que simplemente permite, para que se purifique más y más y pueda así ser encontrado limpio y grato a los ojos de Dios.

A este amigo mío le felicitaría por su buena disposición y voluntad, por su buen espíritu cristiano, por su visión sobrenatural y por todo lo bueno que él pueda

sacar de aquella prueba. Pero al mismo tiempo, después de una discreta alusión a la soberbia, le diría que no es ninguna Cruz que el Señor le manda, ni ninguna prueba que Dios le envíe para purificarle, sino que es un sacrificio que él mismo se ha buscado y una purificación dolorosa que él mismo se ha merecido.

No es que Dios le envíe nada, ni que su mujer, su jefe, su superior sea insoportable, sino que él mismo es el impuro, el pecador, el que no está centrado consigo mismo, el que no posee el equilibrio cristiano, el que no vive de la fe, la esperanza y del amor y que en consecuencia en su misma manera de ser encuentra la penitencia que por la misericordia divina le irá purificando si él es fiel.

Con delicadeza le diría a mi amigo que la culpa es suya; y con más exactitud añadiría que la causa de aquel dolor, desasosiego y malestar que él procura aprovechar como purificación, es él mismo.

"Venerunt autem mihi omnia bona pariter cum illa" dice el libro de la Sabiduría — VII — refiriéndose a la misma Sapientia primero de los dones del Espíritu Santo. Y añade acto seguido: "et laetatus sum in omnibus", me alegraba en todo. Decidle al justo que todo es bueno, dice otro texto sacro — — y al que tiene se le dará y al que no tiene aun lo poco que posee se le quitará, remacha el mismo Cristo. ( ).

¡Ah mi querido amigo que te quejas en lugar de dar gracias a Dios ☆, que refunfuñas en lugar de mostrarte alegre y agradecido!. Ciertamente necesitabas purificación y mucho mayor de la que tu creías. Tan grande era tu necesidad que no era menester que Dios descendiera a purificarte, sino que las circunstancias mismas se encargan de ello, sino que tu mismo chocas con el medio ambiente que te va enseñando a no hacer tanto caso de las cosas pequeñas, a no tomarte a ti mismo y a tus cosas tan en serio, a alegrarte con las cosas pequeñas que se te ofrecen como un don y con las grandes que tu ya casi te habías olvidado de considerar: tu vida, tu filiación divina.

Estas cosas te purifican porque no estás puro; que si lo estuvieses no te purificarían, no te dolerían ni harían sufrir. Estarías contento con tu suerte, estarías por encima estas pequeñas de la vida exterior. Imagínate a un santo que se alegra y se goza en la humillación, el desprecio y el olvido. ¿Lo ves como la culpa es tuya?

Es muy fácil perseverar cuando todo marcha viento en popa ¿Recuerdas el diálogo de Job el

Patriarca con Jahwé?

Vive de tal manera que nada pueda ya purificarte de esta manera, y entonces serás ya puro. No quieras dar coces contra el aguijón, ni rebelarte en contra de la Providencia, ni empeñarte en querer cambiar las circunstancias. Piensa que tu verdadera vida es superior a todo esto y es inconmensurable con magnitudes creadas; ten el santo orgullo de ser hijo de Dios.

No te digo, evidentemente, —y creo que mucho imaginario amigo nos entiende bien— que no luches por cambiar las circunstancias adversas, que no trabajes por alejar de ti el dolor, la prueba, llámale incomprensión, calumnia, falta de amor, carencia de medios, escasez de dinero, etc.; sino que te recomiendo que lo hagas de otra manera, con más alegría, sin complejo de víctima, sin cargar sobre tu espíritu el enorme pecado del desagradecimiento y de la amargura. Sursum corda! qué no hay para tanto; qué eres tu mismo, dando tanta importancia a tu prueba quien la han exagerado, quien la han hecho tan pesada.

¿Te das cuenta ahora de que necesitabas purificación? Era tan urgente que no ha hecho falta que Dios viniese a descender a la tierra. En su primera descensión ya pensó tu caso común y vulgar y por eso organizó las cosas de la manera que han ocurrido.

Demos un paso más y afirmemos que cualquier prueba interior es prueba precisamente porque no estamos puros y, en consecuencia, nos purifica en la medida que necesitamos purificación.

Puede que no estés contento con tu superior, la culpa es tuya; si fueses más santo no te dolerían como te duelen lo que tu llamas sus caprichos, excentricidades e injusticias. Mujer que te quejas del carácter y los defectos de tu marido, la culpa es tuya; si fueses más santa le darías gracias a Dios que se preocupa tanto de ti y de tu alma que permite que ocurra esto para que vayas con más prisa a él. Hombre que estás amargado con tu destino y vives resentido contra la sociedad, tu eres el culpable de ello; porque si hubieras tenido una visión sobrenatural más pura no hubieras reaccionado mal, ni se hubiera quebrado tu alma.

No digo con esto que no pueda existir también, en el hecho en sí, culpa ajena; sino que afirmo que en el hecho en mí, la culpa es mía por no estar a la altura de las circunstancias, por poner mi esperanza en un lugar falso, por no vivir una vida auténtica con Cristo in Deo que me haría ~~ser~~ verdaderamente invencible. No digo con esto, tampoco, que este dolor pueda evitarse completamente o que haya, a veces culpa moral; sino que afirmo que cualquier prueba es prueba precisamente porque soy imperfecto y esto vale (hasta) para los grados más elevados de la mística; puesto que la imperfección es inherente al hombre viador mientras no ha llegado al término, a su per-fección.

No purifican aquellas cosas que requieren una mayor prueba que la que tenemos. Esperar un francia ya no es para mí ninguna prueba, en ocasiones normales, porque poseo ya la suficiente perfección en paciencia y sacrificio como para que me resulte un hecho que exige de mí un plus de virtud que el que poseo ordinariamente. Un desprecio, una falta de confianza de una persona querida resultan, en cambio para mí muy dolorosas — y por ende purificatrices — porque no estoy suficientemente enamorado de Dios como para ser insensible a una consideración de afecto hacia mi persona.

No se vaya a sacar una tesis estoica o inhumana de lo dicho. Esto no es sino un aspecto de un problema antropológico mucho más complejo.

En primer lugar no toda purificación requiere prueba. La esencia de la purificación no está en el dolor, ni en la prueba más o menos difícil, sino en el amor.

En segundo lugar — se indicó ya — no toda sensibilidad al dolor presupone imperfección moral, sino solamente imperfección metafísica.

En tercer lugar, no se puede hacer una jerarquía de la perfección de los individuos a partir de su sensibilidad o insensibilidad a diversas pruebas. Hay quien humanamente resiste muy bien pruebas físicas o de penuria económica y no soporta en cambio una humillación o un desamor y viceversa. No existe ninguna escala misteriosa para un mismo individuo.

40519

R. Panikker

Grafodrea

(249)

Perdón por el vocablo; pero no encuentro otro mejor para expresar lo que deseo. Se trata de una justificación de la escritura, de mi escritura. Yo —tú, él— ¿para qué escribo? ¿Por qué cogo la pluma y voy llenando hojas y más hojas?

Antes que la justificación, antes que la defensa tiene que venir el examen de conciencia, la κρίσις. ¿Cuáles son los móviles que me impulsan a escribir?

Quisiera poderlo decir claramente y en pocas palabras y eliminar de ellas toda apariencia de justificación personal o de defensa propia en un sentido individual y privado. Si utilizo la primera persona es porque, cuando se hace un examen, no se tiene derecho a usar ninguna otra.

Escribo, en primera aproximación, por una necesidad interna, por un motivo interno, por un querer mío. Esto está claro. No escribo por un compromiso con la sociedad o con una revista o un editor; no escribo por un deber impuesto desde fuera, ni por una necesidad extrínseca más o menos pragmática como sería, ganar dinero, prestigio ~~o simplemente~~ unas oposiciones o simplemente prestigio. No escribo ni siquiera para publicar, aunque no me oponga a ello, si la Providencia ~~lo~~ así lo dispone.

¿Cuál es, empero, esta necesidad interna? ¿Por qué me siento impelido a empuñar la pluma y a ocupar un buen tiempo de mi vida en ir escribiendo todo lo que escribo?

¿Es vanidad? ¿Es necesidad fatal? ¿Es un desahogo? ¿Es una especie de compensación por no poder hablar, actuar, enseñar? No creo que sea nada de esto.

Yo daría dos respuestas en dos planos distintos. La primera se mueve en un nivel pragmático y superficial. La segunda proviene de lo más íntimo de mi ser; y aquí sí que me es permitido decir, de nuestro ser.

Escribo para, dice la primera contestación; y escribo porque, reza la segunda.

Escribo para ordenar mis pensamientos, para almacenar mis conocimientos en algún otro sitio que en la memoria, para organizar un poco mi cabeza, para descargarme de un peso cogitativo que me oprime el cerebro y aliviar así mi sistema nervioso o mi vida. Escribo para conseguir claridad en los problemas que me preocupan y obligarme así a dimensionar y a justificar la intuición indiferenciada, rápida y fugitiva que se me ocurre en un momento dado. Nuestra mente, entiende componiendo y dividiendo y así como resulta casi imposible estudiar matemáticas sin papel y lápiz, resulta casi imprescindible ir anotando reflexiones y experiencias para pensar con cierto tino sobre cualquier cosa.

R. Panikker

Pero además escribo por una razón más profunda; escribo por la misma razón por la que hablo: porque tengo algo que decir, porque se me ocurre algo que escribir. Y en último término, escribo porque vivo.

Escribo porque la vida es diálogo, y el diálogo interior necesita de alguna manifestación exterior; pues de lo contrario fácilmente degenera en monólogo.

La vida del hombre sobre la tierra, y de una manera más plenaria la del cristiano, es un diálogo con aquel Tú, ~~que para nosotros juega el papel de~~ que es tal, porque es llamado, dicho, engendrado Tú por el Yo divino y eterno del Padre. Mi vida es un diálogo con Cristo, luz que ha venido a iluminar a todo hombre que viene a este mundo.

Mas, mientras vivimos en este mundo de la temporalidad y la desemejanza, para que el diálogo con Cristo no degenere en monólogo circular, para que la oración, que es diálogo, pueda seguir sin interrupción, aun cuando no me dirijo explícitamente a El para darle o para pedirle gracias, entonces hace falta que el diálogo se exteriorice, se manifieste, surja de alguna manera fuera de mí para continuar viviendo, pensando y amando.

Una verdadera conversación, una auténtica clase, un diálogo real mío con otro u otros hombres, no es una repetición de un trozo de vida ya vivido, no es la comunicación de algo que yo ya sé, que ya sabía y que guardaba almacenado en la hacienda de mi espíritu bajo la llave de mi memoria; sino que es un trozo de vida mío inédito todavía — aquel tiempo es virgen y no lo he vivido ~~todavía~~ aun — que comparto, de concurso con mi prójimo. Por eso no voy al diálogo — sea conversación, sea clase, sea visita, sea trabajo ordinario o profesional cualquiera — a enseñar, a repetir, a decir o a recordar, sino que voy a vivir, a convivir a crear juntos, a hacer juntos un trozo de vida a redimir juntos un intervalo de tiempo, un pedazo del cosmos. (De ahí, entre paréntesis, la inmoralidad de los exámenes y más aun la del estudio en vistas de pasar airosamente un examen; sin que esto signifique que no tengan que haber pruebas que garanticen la capacidad o la ciencia de un candidato a cualquier cosa).

Pues bien, de la misma manera que el hombre no puede estarse como los varones de Galilea, embobalicados mirando al cielo, sino que tiene que disponerse a trabajar, sin perder por esto, su espíritu de contemplación y su oración constante; así igualmente necesito de la escritura para ir plasmando mi vida, para ir viviendo en este mismo espíritu de contemplación, sin ensoberbecerme en una satisfacción solitaria e infecunda.

R. Panikker

He dicho que escribía por la misma razón que hablo. La escritura auténtica no es sino la exteriorización de la palabra; de la palabra verdadera, de la palabra interior y exterior a la vez.

Una palabra solamente externa, un sonido acústico articulado aunque lleve consigo un significado objetivo, sino está ~~cargado de~~ preñado de una carga subjetiva, sino es manifestación a la par que significación es una vulgar mentira, no es palabra, no es logos, no es revelación y crecimiento de nuestro ser, sino engaño, construcción vacía, mentira, porque lo que expresa no es lo que dice.

Una palabra exclusivamente interna no es aun palabra, no es completa, no es, ni siquiera humana, es un germen de palabra, es un balbuceo incipiente, es una intuición indiferenciada y muchas veces una simple ilusión espiritual.

El hombre es una unidad, una unidad ôntica indestructible, esto es, inmortal; por eso cualquier actividad parcial — si pudiera darse — no es una actividad humana, es un trozo, una parte, un ingrediente que con mi inteligencia abstraigo o que con mi experiencia noto porque predomina sobre el resto de componentes de aquella actividad humana. Así, no existe una volición pura o una intelección desnuda, ni menos existe un acto solo del alma o exclusivamente del cuerpo.

Ahora bien, la palabra, esta palabra mía, manifestación de mi ser, signo de mi vitalidad y de mi crecimiento ontológico hacia la plenitud —— el hombre, y no solo el niño, aprende a hablar durante toda su vida —— esta palabra integral que tengo que ir pronunciando para ser, en analogía —y participación —— ~~del Padre~~ de Dios. Padre que se profiere-do su Logos, pronunciando su Verbo, diciendo su Palabra, esta palabra que no puedo menos que ir diciendo para mí mismo, no es necesario que siempre sea sonora, no es preciso que en todo momento se manifieste acústicamente; basta muy a menudo que sea escrita, que descienda al mundo exterior por medio de un arte —— arte es en definitiva la locución —— en el que la lengua no tiene parte, pero sí la mano.

Absolutamente, no es siempre preciso que la palabra salga al exterior; puede por un tiempo permanecer encerrada en nuestro ser, con tal que no sea solo palabra interior, sino palabra completa. Entonces la palabra se pronuncia en el cubículo de nuestra alma, coram Deo, delante de Dios que ve en lo escondido. Pero no pasará mucho tiempo sin que este silencio interior, esta palabra callada, explote al exterior con más apasionidad que nunca: en el cántico, el cántico religioso, el cántico místico, en sus múltiples y variadas formas.

R. Panikker

La escritura, la verdadera y auténtica escritura, es el cántico menor, es la explosión más ordinaria de la plenitud de la palabra que no puede quedarse ya por más tiempo en nuestro interior.

Existen, evidentemente, los dos peligros extremos en la escritura. El uno es el aborto, el otro es el cadaver (o el empacho, si se quiere utilizando otra metáfora poco elegante).

El aborto se da cuando se escribe sin dejar tiempo a que la palabra se forme en nuestro ser, armónica de pensamiento, de amor y aun de forma (en la que no excluyo ni siquiera la caligrafía —— y de ahí la grafología —), cuando lanzamos al papel, precipitadamente lo que se nos ocurre, sin pensarlo, sin amarlo, sin complementarlo y sin darle forma. Las causas del aborto son múltiples, pero se pueden reducir a dos grupos. Un grupo interior y otro exterior.

El grupo interior está formado por aquel conjunto de causas que nos hacen vivir precipitada y sobre todo desarregladamente. Quien no tiene paz interior, quien no descansa en el ser, quien no sabe valorar el tiempo y dejarlo en manos de Dios, quien no consigue superar el nerviosismo de una vida trepidante, quien se deja dominar por cualquier pasión poco noble de ira, envidia, resentimiento, amargura, etc. no llegará nunca a una fecundación armónica de una palabra viva, de una escritura auténtica. Una vida

ajetreada, sin paz ni contemplación solo produce abortos. Si la palabra es vida y no se vive, es comprensible que lo que se escriba solo sean ~~abortos~~ fetos inmaturos y muertos.

El ~~segundo~~ otro grupo de causas es exterior; es simplemente, la prisa exterior o las circunstancias externas que me obligan a hablar cuando estoy vacío y me impelen a escribir cuando aun me estoy llenando o no tengo nada que decir, es la vida actual — y de siempre — con sus premuras, sus plazos, sus ambiciones, sus luchas y oposiciones y también su vanidad, su orgullo, su prestigio y cien mil cosas más que nos hacen olvidar que a cada día le basta su propio afán y que nuestro primer deber es buscar el Reino de Dios y su Justicia.

En términos corrientes estos abortos se llaman producciones inmaduras. La prisa interior o exterior, la falta de paz interna o externa, la precipitación intrínseca o extrínseca son la causa de la inmadurez. La escritura tiene el gran peligro de fomentar esta inmadurez si trasladamos al papel cualquier germen de palabra que se nos ocurre. Así como existe un defecto antropológico — y no solo social — que se llama la locuacidad, la verborrea, existe la misma falta cuando el ~~defecto~~ pecado se comete con la pluma en lugar de la lengua.

Se da también, sin embargo, el peligro opuesto, a saber el segundo escollo del pensamiento ~~: la morosidad, la pereza~~ tanto hablado como escrito; mejor dicho, el segundo

obstáculo para la vida verdaderamente humana

Si el primero se venía a resumir en prisa y precipitación que llevaban a la locuacidad y a la inmadurez, el segundo podría formularse como pereza y monotonía que llevan al aislamiento y a la mitina

Se empieza por no escribir, mi hablar por mera pereza y comodidad y se termina por no hacerlo por no tener ya nada que decir. Recuérdese que hablo siempre de un decir sustancial, vivo, de un hablar mi palabra que es mi ser, limitado y en camino bajo un determinado aspecto, que es precisamente mi opinión sobre aquel problema incluso intrascendente en una simple ~~conversación~~ tertulia entre amigos.

Si es cierto que existe una soledad fecunda, no es menos verdad que se da también un aislamiento mortal. Las causas pueden aquí también reducirse a dos series, interna una y externa otra, aunque en este caso, como en el anterior nunca se dan solas ni independientes ya que existe una íntima conexión entre ellas.

La serie de las causas internas podría ilustrarse trayendo a colación los conceptos de timidez, falta de confianza en sí mismo, complejo de inferioridad, pereza, comodidad, indiferencia, falta de vitalidad y aun de interés.

Cabe también un orgullo interno o una escrupulosidad excesiva que impiden escribir nada, pensar nada, creer en nada porque no es perfecto, porque no es completo, porque a lo mejor no corresponde a la realidad. Hay almas que se van empachando con sus propios pensamientos, que involucran todo y que no salen de ninguno luego nada; son incapaces de análisis y de comprender que la verdad quoad nos es polifacética. Cuando un alma ha crecido espiritualmente encerrada un cierto tiempo presenta una intolerancia característica. No se puede discutir con ella porque para de una cosa a otra, de un aspecto a otro e instintivamente toma por ataque personal lo que no es sino una discrepancia de matiz en un problema intrascendente. Una cosa es la simplicidad, otra la indiferenciación.

La segunda serie de causas es meramente externa. El hombre es un ser social y cuando decía que vivir culturalmente o espiritualmente aislado, sin lecturas, sin diálogo, sin discusión, sin acicates externos que pongan en funcionamiento sus facultades, se atrofia, se desinteresa, se olvida o cree se amarga y se resiente de manera que su vida espiritual se ve afectada de una herida que lo malbarata todo.

* * *

¿Por qué escribo? Escribo porque vivo, y escribo para vivir, para crecer, pero no atrofiarme, para pensar y amar más y mejor, para comprenderme a mí

mismo y a los demás, para que mi experiencia me sea útil y eficaz. Escribo porque tengo algo que decir, porque tengo que decir un trozo de mi vida, un pedazo de mi existencia. Escribo para rectificar, es decir para apoyarme en mi mismo, en mi pasado, que ha quedado escrito — en mi opinión sobre cualquier cosa — y que luego repaso, rectifico, supero y así voy viviendo, voy amando, voy siendo, es decir caminando.

Esto no es todo, sin embargo. He indicado antes tímidamente una analogía trinitaria, y ésta puede continuarse. El Verbo es Dios, es idéntico a Dios y no obstante Dios no es solo Palabra. Dios Padre es silencio y el Amor divino, el Espíritu Santo tampoco habla.

Analogamente en mí tampoco puede ser todo palabra, ni lo puedo, ni lo debo escribir todo. Sería un error y aun una inmoralidad querer escribirlo todo, quererlo pronunciar todo, quererlo decir todo. Hay cosas que no debo decir a los demás y que no debo ni siquiera decirme a mí mismo. En mi vida debe haber tanto silencio como palabra y tanto amor callado como actividad escriturística.

Mas aun, hay momentos en los que debo callar y vivir en silencio, en un silencio interior que se resiste que no se mienta ni siquiera en un verbo

interno porque se sublima directamente en amor, en caridad, en servicio callado al prójimo, en cariño silente a los demás en holocausto sin ruido por mis hermanos, en entrega sencilla discreta y natural de mi vida... Si el grano de trigo no muere...

Ya se cuidará el Señor, entonces, de que explote luego más tarde, a su debido tiempo, la canción clamorosa de mi existencia, el testimonio —μαρτύριον— patente de mi vida

In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum!

40522

R. Pániker
P. O. BOX. 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

El silencio de mi ser

350

No oía tu voz porque no estaba en silencio; no sentía tus latidos porque mi corazón hacía ruido; no percibía tus pasos porque en mi alma había mucho movimiento.

Y esto es acaso lo más triste. No se trataba de voces blasfemas, ni de ruidos profanos, ni de movimientos que fueren en contra de ti o al margen de tu servicio. Todo era para ti y quería ser para tu gloria; pero los árboles me tapaban el bosque y mi propia melodía entonada en tu gloria apagaba el suave murmullo de tu voz que me quería hablar, que quería dejarse oír y ser también, alguna vez, activa.

Mi pecado, Señor, es más profundo, más interno, más sutil y más maligno. Mi pecado no ha estado en la accion; por eso la compunción es más difícil. Yo no he pecado con el hacer; yo no he hecho nada malo. Tu ya me entiendes, Señor. Lo malo que he hecho, lo malo que hago ya me lo has perdonado y ya me lo perdonas, porque me duele, me arrepiento de ellos y tu misericordia me perdona.

Yo he pecado en el ser. No en el ser malo, que sería una acción, que sería un hacer; sino en el mismo ser. Yo quería ser útil, yo quería ser docto, yo quería ser prudente, yo quería ser sabio, yo quería ser santo. Y es significativo que cuando no podía ser una cosa porque las circunstancias — ni que fueren tan tuyas como las ~~impu~~ venidas de la obediencia — me lo impedían, entonces buscaba su compensación intentando ser

otra. Iba de una cosa a otra refugiándome por lo menos en ser santo. Pero siempre quería ser, ser yo, ser algo, soberanía, llegar a ser.

Mi entrega no ha sido plena porque no había entregado el ser. Quería ser yo, Señor, en lugar de contentarme con ser Tú; deseaba ser un yo — lo que es una blasfemia y en último término idolatría — en vez de querer ser un Tú. Buscaba llamarte Tú en lugar de dejarme llamar Tú por Ti, en lugar de ser fiel a Tu llamada en lugar de responder a Tu vocación.

Ayúdame, Señor, a penetrar en las tinieblas, ~~aquí~~ rocíame ahora que voy a internarme en Tu silencio. Ya no te voy a cantar más, ya no voy a tener ratos de grandeza espirituales, ya no me voy — con Tu gracia — a considerar importante, ni tomarme tan en serio. Ya no voy a querer ser.

No voy a desear ser de ninguna manera, ni servirte como yo creo que desean ser servido. Mis deseos son malos, Señor, porque al nacer de tener un objeto bueno son deseos idolátricos, son quereres egocéntricos.

Ahora voy comprendiendo el camino de los místicos, el sendero de la nada, el atajo del silencio.

He deseado con excesivo afán, he querido con una voluntad exagerada. He querido ser, Señor; este es mi pecado.

R. Panikker
P. O. BOX, 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

Enséñame, Señor, el camino del silencio, del silencio óntico, condúceme por la senda de tu nada y guíame en la luz de tus tinieblas.

Este camino —Tú me dirás, Señor, si es cierto— tiene dos fases. La primera es la del despojo interior total. La segunda es el caminar a pesar de estar desnudo, pese a no tener ya nada que recoger en el camino.

Despojo total, no solo de mis ilusiones, planes y proyectos concretos, sino abstractos también. Quiero decir que no me basta renunciar a ser éste o aquello con la secreta esperanza de que así seré lo otro o lo de más allá; sino que tengo que renunciar a querer ser, a querer ser esto y lo otro y lo tercero. No voy a servir para nada, no voy a ser nada, no ha de tener mi vida otro sentido que el que Tú en tu interior le quieras dar y será un sentido recóndito para Ti, que nadie conocerá, ni yo mismo.

Y luego, una vez anonadado, una vez convertido en un simple Tú, en un Tú tuyo, Señor, que obedece, que escucha, que ama, que goza y que sufre no queriendo nada, no pensando nada, no siendo nada. Luego una vez hecho nonada, entonces empezar a seguirte, empezar a caminar por un sendero sencillo, ordinario, vulgar, oscuro, ¡ah! y en silencio, sin cantar, sin hablar, sin predicar, sin

quiere que otros rijan por él. Este es mi camino, este es mi secreto. Luego en el fuero externo, haré lo que haga falta, lo que Tu quieras, lo que convenga, lo que me digan. Ya no haraín falta grandes cualidades, ni conocimientos muy profundos, ni una especialización costosa; bastará que obedezca.

No quiero nada, no deseo nada, no pretendo nada; pero tampoco quiero la nada, ni quiero nada. No es el objeto de mi voluntad y de mis deseos el que desaparece, no es que me empeñe en querer la nada, sino es el sujeto el yo, el que ya no existe. No es que yo quiera la nada, o que yo no quiera nada, sino que el querer de mi yo ya ha desaparecido y mi yo no quiere nada. Si hay alguien quiere en mí, será el que el Señor ponga en mi interior, por la vía ordinaria y corriente de una obediencia general.

Mi ser es un silencio que está aprendiendo a escuchar.

40525

R. Paniker
P. O. BOX, 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

La vocación trágica

351

Mi querido, respetado y venerando P.:

Esta carta no se la enviaré. No me atrevería. Y sin embargo se la escribo por muchas razones que no son del caso. Entre otras, porque en cada línea de mis palabras cabalga una plegaria para Vd. y para otros muchos que se encuentran en situación análoga; porque —— y con ello ya empiezo (y no soy de ningún modo pesimista, sino realista) —— no es Vd. caso único, ni siquiera raro en este mundo en el que todavía campea, aunque herido de muerte, el príncipe de las tinieblas y el padre de la mentira.

Lo voy a reconocer sin rodeos y con toda la crudeza: Vd. no tiene vocación; sea porque la haya perdido —que la vocación, como la salud, se puede perder —— sea porque no la haya tenido nunca, por lo menos en la forma concreta que ahora reviste. Hablo según el lenguaje corriente de los hombres.

Vd. sacerdote y célibe —— y buen cumplidor, pues en caso contrario ya no habría lugar a diálogo ni a reflexiones de este tipo (precisamente su honradez y su honorabilidad son las que me hacen coger la pluma) —— se siente con vocación de laico y de casado. Vd., vinculado delante de Dios y de los hombres a una comunidad religiosa, se siente llamado a

realizar una misión personal e independiente de tal manera que los vínculos comunitarios que están destinados a potenciar la libertad personal, a aumentar la eficacia apostólica y a conferirle un apoyo y un complemento que solo no se tiene, los siente Vd. como cadenas que le impiden hacer lo que Vd. desearía y ser como Vd. mismo cree que debe ser delante de Dios.

~~No creo~~ Todo esto, no es, además, la tentación de un momento o el mal humor de una temporada, sino que hace años que dura y no deja trazas de arreglarse por más que Vd. haya intentado repetidamente volverse empezar, encajar, amoldarse y recuperar la vocación perdida.

Como Vd. sé, lo tomo muy en serio. La vida humana sobre la tierra es lo más serio que existe, y la irrevocabilidad del tiempo y la eternidad en su término confieren a nuestra existencia toda la grandeza de una obra divina, toda la tragedia de una representación cósmica que solo se juega una única e irreformable vez en su totalidad, y en cada una de las escenas particulares. No hay ensayos, ni apuntador.

Ante todo, no tengo más remedio que distinguir su vocación sacerdotal de su vocación religiosa que me ~~parecería~~ gustaría llamar evangélica.

Sobre la primera no se puede dudar de que ha existido; más aun, de que existe. Vd. recuerda todavía las explicaciones y las diversas interpretaciones

R. Pániker
P. O. BOX, 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

que en sus clases de Teología viría sobre el σφραγίς τοῦ κυρίου, sobre aquel estigma del Señor que pesa en sus elegidos y que ha penetrado en sus carnes y en su alma como un sello ontológico de posesión y una marca distintiva de una manera de ser.

Este estigma no puede perderse, esta marca es indeleble y Vd. está sellado con ella in aeternum con pacto triple desde Melquisedec, Abraham y Cristo. Puede darse que psicologicamente Vd. esté muy lejos del estado de ánimo que normalmente presupone el caracter sacerdotal. No importa. Este está ahí como garantía de que su vocación perdura, de que su llamada sigue siendo actual, de que su misión es una y solo una: ex hominibus assumptus in his quae sunt ad Deum.

Como Vd. comprenderá, esta carta no quiere ser un sermón para predicarle una serie de reflexiones que Vd. se ha hecho mil veces a sí mismo, ni tampoco, naturalmente, para darle una salida airosa o una solución casuística ingeniosa. Más bien quisiera hablarle del caracter trágico de su vocación y de la misión trágica de su vida.

Hay disposiciones interiores que no se pueden cambiar, hay estados de ánimo que no dependen de nuestra voluntad, hay arrepentimientos

que no se pueden tener y hay convencimientos que no se pueden fingir. No, la vida es mucho más seria e irremediable de lo que se cree. No a todos está dado penetrar la profundidad dramática de esta tragedia que la creación entera juega delante del Creador.

Sí, su vocación es trágica; trágica porque es definitiva, trágica porque es irremediable, porque es intransferible y porque no se puede cambiar, ni volver atrás, ni recuperar, ni hacer como si lo que es no fuese.

Vd. sabe muy bien que en casi todas las religiones se da el sacrificio humano de una forma u otra; bien sea cruento y sanguinario, bien incruento, civilizado o místico. Cuando el monje, sea budhista o católico se tonsura la cabeza, se ciñe el sayal y se enclaustra en un convento, muere al mundo y empieza el camino para morir también a sí mismo; cuando los vestales, las vírgenes, los sacerdotes de los templos de la India, los hechiceros de Africa o los sacerdotes del Culto se

R. Pániker
P. O. BOX, 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

consagran a Dios y a su servicio, entregan su vida, sus cuerpos, su hacienda, su honra y se convierten en un holocausto humano ~~y~~ a la Divinidad.

Pues bien, Vd. tiene precisamente la vocación sacerdotal en toda su pureza y en toda su plenitud. En toda su plenitud porque no es ya un símbolo, un aviento, un anticipo del verdadero y único sacerdocio de Cristo como ~~es~~ el caso ~~fuera~~ del ~~Catolicismo~~ Cristianismo; sino que es una participación real y verdadera de la Víctima única y recapitulativa de toda la Creación en su sacrificio de adoración perfecta al Dios Padre Omnipotente. En toda su pureza, porque faltándole las condiciones psicológicas, careciendo de las estructuras concretas para desempeñar con normalidad y sosiego las funciones comunes sacerdotales solo puede realizar la misión ontológica nuclear del sacerdocio: la inmolación total y absoluta por los hombres a Dios en su Hijo y Sacerdote nuestro Jesucristo.

Más aun; su sacrificio es total y absoluto en cuanto esta vocación sacerdotal ha estado conectada en Vd. con otra vocación religiosa, de la que quisiera también hablarle.

Así como la primera es ontológica y real en el pasado y en el presente; esta segunda es psicológica y moral (dirían algunos), real — vamos a suponerla — en el pasado y problemática o inexistente si Vd. quiere en el presente.

Ahora bien; esta vocación es también trágica y completa la tragedia de su primera y ontológica vocación sacerdotal.

Voy a expresarme ahora en términos psicológicos y ya no metafísicos; pero igualmente válidos y creo que también comprensibles.

Nuestra vida humana es pequeña, limitada, concreta, con unos pocos años de vida útil y un campo de acción bastante reducido. Vd. no puede volver a su primera juventud y empezar la vida de nuevo; Vd. no puede, no puede volverse atrás. Sí, voy a suponer que

R. Paniker
P. O. BOX, 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

(2

no tiene ahora vocación y si Vd. quiere que no la ha tenido nunca, que todo ha sido una equivocación y un error. No importa. Los mejores años de su vida, tantos sacrificios, tantos amores, tantos talentos y tantas buenas obras — y todo esto es una buena parte de su vida — están ahí, han quedado ahí, pertenecen a esta familia voluntad que Vd. ahora repudia, en la que Vd. nunca ha encajado y en la que Vd. ha vivido con la esperanza — ahora muerta — de que alguna vez encajaría.

Vd. no puede salir, no puede abandonarse; aquella misión con que Vd. soñaba ya no la podrá realizar tampoco fuera; si dentro no fuera. Ya es demasiado tarde, ya no hay remedio. Los sueños de su vida no son ya realizables. Si Vd. saliera, entre que se acopla a un nuevo ambiente, vencerá su miedo y reconquista la confianza de la gente que al saberle infiel, "rebotado," "salido" le mirará con poca simpatía, entre que Vd. mismo se reponga ha pasado el

último período útil de su vida. No hay más remedio — incluso humanamente hablando — que perseverar. ¿Qué va a hacer Vd. fuera?

Reconozcamos su vida con objetividad y valentía. Ha sido una existencia fracasada, una vida equivocada, una misión fallida. Y no se puede arreglar ni saliendo, ni quedándose. Lo sé, esta perseverancia que le aconsejo no es fácil, ni es además ninguna solución al problema psicológico. Vd. quedará tan desencajado como antes, tan sin vocación como antes.

Y no obstante existe la solución de aceptar plenamente, alegremente, la tragedia de su vida, la tragedia de su vocación. ¿No le hace esta ilusión enfrentar su vida entre sus manos? ¿No le parece una vocación sublime la de dar poca importancia a una flor que se marchita antes de tiempo y que no tiene tiempo o que no ha tenido ocasión de ser fecunda, pero que ha permanecido virgen en su esterilidad?

(9

R. Panikker
P. O. BOX, 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

De todo hace falta en la creación. Y esas almas silenciosas, calladas, trágicas, son las que aguantan el mundo y rigen la historia. El misterio de la Cruz rige aquí en toda su fuerza.

Vd. se ha equivocado —— y así lo cree Vd. subjetivamente —— en toda la línea; pero este error existencial no tiene otro remedio que su reconocimiento y afirmación, que su entrega absoluta y rendida a un destino trágico en la tierra y fecundo para este mismo mundo que Vd. tanto ama y en el que Vd. había soñado hacer tantas cosas. No se atormente queriendo rehacer el pasado e imaginando pretéritos y futuribles. Su vocación es la más pura de todas, es la más maravillosa de las que conozco.

¡El grano de trigo no muere...

Mi querido y respetado amigo:

Me imagino su reacción, veo su sonrisa resignada y escéptica llamándome bueno, casto e ingenuo, pensando más en mí que en lo que le he dicho. No, no es ingenuidad, sino verdad.

Sé lo que me va Vd. a decir: Si yo tuviese la fe suficiente para aceptar todo esto primero ya no me harían falta tus reflexiones y en segundo lugar el problema no se hubiese ni siquiera planteado.

A esto tengo que decir: primero, que no le creo a Vd. tan ingenuo como para reducirlo todo a un problema de fe. Segundo que si ello es así, la solución es mucho más sencilla, aunque acaso sea al mismo tiempo más difícil: pida Vd. con los pequeños restos de fe que todavía tiene la fe que le falta y ésta le será dada. Y, tercero, que entonces su planteamiento no es sincero y que sus argumentos son simples excusas para justificar un incumplimiento de obligaciones, un mal humor incontrolado y una infidelidad a la gracia; entonces se trata exclusivamente de una vulgar pereza, y de una lamentable falta de correspondencia a la vocación; entonces el remedio es solo uno: penitencia; entonces —y perdóneme Vd.— tenga el mínimo de nobleza de callar, de no justificarse, y de cumplir como todos los demás.

R. Panikker
P. O. BOX, 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

No quisiera denunciar esta carta, mi querido hermano, de esta manera tan brusca, no solo por una razón llamémosla retórica — revestida de ~~caridad~~ política —, sino de educación — revestida de caridad —, sino por un motivo más íntimo y más sincero: por un convencimiento cristiano de que la Resurrección de la Carne no es un dogma colgado accidentalmente del Cristianismo como un apéndice complementario o como un atavío lujoso, bonito, pero superfluo, sino que expresa la plenitud de la obra creadora divina desde su núcleo más íntimo hasta su culmen supremo. Con otras palabras: la Resurrección de la Carne no es ~~solo~~ tanto la llamada de los cadáveres al son de las trompetas como la vocación de la persona humana, este espíritu encarnado, o esta carne espiritual a participar de la misma vida divina. Pero esta vocación no permite mogollaciones ni amputaciones arcaizantes de nuestro ser unitario; es decir que la resurrección se da también parcial y particularísimamente en esta tierra. Dios, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob y mucho más el —mismo— Dios Padre de Nuestro Señor Jesucristo quiere misericordia y no sacrificio y no desea ni tolera sacrificios humanos, ni siquiera en el sentido existencial expuesto. El es Dios de vida y de vivos y no de muertos, ni de existencias humanas chamuscadas y putrefactas.

Apesar de todas las reglas de una antropología meramente natural y de una psicología científica que aseguran que hay situaciones humanas irreversibles y condiciones de vida y de convivencia imposibles; en contra de las ~~presuntuosamente~~ ~~le~~ afirmaciones que hemos dado en llamar presuntuosamente leyes de la naturaleza, está la Redención de Cristo que resucita a sus elegidos, que devuelve la vista a los ciegos y el oído a los sordos, que repara existencias tronchadas y vivifica vocaciones trágicas.

Cuando Vd. se decida a terminar de morir, a no agarrarse a esta tabla de náufrago que es el querer hacer aquí en la tierra todavía su voluntad, cuando Vd. se abrace con todas sus fuerzas a esta vocación trágica que sigue subsistiendo — creo no contradecirme — permítame que le asegure en nombre del mismo Cristo, que renacerá, sí, transformado, glorificado el ~~su~~ auténtico sentido de su existencia terrestre. Y todavía será Vd. de los que le canten el Cántico Nuevo de nuestra vida divina y humana, mientras peregrinamos in terra nostra.

40528

R. Panikker
P. O. BOX. 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

La investigación intelectual

(352)

Mi querido y joven estudiante:

Muy conscientemente le llamo por este nombre genérico de estudiante que va cada vez más dejando de ser la denominación social de un muchacho de clase acomodada que cursa una carrera universitaria porque sus padres así lo quieren y puede permitirse el lujo de pasarse unos cuantos años sin preocuparse excesivamente de su futuro ni de su responsabilidad humana, para convertirse en el apelativo del hombre o joven estudioso que se siente con una vocación intelectual que le impele a vivir unos años de existencia difícil hasta conseguir unos conocimientos primero y un puesto en la vida luego que le permitan seguir su camino intelectual.

Después de los primeros pasos universitarios le encontrará ahora enfrente a este vasto mundo humano y cultural, presente y pasado que le fascina y le pesa, que le atrae y le cansa, que le es deber y tentación al mismo tiempo ---; pero no voy a referirme a los consejos concretos que desearía darle.

Tiene una vida por delante, con todas las alegrías, penas, ajetreos y bendiciones que una existencia humana acarrea consigo. Voy a hablarle exclusivamente

de tu vocación intelectual. Entiéndeme bien, porque hay un conjunto de cosas en la vida de cada persona que pasan delante de la simple ocupación especulativa de tu inteligencia. Hay situaciones y circunstancias en las que es una infidelidad preocuparse demasiado del cultivo de la inteligencia pura. Te digo esto, porque es el gran peligro del intelectual: el deshumanizarse y el convertirse en un egocéntrico tanto más dañino y peligroso para él y los demás cuanto que su centro de gravedad más valioso es. También aquí vale aquello de que --- quien ama su vida la perderá ---

Puestas, pues, las cosas en su punto, escúchame unas cuantas reflexiones de hermano mayor.

Vas a empezar una tesis doctoral y quisieras hacerla bien, conjugando armónicamente los factores burocráticos de tiempo, medios, personas, etc. con los más ideales de verdad, profundidad, originalidad etc.

Mi primero y acaso único consejo es este: encuentra un filón, busca una materia, apasiónate por un problema, proponte una misión intelectual, ten una meta, posee

R. Panikker
P. O. BOX. 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

una preocupación unitaria, una intención simple, una idea madre.

Lo sé. Esto es el fin, esto es solo posible después de haber adquirido una determinada madurez, después de haber dado muchos pasos en el mundo del espíritu, y de haber recorrido muchos senderos, caminos y vericuetos, rectos unos, torcidos otros y sin salida ~~tan de más~~ acaso los más. La meta no se alcanza mas que al final, la idea solo se consigue al término de la investigación, el filón solo se sabe que lo es después de haber extraído suficiente cantidad de material.

Mira, esto es cierto y falso al mismo tiempo — aunque no bajo un mismo respecto (para aquietar tus temores racionalistas) — puesto que por un lado es evidente que las soluciones están al final, y que no se puede ir a la investigación con ideas preconcebidas y argumentos apriorísticos que nos impiden encontrar lo que hay, porque ~~inconscientemente~~ proyectamos lo que queremos encontrar. Nada más lejos de cualquier intelectual antidístico que intereses bastardos, pasiones impuras ~~o intereses~~ o prejuicios de cualquier tipo que entorpezcan nuestra pasión por la verdad — dondequiera que se encuentre y tenga las consecuencias que tuviere. Sin embargo por otro lado no se puede andar sin una meta, no se puede investi-

gar sin una sospecha de la solución, no se puede resolver un problema sin un vago presentimiento de la solución, es imposible lanzarse a la investigación de algo sin una ilusión concreta que nos haga entrever los resultados en esperanza y saborear las soluciones de antemano. Todo descubrimiento grande o pequeño ha sido precedido de una intuición del mismo, aunque la realidad descubierta no coincida luego materialmente con lo presentido. Colón no quería descubrir América, pero quería descubrir Tierra y llegar a las Indias, Watt no se había propuesto inventar la locomotora, pero quería utilizar las fuerzas naturales, Faraday no pensaba en las dinamos pero estaba obsesionado en convertir el magnetismo en electricidad.

Pero hay más todavía. Y de ello se encuentra cuando pasamos del orden de las ciencias de la naturaleza a las ciencias del espíritu. En éstas esta ilusión, esta intuición, este presentimiento, este hilo conductor, no es un simple chispazo feliz o una mera idea fecunda, sino que ~~se con~~ tiene un carácter eminentemente existencial.

No es una idea, sino un ideal, no es un presentimiento, sino un propósito, no es una intuición vaga, sino una esperanza firme, no es una solución vaga o genérica, sino una dirección concreta y segura. Ciertamente, el ideal tiene aun que realizarse y casi seguro se realizará de una manera muy distinta a como

R. Panikker
P. O. BOX, 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

ahora lo imaginamos, pero ni materialmente es ~~no~~ distinto. No formalmente es el mismo; el ~~propósito~~ propósito no es aun su cumplimiento, pero lo contiene, la esperanza no es todavía la posesión actual, ~~la dirección no es la meta; pero~~ pero es una verdadera posesión, la dirección no implica haber recorrido el trayecto, ni siquiera conocer ~~el camino~~ la senda precisa; pero significa estar en camino. Algo de todo esto quería decir Richter cuando afirmaba que la clase de ~~P~~ que uno escoge depende de la clase de hombre que se es.

Evidentemente, todo esto no presupone que se conozcan —repito— las soluciones, antes de empezar; sino que exige que se posea un pathos investigador, una vocación intelectual que perciba precisamente esta llamada por parte de la verdad que la oye venir de aquella parte y no de otra, con aquella voz y no con otra, aunque todavía no entienda lo que dice, no descifre lo que habla, ni perciba las sílabas de la llamada. Mas lo primero que debe hacer es ponerse en camino.

Mi querido estudiante:

Me dirás que en lugar de darte consejos concretos estoy desarrollando una tesis sobre la investigación. Si ~~has~~ he logrado hacerme entender en lo que antecede no creo que me digas que no te es útil; puesto que además de ser la piedra de toque del verdadero intelectual, confío en que centrará un poco tus inquietudes.

Pero no desdeño en descender a una esfera inferior y llevar la aplicación de aquellos principios a tu caso particular.

Lo que a ti ahora te preocupa es una sola cosa: el tema de tu tesis doctoral.

Pues bien, helo aquí: Si no fuere muy peligroso, en nuestra época racionalista, abusar de los símiles logísticos y matemáticos te diría que tu tesis ~~θ es igual a se sigue~~ viene dada automática y exactamente por la siguiente fórmula:

$$\theta^{k} = \left[\left(\frac{I \pm j}{c \pm n}\right)^{i} M t \pm v B\right]$$

en donde $M = p.l.a.m$

~~y $B = e$ $I =$~~ e ~~$\dot{J} = V.F$~~ $J = f(V,F)$

R. Pániker
P. O. BOX. 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

O bien dicho con otras palabras, antes de explicar la fórmula: Tu tesis tiene que ser un trozo de ~~una~~ tu labor intelectual de toda tu vida, tiene que ser un primer escarceo introductorio y sujeto a múltiples rectificaciones del problema intelectual de tu existencia. Aparte de ser inmoral, es infecundo, ~~y~~ deformador y contraproducente dejarte llevar de la prisa o de las circunstancias meramente externas y ocasionales en la elección del tema de tu tesis.

Deber escoger un tema concreto c en función de tu interés fundamental I, ~~y~~ suficientemente realizable en tus circunstancias personales y suficientemente profundo para que no caigas en la barbarie de la especialización.

El tema de tu tesis debe ser, concreto, sin divagaciones ni excesivas ideas generales, que no estarían en su lugar; profundo, que no está reñido con su primera cualidad. Así a través de un argumento concreto y particular comunicas con el ser y en profundidad estás en comunión con todos los problemas de la existencia. Y finalmente vital, es decir que te interese personal y existencialmente, que no sea un paratiempo o un problema artificial sino algo propio de tu misma vida.

Y ahora pasemos la la formula facilmente inteligible:

Tu tesis ~~ϕ~~ es igual a

~~un~~ k, un coeficiente personal, casual, etc. del que depende una buena parte del rendimiento, que influye sobre

I, tu interés vital, tu intuición fundamental, que todavía no conoces en toda su pureza sino mezclada con una ganga

j, que ~~hace que~~ añade o quita a I parte de su pureza. ~~Su valor depende de una~~ viene dado por una ~~función f(VF) en la que intervienen~~

Con el tiempo y el estudio, j va disminuyendo hasta desaparecer practicamente y permitir que I aparezca con toda su pureza.

I, que es el factor más importante de toda la ecuación es una función personal de

V, la vocación intelectual de cada individuo y de

F, su fidelidad a ella ~~I = f(F~~ $I = f(V, F)$; ; cuyo análisis no pertenece a este lugar.

De esta I se coge solamente una parte,

c, que es el problema concreto que desea estudiarse, aunque al principio no aparezca claramente, sino formando un todo con

n, factor ~~aditivo o substra~~ positivo o negativo, imposible de eliminar al empezar la tesis.

Todo ello está elevado a la potencia

R. Paniker
P. O. BOX. 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

i, que representa la inteligencia propia del investigador.

Among este factor principal se ve afectado de

M, los medios concretos de que dispone el doctorando.

Estos se pueden expresar en la fórmula dada,

~~en donde~~ M = p l a m,

en donde

p = profesores
l = libros (idiomas que sabe, etc.)
a = ambiente cultural, etc.
m = otros medios

un factor a tener en cuenta es

t, o el tiempo de que se dispone.

} todo ello posee un valor mayor o menor según

B, las circunstancias biosociológicas del doctorando que se ven afectadas, entre otros factores, por

v, o factor valentía, o audacia en la vida.

Me dirán que con ello todavía no tienen escrita la tesis. Esto es evidente. La labor es tuya. Esto me da pié a una última consideración.

Es importante el consejo ajeno y es imprescindible la dirección para la formación intelectual, pero ésta no es posible en una forma químicamente pura. Consejo estudiantes jóvenes y bien intencionados que no quisieran leer un libro en balde, que no quisieran hacer un paro de más, que desean una

formación químicamente pura y una dirección que llamaría totalitaria. El niño para aprender a andar tiene que probar y que caerse varias veces; el hombre no puede alimentarse con píldoras asimilables en un cierto por cien; la formación no ahorra los tanteos personales, las rectificaciones, los tropezones y el recomenzar.

Es necesario vencer una cierta avaricia de tiempo y un cierto pudor de máximo rendimiento.

Lánzate, estudia, prueba, consulta, equivócate, rectifica, vuelve a empezar, desespérate, cálmate, persevera, ama, vive — ... y sigue siempre adelante. El intelectual es un hombre y su investigación debe ser su vida. Y la vida — la vida que nos ha sido dada — dice Tagore — solo se merece dándola.

40627

144

R. Panikker
P. O. BOX. 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

Conocimiento propio

354

No me quiero conocer, Señor; quiero que Tú me conozcas. ¿Qué sacaría de mi conocimiento — si fuese posible, en este estrato de profundidad — del cual y desde el cual estoy hablando — que me reportaría mi conocimiento, si a pesar de él permaneciera siendo tan impotente como antes, sin Tu gracia, sin Tu auxilio, sin Tu intervención directa?

Deseo en cambio que me conozcas Tú; y me doy cuenta, entonces, que este es el mayor grado de conocimiento: la criatura entanto más se conoce en cuanto más inteligible se hace y se hace más inteligible en cuanto más la conoces — con Tu inteligencia creante — Tú, mi Señor y mi Dios.

Deseo que me conozcas; esto es, deseo hacerme inteligible, trasparente; serte claro, sincero, fiel. Que Tú puedas verte en mí, que de sea una imagen fiel un εἰκὼν fidedigno, un verbum puro.

Que no tenga, Señor, recovecos escondidos, ni pliegos anímicos escondidos a Tu Luz. ¿Qué sacaré de saberme así o así, si luego no tengo fuerza

para remediarlo? ¿Qué significa conocer un defecto mío, si todos estáis vinculados formando una unidad — y no se puede crecer en una unidad —, sin crecer en todos los demás?

Yo no elimino, en absoluto el papel de la prudencia humana, de esta gran virtud intelectual que debe regir todos nuestros actos — excepto el amor que se le escapa —; sino que digo que esta misma prudencia debe ser el instrumento de la don de sabiduría

En un segundo orden de cosas debo conocerme elementalmente por lo menos, para dirigir mis actos y mi lucha ascética hacia la perfección. Esto queda bien entendido y sentado; pero ahora no hablo de esto, sino de esta preocupación — malsana y teológicamente equivocada — que cifra en el conocimiento propio la cima de la perfección.

En este plano místico, me basta saber que soy un pecador, que mi existencia está viciada por el pecado original y por los pecados actuales, que mi voluntad es rebelde y que mis inclinaciones no están armoniosamente ordenadas entre sí, ni dirigidas hacia Él. Una vez conocido y experimentado esto, quiero olvidarme de una vez y entregarme,

R. Pániker
P. O. BOX, 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

(3

esconderme entre Tus brazos, cerrar los ojos, ser Tuyo
y saber que Tu me conoces, que Tu vigilas por mí, que
Tu me diriges.

Mi labor está en mirar en Tu Presencia,
esto es en no esconderme de Ti, en no apartarme, en no salir
ni querer salir de Tu vista, en desear ser conocido por Ti.

40627

R. Paniker
P. O. BOX, 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

Pobres mujeres

355

Quisiera prescindir de cualquier consideración de moralista y ~~reformista~~ escribir una reflexión exclusivamente humana, sin dejar por eso de ser cristiana.

Todos nosotros hemos aprendido en la escuela que el Cristianismo revalorizó a la mujer y la conquistó de esclava, de cosa o de diosa caprichosa y cruel, en mujer, eso es en persona, con dignidad, destino propio y misión llevena paralela a la masculina y tan indispensable como ella, aunque dentro de un orden jerárquico.

La llamada civilización moderna desde hace escasamente algo más de un siglo empezó un movimiento, laico y naturalista de emancipación de la mujer. No voy a meterme en este problema.

No voy más que a consignar un hecho. En nuestra civilización occidental la mujer parece que ha alcanzado una autonomía, una personalidad, una libertad igual o muy parecida a la masculina y teóricamente y ~~casi~~ poco menos de hecho casi ninguna puerta le está cerrada.

He aquí una conquista de nuestra sociedad, que dentro de ciertos límites impuestos por la misma naturaleza, parece magnífica. He aquí al hombre moderno acostumbrado en ver a la mujer, no la hembra, ni la esclava, ni la tirana despótica de sus sentimientos, sino la estudiante, la camarada, la compañera de oficina, de taller, la vivienda, la camarera, la secretaria, la enfermera — o lo que sea. Se trata con ella, dentro de ciertos límites, y con ciertas cautelas — que son a menudo olvidadas (pero no escribo en plan moralista) — como con una persona, como con un compañero más, objetivamente, independientemente de su sexo.

No sé si esto es una utopía nuestable y nunca se ha dado o se dará. Las apariencias, sin embargo de una buena parte de nuestra sociedad son éstas. Naturalmente que esta armonía, solo puede mantenerse, si la mujer está vigilante y pone pero y coto a determinadas costumbres, usos o abusos, para que el sexo no se extralimite, sin verse tampoco reprimido

R. Paniker
P. O. BOX. 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

(2)

antinaturalmente.

Pero he aquí, y a esto es a donde quería venir a parar; que junto a esta faceta, en nuestra sociedad actual se desarrolla sociológicamente otro aspecto completamente opuesto y vergonzoso.

Me refiero a la explotación del sexo de la mujer por todos los medios de que dispone la civilización presente. Prescindo de si un kiosko es pornográfico o de si una película es indecente y me limito a la vergüenza que me daría a mí como mujer normal, oficinista, estudiante, obrera, enfermera o profesora, de ver expuesta constantemente ~~la parte sexual~~ la mujer como hembra, como objeto de atracción.

No me refiero a magnitud del escote o a los centímetros de la falda, ni mucho menos a criterios —dudosos— para juzgar sobre la moralidad o ~~in~~decencia de

una revista, una película, una novela, etc. Me refiero al hecho mismo de especular con el escote, la falda la fotografía, el cine o la revista exclusivamente en función de una preocupación sexual.

Me podría parecer muy bien o muy mal que existan prostíbulos o revistas pornográficas; pero lo que me resulta francamente indicador de la decadencia de nuestra sociedad y de la irrealidad de la emancipación de la mujer en nuestro tiempo, es la normalidad, la propaganda, la publicidad y la frígida naturalidad con que se venden todos estos asuntos. Con ello va resultando que la mujer ya no es más persona, sino que vuelve a ser esclava, o diosa; pero no mujer al lado del hombre en la vida pública. Comprendo perfectamente que los moralistas quieran cortar por lo sano y la quieran reducir otra vez a ser exclusivamente esposa y madre y encerrarla en el hogar.

Vuelve a resultar vergonzoso ser mujer, en nuestros tiempos. Yo no sé con qué tranquilidad

R. Pániker
P. O. BOX, 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

puede ir por la calle una mujer, cuando se ve por todas partes expuesta decente o indecentemente — poco importa para el caso — la provocación de su sexo. No soy en manera alguna puritano. Siempre he dicho que una de las funciones femeninas en la sociedad es la de hacer bonito, con sus almas y con sus cuerpos; pero una cosa es realizar una función de belleza y otra cumplir un papel de excitante sexuales.

Por un lado se predica la igualdad del hombre y de la mujer y por el otro nunca se habría públicamente exaltado tanto el papel de hembra de las hijas de Eva. No digo que la inmoralidad sea ahora mayor o menor que en otros tiempos; sino que consigno solamente la incongruencia entre ambos fenómenos sociales

40702

R. Paniker
P. O. BOX. 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

~~Las~~ Apariencias

356

¡ Hay qué ver este hombre, este escritor, este político, este pensador, este intelectual, qué vida más holgada, cómoda y agradable lleva ! Banquetes, recepciones, viajes, visitas. ¡ Hay qué ver qué biblioteca más completa tiene, qué despacho más confortable y qué puros o que cigarrillos más buenos fuma o qué cognac más fino bebe !

Y así discurren, si a esto puede llamársele discurrir, dos grandes clases de hombres, muy diferentes por cierto, aunque coincidan en esta apreciación superficial de la vida activa de los hombres de la sociedad. Prescindo de la atracción que pueda ofrecer un gran deportista o una estrella de cine. No voy a incluirlos en mi defensa. Bastaría con ver su entrenamiento, conocer su ascesis, observar de cerca su trabajo para que la tal ilusión se desvaneciese. Vamos a quedarnos con los otros.

Las dos clases de hombres apuntadas, son la de los simples, sencillos, la de los hombres conscientes que van viviendo su vida con mayor o menor penas y fatigas y la de los resentidos, de los fracasados

la de los que habiendo puesto la mano en el arado —y habiendo dejado todas aquellas posibilidades (~~dormidas en~~ meras potencias) por amor a Cristo —— han vuelto la mirada hacia atrás y ahora envidian lo que ellos ya no pueden realizar.

A unos y a otros les quisiera hablar —siempre sigue siendo verdad que la escritura no es sino un substitutivo de la palabra —— de la ancha duna y de la vida trabajosa de los hombres públicos, entendiendo esta palabra en su sentido más amplio (en la que se incluye el pobre abad del monasterio o el prior del convento envidiado por el lego sencillo o por el propio poco santo).

Vamos a entrar en el interior de uno de estos hombres, que para mayor neutralidad no vamos a suponer ni político, ni dignidad religiosa, sino simplemente ~~un~~ escritor, pensador, periodista de cierta altura, científico de fama reconocida.

Este pobre hombre lleno de honores, de banquetes y de viajes es uno de los mayores esclavos de la sociedad, aunque no quiera, y aunque no lo haga con afán de servicio cristiano. Este hombre se debe al público, este hombre no tiene un momento libre;

R. Paniker
P. O. BOX. 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

Tu cabeza tiene que estar siempre funcionando.

Le han invitado a un banquete, pero en él tiene que hablar y que decir algo que valga la pena, causa suficiente para que la comida pierda todo su sabor; este hombre está en una agradable tertulia frente a una buena bebida, en un buen sabor y refinada compañía; pero aquello no es una tertulia, sino un campo de batalla, un laboratorio de investigación y un centro de experiencias. Está defendiendo una tesis, está haciendo psicología, está recogiendo experiencias, está haciendo apostolado, política o conspirando. Mientras los otros beben, fuman, comen o bailan, él, sin dejar de hacer materialmente lo mismo, está preparando un artículo, defendiendo una doctrina, convenciendo a un amigo, tomando notas para un personaje de una novela u organizando una asociación, una revista, un partido, un golpe de mano.

Este pobre hombre a quien tantos envidian un viaje y en lugar de contemplar el paisaje tiene que pensar en el motivo de su viaje o en la misma contemplación del paisaje para poderla luego describir. Tiene que pulsar la palpitación de aquellos hombres, de aquel

fuerlo o que conocer más profundamente que los otros aquella realidad — o aquel artefacto técnico.

No tiene un momento libre; es un obsesionado, pues este es el precio de su triunfo. Cuando se permite uno de esos lujos que deslumbran a los demás es solo como un alivio, como una merecida compensación — cuando no es un simple instrumento de trabajo — que le permitirá aumentar el rendimiento, estar más lucido en una conversación o trabajar un par de horas más.

Yo he conocido — salga esta pequeña expansión personal — la euforia del coche en una ciudad. Prefiero el autobús y aun el tranvía y cari cari también el metro. Por lo menos aquellos malos ratos de transporte, son para uno (si no se tiene la suerte de encontrar a un amigo) y hay que dejar media hora antes la primera ocupación para llegar a la segunda. Cuando se tiene coche, ciertamente no se suda, no se reciben empujones y no hay que hacer colas; pero se es esclavo del vehículo, no se tiene tiempo intersticial ninguno, si excusa de llegar tarde ---

40702

R. Paniker
P. O. BOX. 797
BARCELONA

Ascesis del intelectual

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

(358)

son ideas muy vulgares, y que todo verdadero intelectual vive en lo más íntimo de su ser; pero ahora no quisiera dirigirme a ellos, sino a los otros, a los que no lo son — sin que ello implique ninguna minusvaloración — para que hiciesen el esfuerzo de comprenderle y se diesen cuenta del enorme precio — humano y vital — con que el intelectual compra su vocación de servicio con la inteligencia.

El intelectual es el hombre que ha descubierto su misión de alabanza a Dios y de servicio a los hombres — los dos fines de todo hombre — a través del trabajo de su inteligencia, de la investigación y profundización de la verdad en cualquiera de sus múltiples esferas.

El intelectual se debe a su misión y como esta es ilimitada, no tiene nunca tiempo libre, no termina nunca su trabajo, no acaba nunca su quehacer. Así como el corazón palpita siempre y es necesario su funcionamiento para la vida del cuerpo — y del alma —, así el cerebro del intelectual trabaja siempre, piensa siempre sin descanso y sin fin, aun cuando no se dedique constantemente a la actividad específica de su trabajo. Todo es ocasión para almacenar experiencia,

todo es un motivo para iluminar facetas complementarias y puntos de vista inéditos de mi problema principal, directa o indirectamente.

40711

R. Panikker
P. O. BOX. 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

360

Catarsis y Conocimiento

Una clase de Teología

—Desde todos los tiempos y en todas las culturas el hombre ha sentido la más extricta necesidad de purificarse. El elemento negativo de toda Religión, el factor previo a la unión con la Divinidad y a la felicidad humana que constituye la meta de cualquier Religión, es la purificación del hombre.

El ser humano se siente mancillado, empecatado, impuro. El estigma del pecado original pesa sobre la humanidad entera y, aunque no se conozca como tal, gravita sobre toda la historia humana y todas las religiones acusan su presencia.

Cuando la Religión —iba a decir, degenera en Cultura, y me corrijo— ~~crea~~ crea una Cultura, el camino hacia la purificación que hasta entonces había seguido la dirección de la voluntad, de las acciones, del Bien, encuentra

una segunda senda que se llama intelecto, contemplación —θεωρία— Verdad. Luego, más tarde, cuando, en virtud de una dialéctica histórica —influida por la misma existencia humana originariamente amenazada— ~~quiere~~ la Cultura quiere ~~con~~ desplazar completamente a la Religión y acaso aun ocupar su puesto, entonces se pierde la fuerza motriz de la búsqueda de la Verdad y se olvida que los hombres han buscado —buscado, en decir tendido hacia, aspirado a, querido— la Verdad —no por su estricto y desencarnado ~~valor~~ carácter verdadero, sino por su última conexión con el Bien y porque en ella creían encontrar la salvación. Cuando se ha olvidado el carácter catalógico del conocimiento, la Cultura se ha desgajado ya totalmente de la Religión y la misma Verdad queda deshumanizada, despersonalizada, sin substancia y se convierte en una simple relación, en una mera adecuación, en una vulgar abstracción.

R. Panikker
P. O. BOX. 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

Acaso, entonces, se requerirá diciendo que la Verdad es la misma Realidad; pero es una Realidad objetiva, allende mi persona, independiente de mi, una Verdad de la cual yo no formo parte, un mundo de proposiciones ideales, correctas y que sirven para que nuestro intelecto, separado de nuestra persona, no se equivoque cuando se adhiere a ellas. Que para corregir este desenfoque surja el Idealismo es más que comprensible.

Y no obstante la Verdad sigue atrayendo existencialmente porque es además Bien, porque es ante todo salvadora. Eso es, salvadora, ~~liberadora~~ redentora, liberadora. Escrito está —— y muchas veces lo hemos tomado como una exageración o como un modismo poco preciso y un tanto metafórico del Señor —— escrito está que la Verdad nos hará libres (Jo.,).

La Verdad es constitutivamente purificadora, liberadora. Y ello no solo psicológicamente en cuanto el hombre que camina en la Verdad no se equivoca y ~~puede acertar~~ se libera de las

trampa del error y de los peligros de las situaciones falsas, sino, en cuanto que la misma Verdad es la única que nos da la fuerza, la capacidad de actuar según la última estructura de nuestro ser y en consecuencia de desarrollarnos y crecer auténticamente al expansionarnos desde dentro, sin coacción alguna desde fuera, lo que constituye la misma esencia de la Libertad.

Pero volvamos a nuestro punto de partida.

El hombre se purifica también por su conocimiento. La Verdad no es moralmente neutra, ni axiológicamente incolora. Por eso la Ciencia ha tenido siempre una pretensión de salvación y por ello mismo ha entrado en conflicto con la Religión cuando no ha salido estas humildemente de — es decir, verídicamente — a su servicio.

El conflicto entre Ciencia y Religión no es otro que el de la lucha por la salvación del hombre. Ambas pretenden poseer un poder salvífico.

R. Pániker
P. O. BOX, 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

La C reconociéndose como aquel sistema intelectual, aquella actitud de la mente humana al servicio de la Religión; la C queriendo suplantarla y bastarse a sí misma.

Ni que decir tiene que entiendo por C aquel saber que pretende ser último y que se declara incompatible con cualquier servidumbre; y por C aquel saber que quiere servir a una Revelación, que se sabe dentro de una Realidad que nos viene dada, re-velada y a la que debe atenerse al intentar entenderla, profundizarla, captarla y aun vivirla.

Prescindiendo de los enormes problemas aquí implicados, desembocamos directamente a la consideración del carácter catárgico del conocimiento.

¿Qué se entiende, ante todo, por carácter catárgico? ¿Qué significa que el conocimiento purifica? ¿Qué es purificación?

No habría dificultad ninguna en entender la purificación como una cuestión moral, si la moral no se desvinculase de la ~~ética~~ metafísica. Desde este último aspecto cabría decir lo siguiente

El hombre tiene un destino: unirse con Dios. Para ello tiene una existencia terrena y temporal en la que le está dada — dada, don, gracia — la posibilidad, la capacidad — de merecerlo y de conquistárselo; es decir, el ser humano es un ser que aun no está hecho, aun no está acabado, aun no es perfecto y en sus manos está llegar a ser lo que debe ser. Ahora bien, no es solamente que el hombre esté a medio hacer, por así decir y que él — siempre con la ayuda y la gracia de Dios — deba terminar su propio ser; sino que además la contextura real existente — fáctica — del hombre está maltrecha, mal hecha, — no de tal manera que su naturaleza sea mala (cosa por otra parte metafísicamente imposible) sino en el sentido que su naturaleza está enferma, mancillada, herida ~~por~~ — debido al pecado original y además a los personales. Sin un Redentor, sin Cristo, le sería imposible al hombre rehacerse, redimirse,

R. Paniker
P. O. BOX, 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

(2

salvarse.

Ahora bien, Cristo viene y confiere al hombre la gracia suficiente para que pueda colaborar libremente a su salvación; es decir le vuelve a regalar la capacidad y fuerza suficiente para que el hombre — siempre con esta gracia — se termine a sí mismo, gane el cielo, en términos cristianos.

Esta colaboración a la gracia, este hacerse el hombre a sí mismo tiene un triple aspecto: el primero nuclear y substancial, misterioso y originario de los otros dos. Dios, o más exactamente aun, Cristo confiere a cada hombre que viene a este mundo la gracia suficiente para salvarse.

Ahora bien, dentro de la economía normal del plan redentor de Dios, como el hombre es un ser espiritual dotado de inteligencia y voluntad, este hacerse, o terminarse de hacer ontícamente el hombre a sí mismo, o si se quiere esta acción redentora de Dios, de Cristo es una acción, o un hacerse inteligente y

libre.

El hombre se salva queriendo salvarse, es decir el hombre conquista el cielo aspirando y tendiendo hacia él, o con otras palabras un tanto vagas y generales siguiendo los dictados de su propia conciencia. El camino de salvación es un camino ético, o con otras palabras, el hombre se va haciendo a sí mismo tendiendo hacia el Bien, realizando el Bien. Así va llenando los agujeros de su ser, va purificándose por un lado y perfeccionándose por otro hasta ~~que~~ es encontrado digno de la unión con Dios y de veras ha sabido colaborar con la gracia recibida y ser fiel a la acción salvadora de Cristo redentor.

Ni que decir tiene que cuando hablamos de la actividad y la iniciativa del hombre, está siempre secundaria y subordinada a la acción primaria de Dios.

Pero además —y esto suele olvidarse a menudo— en la economía ordinaria de la gracia, por ser el hombre un ser ~~de tío~~ dotado de ~~inteligencia~~ intelecto además de voluntad, el camino corriente de salvación es un camino inteligente.

R. Panikker
P. O. BOX, 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

De ahí que — ordinaria y normalmente — no baste seguir el Bien, sino que hay también que adherirse a la Verdad.

Nadie se salva sino hace el Bien; pero igualmente nadie se salva sino está en la Verdad. Bien y Verdad objetivos y en sí que son captados por la conciencia y la inteligencia subjetivas personales, aunque no coincidan con el Bien y la Verdad objetivos quoad nos.

Me explicaré: Existe un triple estado del Bien y de la Verdad: el Bien y la Verdad objetivos en sí, es decir Dios, ~~o Cristo, si se quiere~~; el Bien y la Verdad objetivos quoad nos ~~cuya depositaria es la Iglesia~~ y que ~~pueden~~ podría identificarse con Cristo si se quiere y cuya depositaria es la Iglesia, es decir el Bien y la Verdad tal como objetivamente el hombre pueden aprehenderlos; y en tercer lugar el Bien y la Verdad meramente subjetivos en la conciencia o en la inteligencia de una ~~individuo~~ persona. Un budista por ejemplo puede alcanzar el Bien y estar en la Verdad (del primer caso) por medio del Bien y de la Verdad subjetivos (su buena voluntad y su inteligencia recta) sin pasar por la segunda. La moral de un budista o su credo pueden ser objetivamente insuficientes y sin embargo llegar a la salvación, es decir conseguir la Verdad y el Bien objetivos en sí. Las relaciones

— que existen, y muy pertinaces — entre estos hay extraños no pertenecen a este lugar.

Hace falta pues — de una manera u otra — estar en la Verdad para salvarse. Una de las cosas más chocantes al estudiar la Historia de la Iglesia es la absoluta pretensión de Verdad que esta tiene y la obligación que impone de creer un Credo y un conjunto de fórmulas más para salvarse. Todos los Concilios contienen siempre anatemas, no para el que hace el mal, sino para el que profesa el error. Y ello no es solamente un problema de obediencia y de disciplina eclesiástica, sino ante todo una cuestión de Verdad, de la Verdad salvífica — cuya custodia solo tiene la Iglesia — fuera de la cual (fuera de las cuales: Verdad e Iglesia) ~~fue~~ no hay salvación. Quicumque vult salvus esse ... empieza el famoso símbolo Atanasiano, debe creer esto y lo otro y lo de más allá, y si no lo cree no se puede ser salvado.

Para salvarse, dentro de la economía normal (en casos extraordinarios basta que se dé el primer aspecto nuclear ontológico mencionado) hace falta, pues, no solo que nuestra voluntad tienda hacia el Bien, sino también que nuestra mente se adhiera a la Verdad.

R. Panikker
P. O. BOX. 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

Centrado así el problema, presenta una doble faceta:

Hacer ver como ~~la verdad~~ es necesario que nuestro intelecto capte la Verdad para que el hombre pueda ser salvado y mostrar, en segundo lugar, el carácter salvífico del conocimiento de la verdad o más simplemente, del el carácter catafásico del conocimiento a secas, puesto que en rigor el conocimiento de la falsedad no es propiamente conocimiento.

En el primer aspecto nos implicaría toda la problemática de la fe y vamos a prescindir de él después de haber hecho una rota consideración que nos será conveniente para introducirnos al segundo aspecto de la cuestión

Para que el hombre se salve, es decir para que esté en condiciones ontológicas de poderse unir con Dios, hace falta que sea en cierta manera homogéneo con Dios, es decir, se requiere la gracia. Quien no muere en estado de gracia no puede salvarse. Ahora bien la gracia que según la Escolástica es una cualidad sobrenatural que incide en la misma alma humana, por sí misma, sino hay ~~dios~~ dice, tiende a influir sobre las ~~sobre~~ potencias del alma, a saber sobre la inteligencia y sobre la voluntad. La influencia sobre la inteligencia es una elevación e iluminación de la misma y como la inteligencia es la facultad de lo verdadero, esta inteligencia iluminada por la gracia

poseerá una cierta fe que le hará adherir a la Verdad.

Llegados aquí; para desarrollar el segundo aspecto anunciado, sin olvidar nada de lo dicho ni la perspectiva en la que nos hemos situado, descendamos de nuevo a nuestro punto de partida.

Conocimiento es la asimilación intelectual de una verdad. Ya hemos dicho que no puede haber conocimiento real que no sea de lo verdadero. Cuando yo realmente conozco algo, conozco algo que es y en la medida que es y en cuanto tal lo que conozco por esto mismo es una verdad. El error puede estribar o en que ~~crea~~ ~~crea~~ opine conocer una cosa que en rigor no conozco, es decir en un engaño o una alucinación de mi intelecto, o en cuanto extrapole lo conocido y lo absolutice interpretando como toda la verdad de una cosa, aquello que solo es una parte de la misma. Cuando afirmo que 2 y 2 son 5 me engaño y en rigor no conozco que 2 y 2 son 5. Es el primer caso. Cuando digo que Jesucristo es solamente hombre, extrapolo o absolutizo y de mi conocimiento real de la humanidad de Cristo paso a opinar que Cristo es solamente su humanidad. Sería el segundo caso. Si luego añadiese que Cristo es un impostor estaría en el error del primer caso. Yo no conozco, ni puedo

Dicho en términos filosóficos, la falsedad — no así la verdad — estás en el juicio (sólo)

R. Panikker
P. O. BOX, 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

conocer que Cristo es un impostor. Lo que conozco es que es hombre y que se ha llamado Hijo de Dios y como no admito que pueda ser ambas cosas a la vez, ni que haya podido equivocarse en una afirmación de tanta monta deduzco que ha querido engañarnos.

Todo conocimiento en cuanto conocimiento es verdadero, es decir conoce verdad. Ahora bien, conocer verdad es asimilar intelectualmente un ser, es decir unirnos con él, enriquecernos con él, atraer algo suyo a nosotros y aumentar la densidad ôntica de nuestro propio ser. (De aquí se deduce claramente la falsedad de la opinión liberal de la mal llamada libertad de pensamiento: No me está permitido pensar prescindiendo de los cánones de la Verdad, como no me ~~está~~ es lícito vivir ~~al margen~~ fuera de las normas del Bien, de la Moral).

Conocer es pues, conocer verdad; pero la verdad es ser y el conocer apropiación, asimilación, unión. Luego conocer es enriquecer nuestro ser, es aumentar en ser, es caminar hacia

una mayor plenitud de nuestro ser

Entre estas verdades conocidas las hay de muy distintos tipos, tantos cuantos tipos de ser hay. Conocer una determinada ciencia particular representa un aumento de ser en nosotros; pero es un aumento accidental, o si molesta en este lugar esta palabra, es un incremento secundario de ser, no es un aumento del núcleo de nuestro ser, de nuestra misma substancia —, en un cierto sentido.

Como nuestro ser está empecatado, herido, maltrecho, cualquier conocimiento representa un cierto perfeccionamiento; pero no todo conocimiento es un bálsamo para nuestras heridas.

Existen sin embargo, un tipo de verdades que tienen la peculiaridad de purificar nuestro ser, de aumentarle en valor substancial, de curar nuestras heridas. En un lenguaje profano diremos que son las verdades religiosas; en términos cristianos precisaremos diciendo que son las verdades de fe. Llamadas aquí de fe — y con mucha propiedad — porque solo la fe me abre a ellas y me hace capaz de recibirlas de tal manera que me salven, me curen, me perfeccionen.

R. Pániker
P. O. BOX. 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

Conocer, no es, pues, para el hombre una actividad intrascendente. Y el conocimiento de Dios no es un lujo más o menos superfluo para el hombre, sino que es la condición misma para que su intelecto se redima. Todo ~~el oficio del místico~~ la misión que tanto Tomás se ~~nos dice él~~ atribuye a sí mismo no estriba, sino en hablar de Dios (C. Gentes I, 2). Y el fin de toda la vida del hombre sobre la tierra — añade ~~él mismo~~ — consiste en que vaya conociendo más y más a Dios, aunque solo llegue a conocerlo como a un incognoscible (C. Gentes, III, 149)

Ahora se comprende porque la tradición cristiana ha podido resumir la unión con Dios y el cielo como el conocimiento intuitivo de Dios, la visión facial, la visión beatífica.

Se trata ahora de ver como el conocimiento de las verdades de fe, de las verdades religiosas, podemos decir para volver al plan fenomenológico en que nos hemos situado, purifican y salvan al hombre

40724

Todos los hombres desean por naturaleza saber, dice el inicio de uno de los mayores monumentos metafísicos de todos los tiempos (1). Pero este saber, este deseo (este amor) de ver — ἡ τῶν αἰσθήσεων ἀγάπησις (2) — no es una mera curiositas, un simple cosquilleo intelectual, o un barato afán de novedad. Todo esto puede darse, mas como degeneración y adulteración de aquel primigenio deseo de saber constitutivo del mismo hombre.

El hombre desea saber por el mismo hecho que desea ser; las ansias de saber, son, en último término, ansias de ser. ~~Por~~ El hombre desea saber para ser; por esto el saber acuciante y primario es un saber de salvación, no como si la salvación fuese un „sésamo" un „truco" una „piedra filosofal" un „tabú" extrínseco que al conocerlo lo tenemos en nuestro poder y con él como con una llave abrimos las puertas del cielo. El saber de salvación auténtico no es una „voluntad de poder", no es un querer saber para ser fuerte, para tener potestad sobre los demás o sobre sí mismo, o aun sobre Dios mismo conociendo la „ciencia del bien y del mal".

El hombre desea saber porque el saber salva, porque el saber hace ser. No es que el saber confiera extrínsecamente un poder, sino que el saber perfecciona intrínsecamente, llena de ser nuestra existencia todavía potencial y en esperanza. El saber salva porque hace ser. Cuando Salomón pidió a Dios la Sabiduría no le pidió el mero conocimiento de

(1) - Πάντες ἄνθρωποι τοῦ εἰδέναι ὀρέγονται φυσει - Arist., Met., I, 1 (980 a 21).

(2) - ~~ib.~~ ib.

las cosas, ni tampoco el simple conocimiento de mí mismo como de un objeto, sino que le pidió la salvación, le pidió la plenitud de su propio ser, le pidió la unión con la Verdad, la asimilación del Ser.

La pasión del saber es saber, es la sabiduría, y esta fué la actitud fundamental de Santo Tomás: saber lo que las cosas son, saber lo que el universo es, saber lo que Dios es, o por lo menos conocer lo que no-es. Noverim te, noverim me! gritaba apasionadamente San Agustín, porque se daba cuenta de que en este conocimiento que implica y es inseparable del amor, está la salvación, el perfeccionamiento de su ser, la unión con Dios, el fin de su vida: conocer como soy conocido ( ).

Ya hemos dicho que aunque todo saber participe posea un carácter catafísico, con todo no todo saber es ya de por sí salvífico. ~~Este solo~~ Solamente el saber sobrenatural salva al hombre.

He aquí un resumen esquemático del proceso:

Nuestro ser es un ser ~~intelec~~ espiritual, es decir una naturaleza intelectual, y en consecuencia en tanto es en cuanto entiende, en tanto está en acto en cuanto es inteligible, sino en cuanto es inteligente, en sentido activo, o con otras palabras en cuanto se asimila el ser inteligido. Ahora bien, si ~~los objetos ma~~ cosas materiales son el objeto primero de nuestro intelecto debido a su naturaleza encarnada, el objeto propio y máximo

de nuestro ser inteligente en Dios mismo. Cuando entiende a Dios, entiende en cuando nuestra inteligencia inmanente es, o si se quiere ha llegado a ser, ha actualizado su potencia y ha cumplido su esperanza.

Con otras palabras, nosotros llegamos a ser cuando conocemos a Dios y vamos llegando a ser en la medida que le vamos conociendo. Este camino cognoscitivo redentor es el conocimiento de fe, puesto que solamente por ella puede nuestro intelecto conocer a Dios de una manera adecuada a nuestra existencia, a nuestro destino, y a la condición fáctica de nuestra inteligencia.

Es evidente que junto a este camino de fe hay un caminar en esperanza y un progresar en caridad; pero ahora intentaba solamente subrayar el aspecto catafásico del conocimiento.

40720

R. Paniker
P. O. BOX, 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

La conversión necesaria

362

Convertíos, haced penitencia, METANOEITE, el que no renace en agua, fuego y espíritu ---, si no abandonáis vuestras viejas costumbres ---, etc. etc. Pocas veces repite el Señor y luego como un eco S. Pedro y S. Pablo, esta exigencia de la conversión.

Desearía reflexionar, ahora, sobre un solo aspecto, psicológico y ascético esta vez, del complejo fenómeno de la necesaria conversión.

Dice el Venerable Guigo, el legislador de los Cartujos en la primera mitad del siglo XII: "Quodquid ob pacem et beatitudinem temporas et amaenas contemne, nisi pacem ac beatitudinem vis omnino perdere" (Meditationes, 145 – Ed. Wilmart, p. 92)

El hombre busca la paz y la felicidad, pero no la encuentra, ni la puede encontrar primero en Dios, sino en las criaturas. El niño busca la leche del pecho de su madre y luego el juguete que le gusta y mas adelante el sol y el paseo y el manjar y la compañía que le son agradables, y mas tarde, mutatis mutandis, lo mismo: la amistad, el amor, la profesión, el triunfo, la eficacia el bienestar, etc.

Luego hay que descubrir el carácter relativo de todos estos bienes, de todos sin excepción; pero si no los hubiésemos tenido como bienes no podríamos abandonarlos para convertirnos a Dios, para superarlos y llegar a la verdadera paz y bienaventuranza. Hay que pasar por

ahí. Quien fuese insensible a la buena comida, a un día de sol, a una ambición, a una amistad, a un triunfo, a un amor, sería un monstruo humano, no sería ni siquiera hombre. Por las criaturas hay que remontarse hasta Dios. A las criaturas hay que abandonarlas, hay que pisarlas, pero hay que apoyarse en ellas para subir más arriba. Por eso los santos que más han sufrido y predicado el amor puro (a Dios) y la esperanza desnuda en ~~Dios~~ su Providencia han sido los que más fuertemente estaban enamorados ~~y eran sensibles~~ de la naturaleza y más sensibles eran al mundo. Toda la ascesis de la nada de un San Juan de la Cruz solo se explica en un espíritu ultrasensible a la belleza de las criaturas. El desasimiento absoluto del caballero de la dama Pobreza es la creación de un San Francisco hermano del sol, de la luna, de los peces y los lobos.

La conversión es necesaria, el salto a la trascendencia es indispensable. No hay una línea de continuidad entre las criaturas y Dios. Luego in via descensionis, cuando un alma se ha enamorado de Dios y purificada por su amor mueve a las criaturas, desde arriba descendiendo a las cosas no hay solución de continuidad; pero desde abajo, in via ascensionis en el primer camino hasta Dios no hay más remedio que dar el salto. Y si quieres paz y felicidad tienes que abandonar aquellas cosas que te han dado paz y felicidad. Aquí está la paradoja cristiana; aunque luego, in via descensionis, te encuentres con el ciento por uno.

Desprecia todo aquello que poseían y amaban por causa de la paz y de la felicidad que le reportaban, dice Suso con frase fuerte. No dice que se abandonen aquellas cosas, que se rechacen, que se las persiga para encontrar el verdadero nectar

R. Panikker
P. O. BOX, 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

divino del que no eran sino vestigios, sino que exige que se desprecien todos aquellos valores. Típico ejemplo del pensar existencial cristiano. Un teólogo más racionalista de siglos posteriores temiendo ante su vista el mundo de las esencias y temiendo caer en la exageración de Bayo o de Pelagio nos diría todo lo que hemos ya insinuado: que la naturaleza y las cosas son buenas; pero que hay que trascenderlas.

El monje medieval no tiene delante la naturaleza humana filtrada por la razón y purificada por los reactivos de la especulación; sino que tiene que habérselas con la existencia humana, con el hombre en bruto, real, existencial, mancillado por sus propios pecados y por el pecado de todo el género humano. El no ha venido a establecer una tesis: Para conseguir la paz hay que buscarla en Dios, etc., etc., sino que le importa dar un consejo, un consejo eficaz, vivo y realista a los hombres sus hermanos: y el hombre real para realizar el salto, para llegarse hasta la fuente de la paz y de la felicidad, no tiene más remedio — mal que nos pese muchas veces, que desearíamos poseernos humanistas más elegantes — que despegarse, que abandonar, que tirar, que parecer desagradecido, que figurar como insensible aquellas cosas que le han sido necesarias, le han sido imprescindibles; pero que ahora ~~despreciar~~ abandona, tira y desprecia.

Esta conversión es necesaria. Y es tanto más difícil cuanto más elevado era el valor del instrumento por el cual yo había descubierto la paz y la felicidad. Esto hace la ~~feli~~ dificultad de algunas conversiones, las conversiones de la gente buena, las de aquellos que como el joven del Evangelio

han guardado los Mandamientos desde mi juventud, pero todavía le falta una cosa.

Me explicaré con un ejemplo extremo: Si yo disfruto y encuentro la paz y la felicidad con la buena comida; mejor dicho si los primeros analogados de estos valores los he descubierto en el placer gastronómico, me será mucho más facil despreciarlos para remontarme a Dios que si yo soy un apasionado por la música o mejor aun por el culto litúrgico. Me será mucho más difícil despreciar toda la belleza de la liturgia despreciar los valores más positivos del espíritu por los que yo he llegado a gustar la paz y la realidad para adherirme a Dios solo y desnudamente.

Es evidente, que en igualdad de otras circunstancias quien se apoya en el peldaño litúrgico saltará mucho más alto que quien pisa el valor gastronómico; pero no es menos cierto que el peligro de engaño es también mucho mayor y la dificultad de despreciar un valor que tanto halaga a mi espíritu.

Esto no quiere decir que tenga que ser insensible a la comida o que tenga que abominar de la belleza litúrgica; sino solamente que debo superar y para superar, sobrepasar, pasar, etc. existencial y practicamente hay que despreciar estos valores, considerarlos como chatarra, sacrificarlos a Dios y no recibirlos ni gustarlos más que en tanto en cuanto el Señor, <u>en una decisión</u> me haga gustar de ellos. Entonces no solo me está permitido, sino que me está mandado.

40719

R. Paniker
P. O. BOX. 797
BARCELONA

TELÉFONO 23 48 71
CABLES: PANIKER

In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum!

(360)

Perdóname, Señor, porque he pecado, he pecado de desconfianza, de desánimo, de desesperación. He dudado de Tu Providencia y me he rebelado interiormente no tanto contra el destino como contra mí mismo.

No voy a analizarme ahora, ni a acusarme más, ni a excusarme, recorriendo motivos y haciendo psicología personal y ajena y psicoterapia. auto

Necesito Tu perdón, Tu ayuda, Tu gracia para que renazca en mí la virtud de la Esperanza.

Hazme creer, sentir, Señor, no sensiblemente pero sí con esta experiencia y conocimiento total que Tu sabes infundir, hazme sentir que soy hijo Tuyo, que Tu cuidas de mí, que tienes ilusión por mí, que todavía puedo servirte, que todas las ansias que has depositado en mi corazón, que toda la sangre que haces correr por mis venas y las ideas que haces brillar en mi cerebro, que todo esto tiene un sentido para Ti, no

para mí, que todo esto dará su fruto, para Tu Reino, no para mi triunfo.

Hazme sentir que hay esperanza por la causa del Reino de Dios y que si Tú me quieres así, es que Tu servicio así lo reclama. Lo acepto todo, Señor, este tiempo que pasa, esta vida antinatural, este castigo, este ambiente asfixiante, esta clausura espiritual este derrumbamiento total.

He reaccionado mucho tiempo contra el complejo de víctima; pero ahora comprendo que, a veces, es la única salida positiva posible. Acepta, Señor, este sacrificio.

Haz que yo me instale en Ti, que viva en Ti. Entonces superaré el ser víctima de los hombres para ser presa Tuya; pero entonces ya será la vida de amor.

C O M E T A S

INDICE

	Página
331 - El sentido de mi existencia	1
332 - Acción de gracias después de la Misa	8
333 - Obediencia y persona	11
334 - El arte de refutar	18
335 - La institución y la idea	22
336 - El pensar teológico	26
337 - Formas seculares y formas regulares	35
338 - La oración de un mundano	38
339 - La libertad de los hijos de Dios	41
340 - Si scires donum Dei	53
341 - Serenitas romana	59
342 - Introducción a la historia de los Concilios	74
343 - Cantate Domino	80
344 - No nos dejes caer en la tentación	83
345 - Meditatio Sancti Pauli	86
346 - La predicación Teológica	95
347 - Silenci interior	98
348 - La purificación de la vida	101
349 - Grafodicea	109
350 - El silencio de mi ser	121
351 - La vocación trágica	125

Página

352 - La investigación intelectual 135

353 -

354 - Conocimiento propio 144

355 - Pobres mujeres 146

356 - Apariencias 150

357 -

358 - Ascesis del intelectual 154

359 -

360 - Catarsis y Conocimiento 156

361 -

362 - La conversión necesaria 171

363 - In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum!..... 176

Canto del amor ciego

(329 bis)

Mi amor es ciego, no tiene razones, no tiene un por qué, precisamente por ser último y no tener nada que lo explique, que lo aclare o lo trascienda.

Te amo porque te amo, te amo sin ningún por qué, te amo sin razón y sin razones, Todo esto se queda muy atrás; la inteligencia y aun la misma voluntad vienen luego, porque yo no amo porque la inteligencia me descubre la verdad o la voluntad el bien.

Yo amo porque soy amado, yo amo porque no puedo menos de amar, yo amo porque sí, sin razón ninguna, sin explicación de ninguna clase.

Mi amor es en mi lo último porque es una simple respuesta, porque es la misma estructura de mi ser: una participación del Amor, un destello de la Caridad.

Mi amor es ciego, y además mudo. Mi amor no sabe hablar, no sabe decir nada, no puede expresarse; por esto mismo parece, a veces, tan frío, tan insulso, tan normal, tan pequeño.

Mi amor no habla, mi canto no es el de un ciego que ha puesto en su voz el color, la luz y el paisaje que

sus ojos no le dan. Mi canto, Señor, es ciego, pero además mudo.

No ve, pero tampoco habla, tampoco canta. Ya no te puedo cantar. No sé que decirte, ni sabría como decírtelo, si tuviese algo que entonar.

¿Por qué has hecho así a tu criatura?. Le has dado un amor ciego, un amor mudo; más aún, un amor sordo, un amor que no oye, que no siente, que no palpa, un amor que no percibe el incienso de tus criaturas, ni el olor de tu presencia.

Mi amor es noche, Señor, mi canto es silencio, mi vida es obediencia.

No te veo, no te oigo, no te siento. Gracias, Señor, porque si te viera, no serías tú, no sería tu faz, sino una ilusión óptica cualquiera. Gracias, Dios, porque si te oyera, no sería tu voz, no sería tu tono, no serían tus palabras, no sería tu Verbo, sino cualquier ruido de criatura, cualquier murmullo de seres que descienden.....

1.

El sentido de mi existencia

(331)

Dame, Señor, una existencia fecunda; dame, Señor, una vida llena, una vida, vida.

Ya no te serviré con mis ideas; tú no quieres servirte de ellas. Ya no te cantaré con mis labios; tú los encuentras desafinados y no lo quieres. Ya no te podré ofrecer una actuación externa, ni una actividad apostólica; tu no me deseas activo, ni misionero.

Ya no me queda nada, Señor, nada, sino mi vida; mi vida sin otro contenido que la propia vida; mi vida sin misión, sin ideas, sin actividad, sin rumbo, ni meta; mi vida pura. Y es ésta la que tu quieres, y es ella la que te ofrezco.

Y esto no son palabras, ni es literatura lírica, ni el desahogo natural de una vida apretada. Esto es mi oración, es mi propósito y es mi vida.

Tu sabes de mis ambiciones de santidad, de mis deseos de servirte, de mi pasión por la Verdad, de mi amor a tí, a tí entero, a tí y a tu Iglesia. Mi vida no tiene contenido, ni misión, ni tarea ninguna; pero no puede de-

jar de tener un sentido.

Me parece que lo encuentro, Señor. Déjamelo que te lo repita para que tu me digas, si es exacto; para que tú me hagas ver, si todavía hay un deseo poco puro de ser importante, de pesar en el mundo, de tener eficacia real, de contar como un factor verdadero para el Advenimiento de tu Reino. Porque me resisto a creer que una persona humana a la que tú has redimido con tu Sangre y amado con tu Vida, sea solamente como la flor de un día o como la nube de un momento; me resisto a creer -creo mas bien que es una blasfemia- que toda persona no sea sino una cosa, una pieza intercambiable, un instrumento aparente, un ser perecedero, intrascendente, baladí. !No! Cualquier persona es un reflejo tuyo, un reflejo propio, intransferible, personal.

Mi vida tiene un sentido, que es precisamente el último sentido que puede tener: la vida misma. Mi existencia tiene el sentido de mi propia existencia. Y esto concretamente tiene un nombre: oración; y en mi, oración sacerdotal.

El sacerdote, todo sacerdote, el que es una participación ontológica y directa -sacramental- de tu Sacerdocio eterno y el que es una imitación del mismo, o un simple deseo, o una deformación, cualquier sacerdote en cualquier Religión es el hombre de la plegaria, es el hom-

bre de la oración. Generalmente es una oración pública, es una plegaria litúrgica, es el culto divino; pero no es necesario que así lo sea siempre.

Mi existencia tiene el sentido de mi oración; pero no entendiendo por tal no una oración yuxtapuesta, accidental o una oración con un contenido determinado -cualquier misión que tu encomiendas a los hombres debe surgir de la oración y estar impregnada, informada por ella-, sino una oración existencial, una oración substancial y pura, o con otras palabras una vida-oración, una existencia orante.

Esto es muy concreto. Para que mis hermanos peleen y venzan hace falta alguien que trasmita las noticias, alguien que transporte la gracia, alguien que te comunique los puntos flacos -porque los ve, porque los sufre- alguien que les haga llegar tu aliento, tu bendición en su dimensión substancial e invisible más profunda.

Más. Tu Iglesia, Señor, está fermentando. Necesita reforma, necesita santidad, necesita cambio sin perder continuidad. Pero tus santos, tus reformadores, tus hombres de Iglesia, Señor, necesitan de la viejecita humilde que pide por ellos, del trabajador sencillo que les ofrece su paciencia, de la sirvienta ingenua que les consagra su cansancio y necesitan de mi que les doy mi vida.

4.-

Déjame ser varón de deseos, como Daniel, Señor, que por esto le bendeciste. Ahora se discute, se lucha, se estudia y se reza en tu Iglesia por el caso de los sacerdotes obreros -para poner un ejemplo. Yo conozco a varios y tengo más de una relación con los que intervienen en el primer plano. Yo tengo mucho que decir y se me queman las entrañas por no intervenir y aclarar y escribir y hacer ver y ayudar a hacer el mandato prudente y la obediencia inteligente. Pero no es mi camino, ni tu voluntad. No podría además llegar a todas partes, ni tan profundamente como con mi existencia, mi vida por tu Iglesia; como con mi oración por ellos.

Ahora discuten en Roma sobre el último libro de Papini. Tengo en la cabeza una carta abierta, dirigida al autor y pensada a la vez para la Congregación romana y se me va la pluma; pero tu me pides silencio, oración y penitencia. Y ese es mi camino y mi eficacia.

Ahora se explica una determinada y aun
A mi se me ocurren muchas cosas que decir. Llevo 18 años estudiando apasionadamente estos temas. Pero tu prefieres que mi eficacia sea más profunda y mi acción más interior, no apareciendo, sino solo ante ti, con mi fidelidad, mi amor y mi correspondencia.

Ahora, ahora, ahora, en casa, en la Iglesia, en el mundo..., !Sí, suceden tantas cosas!. Mi existencia

tiene un solo sentido: la de contribuir a remediarlas, a corregirlas, a perfeccionarlas, no con mi acción, sino con mi ser, no con mis ideas, sino con mi oración, no con mi libertad, sino con mi obediencia.

Me enfado y entristezco porque han construído otro gran templo suntuoso, donde hacía menos falta, en lugar de emplear el dinero en otras cosas o construir la iglesia en otro sitio. Yo no puedo nada directo; pero sí que puedo ayudar a la construcción del templo del Espíritu Santo que soy yo mismo, con una mayor fidelidad y riqueza.

Déjame sentir entonces mi responsabilidad, Señor, mi importancia, el sentido profundo y discreto de mi existencia.

No te hablo de holocausto, ni de sacrificio, como si quemase unos talentos o enterrase unos valores. Si cumplo tu Voluntad ¿qué más quiero? ¿qué mayor fecundidad puedo desear?.

Déjame, Señor, que ande siempre en tu presencia, que hable siempre en oración, que viva siempre en tí.

Y esto se hace de una manera. Mi oración no podrá ser muy subida, ni mi contemplación muy excelsa. El

sentido de mi existencia orante no es el de una oración intelectual, sino el de una vida de caridad, el de una existencia de amor. De amor a ti y amor al prójimo.

Mi amor a ti, en mi vida sencilla y vacía de contenido tampoco podrá ser muy profundo. Mi amor en cambio al prójimo, mis pequeños servicios, mi sonrisa, mi tiempo, mi educación, mi plegaria y mi perdón; éste sí, puede colmar plenamente el sentido de mi existencia tal como tu lo quieres.

Déjame sentir mi existencia fecunda, Señor; déjame creer que aceptas mi vida y que mi oración por tus hombres, por tu Iglesia, por mis hermanos, te es acepta

Yo viviré de cara adentro, una vida escondida en ti. Et vita vestra abscondita est cum Christo in Deo!.

Tus amigos y tus hermanos te conminaron, una vez, a que te manifestases al mundo y a que obrases tus milagros delante de los hombres. Tu contestaste misteriosamente que tu tiempo, tu no había llegado todavía, que tu momento no había alcanzado su plenitud, su plesoma - . (Io., VII, 3 sq.). Tus hermanos no creían en ti, dice San Juan, no tenían fe. Dame, Señor, esta fe, aumenta mi fe, para que comprenda que mi tiempo todavía no ha llegado.

Y todo esto, Señor, de una manera simple y sencilla, sin darme importancia y sobre todo olvidándome de

mi mismo. Ya no tengo que preocuparme yo de nada, ya no tengo que realizar nada, ya no me es necesario planear, realizar, proyectar, ya no me hace falta pensar en mi mismo o en mis cosas que ya no existen. Mi existencia tiene el más simple de todos los sentidos: existir, estar ahí, Señor para ti, para darte gloria, para cantarte, para mirarte y amarte, estando siempre dispuesta a lo que tu quieras.

Con el ánimo sosegado, como decían nuestros místicos clásicos. Amarte a ti y amar a mi prójimo con el ánimo sosegado, con un amor discreto, humilde, callado, concretado en los pequeños servicios de todos los días y en mi minúscula fidelidad cotidiana.

Con el ánimo sosegado porque soy tuyo y tuya es mi paz. Con el espíritu sereno porque estoy en tus manos y en la de aquéllos que acaso no entiendan -quizá por destino o por culpa mía- este volcán interno que soy; pero que me quieren bien y te aman y te sirven y te son tus fieles instrumentos.

Acción de gracias después de la Misa

(332)

Gracias Señor. No quiero pedirte nada. No me queda ya nada que pedirte porque ya te lo he pedido todo. Solo me resta darte gracias.

Gracias porque a través de mi, Señor tu indigno siervo, tu distraído hijo, tu pequeña criatura, has querido realizar el mayor de los misterios. Mi día entero tiene que ser una acción de gracias, un acto ininterrumpido de agradecimiento; de un agradecimiento confuso y anonadado. ¿Cómo puedes venir a mis manos? ¿Cómo obedeces a mi voz y te sometes a mi intención? ¿Cómo vienes a mi y desapareces entrando en mi, quedándote en mi?.

La Misa, el Sacrificio, el Calvario, la Redención, el pecado, el amor, la Trinidad. Señor, gracias.

No permitas que me vuelva insensible, no toleres que lo encuentre natural, no quieras que piense ahora en otra cosa, ni que haga planes para el día o que haga una distribución de mis horas o de mi actividad. Ahora me toca estar quieto, darte gracias, quedar emborrachado, anonadado, confuso, humillado; me toca estar temblando aun

de lo que ha sucedido, tengo que volver a pensar lo que tu en mi y por mi has realizado.

Que calle todo Señor, que no haga propósito ninguno que me distraiga de ti.

El Sacrificio es transeunte, pero los frutos, los efectos y aun la Eucaristía es permanente. "Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in illo" (Io., VI, 56). Permanecer, estar, ser, , callar.

Permanece en mi Señor. No te vayas, que no te eche, que no me distraiga. Mave vobiscum Domine! Sí, quédate aquí, quédate conmigo y cuando tenga que levantarme para ir a mi trabajo cotidiano, no desaparezcas, no te esfumes, vente conmigo Señor, que si no me lo prometes yo no me muevo de aquí.

Gracias, Señor. No cierres el diálogo. Tu Iglesia, tu Esposa, tu Cuerpo Místico en mis manos se elevaba al Padre en holocausto de adoración, de amor, de acción de gracias y del Padre descendía el perdón, la redención, la gracia, la introducción en su seno.

Que no pierda tu presencia, que no me olvide de tí, que no nos separemos ni un instante; que te cante y te bendiga con los tres jóvenes, con las fuerzas todas de

la naturaleza, con los hombres y los ángeles, con tu hijo Jesucristo para continuar el cántico nuevo de los seres todos. Amén.

Obediencia y persona

(333)

No digo personalidad para no dar la impresión de una simple consideración moral. Sostengo no solo que la obediencia es necesaria para tener personalidad, sino que se requiere de una manera u otra incluso para ser persona.

Ciertamente, el último vínculo que une a la persona solo puede llamarse obediencia en un sentido analógico profundo en cuanto es la relación, la religación del ser personal con el Ser. Si yo no quisiera ser yo, no sería. Lo que ocurre es que yo no puedo querer dejar de ser yo. Yo puedo querer ser otra cosa, ser de otra manera, tener otro carácter, poseer otras características; pero yo no puedo eliminar el sujeto yo, último e irreductible que aunque quisiera cambiarse total e íntegramente siempre es un yo profundo que quiere modificar sus estructuras. No solo ocurre que yo no puedo querer dejar de ser yo; sino que la misma proposición -no lógica, sino metafísica- no tiene sentido; pues se reduce al principio de contradicción.

Yo soy yo, en cuanto estoy ligado al fundamento de mi yo, del cual no soy sino una respuesta, un tú, en último término. Es decir yo soy en la medida que soy obediente al ligamen, al vínculo, a la relación que me constituye.

Al decir que yo no puedo dejar de querer ser yo, se descubre que la voluntad no es una especie de facultad o potencia substancial -como tan a menudo suele imaginarse, hipostasiándola en sí misma- que pueda funcionar frente a mi ser y en contra de él. Yo no soy mi voluntad; pero mi voluntad es mía y cualquier cosa que ella quiera siempre soy yo que la quiero y es desde mi que ella quiere. Yo soy yo, porque quiero ser yo y no puedo querer dejar de ser yo, porque mi querer surge de mi mismo yo.

Cuando la voluntad es consciente de ello, cuando mi inteligencia ilumina la tendencia espiritual de mi persona, entonces mi ser personal, mi yo, empieza a ser conscientemente obediente. Es obediente porque quiere ser lo que es, porque quiere la realidad y se da cuenta que esta realidad no es un sí-mismo, una aseidad -un eus a se-, sino un de-si-mismo, una alienidad, un eus-ab alio.

La obediencia se reduce, en último término a la conciencia de "creaturabilidad", a que no me pertenezco, a que soy en la medida que soy-de Dios.

Pero dejemos este último plano de la obediencia óntica -de la que solo la persona es capaz (la piedra o el animal no pueden querer ser lo que son, ni otra cosa tampoco; no pueden querer)- para pasar a la obediencia antropológica en su sentido integral cristiano, es decir dentro de lo que suele llamarse la esfera de lo "sobrenatural" y que mejor se denominaría la realidad existencial.

Cristo dice repetidas veces que él ha venido a cumplir la voluntad de su Padre ( ), que su juicio - - es verdadero porque no está solo, porque no es solitario ni único - - sino que está con su Padre que lo ha envíado (Io., VIII, 16). Su doctrina no es suya, sino de aquél que le ha enviado (Io., VII, 16). Quien habla por sí mismo - - busca su propia gloria, pero quien busca la gloria - - del que le ha enviado, aquél es verdadero y no hay injusticia en él (Io., VII, 18). El habla lo que ha visto junto al Padre - - (Io., VIII, 38). Solamente quien guarda su palabra, quien custodia su logos - - no verá la muerte por toda la eternidad (Io., VIII, 51).

La traducción mística de estos y análogos textos vendría a ser del tenor siguiente aplicada a la vida concreta:

Yo no puedo fiarme de mi criterio, ni regirme según aquéllo que me parece a mí mejor, -es decir, la muerte de toda ética estoica o racionalista de un vivere secundum rationem, que no deja lugar para la moral evangélica (piénsese en el Sermón de la Montaña)-, yo no puedo buscar mi gloria, mi voluntad, sino la de aquel que me ha enviado.

La vida del cristiano sobre la tierra es una auscultación íntima y sobrenatural del Espíritu Santo en su interior y en su exterior, para obedecerle y poner por obra sus mandatos y hacer, pensar y ser lo que Dios quiere.

He hablado del interior y exterior del cristiano, en primer lugar porque el hombre es una unidad y en consecuencia cualquier división -por muy necesaria, justificada y real que sea- siempre dejará fuera algo del hombre si no se consideran todos sus miembros. Pero en segundo lugar, porque la manifestación de la voluntad de Dios no es solo un soplo íntimo y escondido en la conciencia individual, sino que es también una Revelación orgánica, externa, eclesiástica que comporta un Amor, una Esperanza y una Fe con un credo que contiene fórmulas, personas, organizaciones y cosas y desciende hasta la voluntad humana falible limitada y acaso aun miope y mezquina del superior jerárquico inmediato de cada cristiano.

Esta obediencia no es un monopolio del estado de perfección -aunque éstos posean el privilegio de una con

creción unívoca que difícilmente puede darse en otro estado- sino que es una exigencia, una necesidad y una realidad para cualquier fiel cristiano. Precisamente una de las misiones que vienen a realizar los Institutos seculares en el mundo, es la de posibilitar a los cristianos la vida real y perfecta de la obediencia cristiana aun permaneciendo seglares en medio del siglo.

Pero no debe interpretarse aquella Voluntad de Dios en un sentido meramente moral -o acaso escotista- como un deber que se nos impone por quien tiene Poder y Derecho de hacerlo; sino que hay que profundizar más en el misterio de la obediencia, parte integrante del Misterio de la Cruz.

Con ello el aspecto inmanente y trascendente, las vertientes exterior e interior que tan a menudo se mantienen separadas consiguen una síntesis real que sin amalgamar desordenadamente ambas dimensiones las unifica en la realidad existencial.

Yo solamente llegaré a ser, es decir -en lenguaje cristiano- me salvaré, si obedezco, o sea, si convierto a Dios, y no a mi mismo, en norte, guía, faro, de mi actuación y de mi ser. Con otras palabras: quien ama su vida la perderá, quien se busca a si mismo se condenará, quien quiere regirse por su propio criterio, por su sola razón, se extraviará.

La obediencia es la condición indispensable para mi ser persona.

No interesan, ahora, los caminos por donde desciende esta Voluntad de Dios -Cristo, Iglesia, Comunidad- (familia, nación, congregación, instituto, círculo, amistad, etc.)- sino el espíritu de obediencia necesario para poderse salvar.

Espíritu de obediencia es esta disposición antiegoista que nos hace estar dispuestos a dejarnos mandar, modelar, formar, forjar por Dios en la persona de los superiores, leyes, mandatos, circunstancias o lo que sea.

Espíritu de obediencia es la disposición interior de morir; de odiarse a sí mismo, de perder su alma, convencidos de que es el único camino para llegar al Ser, para llegar a ser.

Déjate mandar y serás perfecto, decía San Juan de la Cruz y no especificaba para nada la cualidad del mandamiento. Ahí radica el misterio.

Por eso solo obedece el humilde -iba a decir el verdaderamente inteligente, pues la humildad y la inteligencia se encuentran en la verdad- aquel que reconoce su dependencia ontológica, su entidad participada su ex-sistencia conferida, regalada y gratuita.

Yo soy en la medida que obedezco. Mi ser va lle-

gando a su plenitud en la medida que acepta esta religación, que aprieta este vínculo. Para tener la visión de esta conexión hace falta la fe y para poseer la fuerza para llevarla a cabo -obedeciendo- se requiere la gracia. Por eso nadie puede salvarse sin el auxilio sobrenatural de Dios.

El arte de refutar

(334)

Recuerdo que en unas Conversaciones Internacionales se convirtió casi en slogan para empezar las discusiones de los diversos participantes: "Yo estoy de acuerdo con Vd, pero..." -Je suis tout à fait d'accord avec vous, mais...- Y entonces empezaba la perorata que defendía una opinión completamente distinta.

En el fondo no era solo una fórmula de cortesía o de diplomacia, sino que expresaba, aunque mal, una característica esencial de la inteligencia: la superación, o si se prefiere, la sublimación.

El temperamento latino que se inclina a creer más en los hombres que en las ideas, expresaba con ello un acuerdo existencial, con la persona, que servía de punto de partida a un desacuerdo esencial, en el orden del pensamiento.

Intentando dar un sentido coherente a aquella expresión, recuerdo que yo emplée otra forma, en el fondo similar, pero acaso más sincera: "Yo estoy de acuerdo con lo que Vd. quiere decir, pero... no con lo que Vd. dice";

en donde no se trataba, evidentemente, de una discrepancia en la manera de decirlo, sino en los conceptos empleados para revestir un pensamiento profundo con el cual me declaraba de acuerdo.

Si de esta anécdota pasamos a la manera clásica de refutar opiniones, sistemas, doctrinas y herejías en los manuales corrientes de Filosofía y Teología, tendremos el ejemplo complementario para darnos cuenta como no se debe refutar.

No se consigue nada poniendo un dique al error, es una equivocación psicológica y metafísica querer combatir al error como en una batalla guerrera o un bombardeo moderno. A lo más la lucha contra el error podría compararse a un torneo medieval en el que se juega limpio y en el que se reconocen las leyes de la caballerosidad y de la lid por encima del bueno y del malo.

La única forma de vencer al error es derrotándolo ciertamente; pero esto no consiste en aniquilarlo, sino en hacerle declarar su propia derrota, en convencerle de que es error, en convertirlo en verdad, en transformarlo, casi nunca en su contrario, sino en completarlo con su complementario.

El error es una verdad de la cual se abusa; el error puede ser error porque existe la verdad; pero no solo la verdad trascendente de la que el error no par-

ticipa, sino la verdad inmanente en la que el error se basa y se apoya. Todo error es el tributo que el mal paga a la verdad. El error absoluto no existe.

Esto hace ver que no solo es psicológicamente contraproducente presentar batalla al error desde la verdad, como si estuviesen en un mismo plano, sino que es además metafísicamente equivocado.

El arte de refutar consiste, pues, en penetrar en el meollo mismo del error para comprender cómo ha sido posible y porqué ha llegado hasta allí partiendo de unas últimas premisas verdaderas. Es un arte complicado, que requiere pureza de intención y de inteligencia.

No podrá nunca refutar aquél para quien el error parezca una tontería o vea solo en él la intención torcida de la maldad sin penetrar en la influencia que ésta haya podido tener en el mismo campo de la inteligencia.

Hasta aquí he hablado de verdad y de error como dos campos completamente separados, por lo menos por parte de la verdad. Esta postura existe, evidentemente; cuando la Iglesia defiende un dogma, por ejemplo. Pero el caso más frecuente es la lucha de dos opiniones, una de las cuales tiene más contenido de verdad y la otra mayor proporción de error. Entonces la ley del torneo

intelectual consiste en penetrar en el campo enemigo y desde él dar razón, o de la incongruencia de la opinión combatida o de la evidencia de la propia.

Aquí, sin embargo, es necesaria una cautela, que muchas veces se ha olvidado en disputas apologéticas. Hay que penetrar en el campo enemigo; pero no vencerle con sus propias armas, como suele decirse, sino con las nuestras. Nosotros no podemos apearnos de nuestro caballo, arrojar nuestra lanza y coger al enemigo a traición. La penetración en el campo enemigo tiene que ser con todo nuestro equipo y la victoria noble, en su campo, pero con nuestras armas. No es solo que sea peligroso abandonar nuestra posición y combatir con los supuestos del enemigo, sino que es además poco honesto, no tanto con respecto a él, sino con referencia a nosotros mismos.

Hay que combatir al incrédulo racionalista en su propio campo. Cierto. Con sus propios medios. Falso y deshonesto. Yo no debo apearme de mi fe para hacer apologética; pero es que además tampoco puedo; y si digo que lo hago no soy sincero. He hecho una restricción mental, no en la esfera moral, sino en la de mi intelecto. Yo no le combatiré <u>desde</u> la fe, desde mi campo. No le tocaría nunca. Pero sí <u>con</u> la fe <u>en</u> su propio terreno. Con una fe que no ha abdicado de la razón ni la ha ultrajado, sino que la utiliza como instrumento, como <u>ancilla</u> para un más alto servicio.

La institución y la idea

(335)

Vd., mi querido y respetado amigo, cree en las instituciones. Yo, en cambio, creo en las ideas. No es que Vd. desprecie las ideas, pero no les concede demasiado importancia, en el fondo cree Vd. que la institución si no crea la idea, por lo menos la conserva, la difunde y le da su eficacia. No es que yo quiera prescindir de las instituciones como entes superfluos o aun dañinos, sino que subrayo su carácter de instrumentos de las ideas y tengo delante de los ojos la eficacia de las puras ideas, sin instituciones adecuadas y el hecho de que la idea forja la institución.

No nos contradecimos, pero nos complementamos. En último término Vd. se preocupa de las instituciones porque es creador de ellas y yo me apasiono por las ideas, porque creo tener algunas.

Permítame, pues, que sin contradecirle, en lo más mínimo, intente complementar su punto de vista con el mío.

¿Vd. no cree, que para que una institución cuaje,

debe haber un ambiente preparado y que la tal preparación se debe a unas ideas sembradas a voleo que van fructificando sin orden ni organización aparente; pero que son las verdaderamente eficaces y las que determinan un estado de opinión?.

¿Vd. no cree que mucho más eficaz -hablo sin referirme a la mal llamada Universidad Católica- que una institución para la defensa de la verdad (es siempre un mal menor) lo serían un par de personas que difundiesen ideas verdaderas en las instituciones ya existentes?.

¿Vd, no cree que al subrayar la importancia de la institución queriendo ser realistas, lo que somos es escépticos y de poca fe?. Me refiero a una poca fe en la verdad, muy sintomática, cuando pretendemos defenderla, cuidarla y abrigarla tanto. Me refiero a un escepticismo en las fuerzas últimas de la naturaleza humana -que es buena- entre las que está también nuestra razón. ¿Qué significa una institución guardiana de la verdad? ¿Qué hay más fuerte que la verdad?. A pesar de ser tan delicada, aun cuando se rompe en mil pedazos cada uno de estos trozos -verdaderos- penetra en otros muchos sitios que acaso en bloque y compacta no hubiera podido.

Media docena de hombres, esparcidos por el mundo, con ideas, tienen más influencia que un centenar de

instituciones que muchas veces no hacen sino entorpecer el crecimiento y el desarrollo de una doctrina, de una idea, o de una sociedad.

Al grito orgulloso de Unamuno: !qué inventen ellos!, se opone la consigna sabia y cristiana de trabajar en todas partes, de utilizar los instrumentos ya prefabricados, acaso sin alma o con un alma enferma, y en edificios del Estado y con dinero del Estado:

J.Mª. Escrivá - Camino, Nv. 844.

Es evidente que la idea tiende ella de por sí a institucionalizarse; pero no es menos cierto que la institución tiende también a des-idealizarse. Una acción inteligente tiene que contar con ambas corrientes y tiene que oponerles un freno prudente a ambas.

La institución tiene que estar al servicio de la idea. Y ello es tan cierto que un Santo Tomás y un San Ignacio de Loyola no dudan en afirmar el primero y en legislar el segundo que todas las cosas deben estar al servicio de los que contemplan la verdad, de que los hombres de la Compañía deben ser los instrumentos de unos pocos que son los forjadores de ideas. !Y cuantas veces, en cambio, el hombre de ideas se encuentra sin medios, sin instrumentos y es a veces la misma institución la que le impide cumplir su misión, más amplia, más universal, más católica!.

Reconozco que de la misma manera que las ideas están encarnadas en los hombres que las hacen vivas, necesitan de las instituciones no solo para hacerlas más eficaces, sino aun para darles unos límites precisos y evitar que se salgan del ámbito de su validez e invadan otros campos en los que no valen.

Cuando la institución y la idea conviven en simbiosis positiva hay armonía y la eficacia es incalculable. La institución no da solo medios a la idea para expresarse, para formularse y para difundirse, sino que influye en la misma idea haciéndola más realista, limando sus aristas y puliendo sus rugosidades. A su vez la idea es el alma de la institución y le impide degenerar en burocracia muerta. La idea da vida con ello a la institución y a los hombres que viven de ella. Hay mucha gente que no puede vivir de una idea pura y que necesita esta misma idea dosificada, organizada, repartida, concretada y ejemplificada. Esto lo verifica la institución.

El pensar teológico

(336)

No quisiera ahora exponer mi teoría sobre el pensar cristiano, ni desarrollar mi tesis de que hasta el presente la cultura cristiana occidental se ha apoyado sobre conceptos metafísicos helénicos extrínsecamente reformados; pero que no ha creado todavía las categorías cristianas del mismo pensar, etc. etc.

Quisiera solamente apuntar a un hecho, previo a cualquier teoría e independiente de mis tesis teológicas. Quisiera solamente decir que el pensar teológico no es una dialéctica racional a partir de unos cuantos datos revelados que se aceptan como axiomas de una especie de matemática-teológica, o como premisas de una sobre natural o informada por la fe, en cuanto que las premisas nos son dadas por la Revelación.

El pensar teológico es por un lado un intellectus fidei, un esfuerzo por entender, por comprender, -por saber-, la fe, lo que la fe nos dice. Es la tentativa humana por la intelección del Dogma, o si se quiere de la Revelación, intentándola reducir a un sistema confruente, viendo la interna conexión de los misterios e

intentando llegar a las formulaciones conceptuales más precisas, menos imperfectas y más capaces de procurarnos esta intelección a la que nuestra mente aspira.

Pero aquí no se termina la misión de la , sino que ésta no es sino la primera fase preparatoria de otros dos momentos que pertenecen también a la misma como Sabiduría.

En segundo lugar, pues, la es también intellectus spei. Es decir, no basta una intelección por rápida y profunda que sea de los datos objetivos de la Revelación, si estos no se ponen en contacto con el hombre que los recibe y para quien aquellos datos tienen precisamente un sentido.

La Revelación no es un conjunto de verdades muertas y friamente objetivas, sin referencia constitutiva a un sujeto (la Revelación a un ángel o a un perro serían esencialmente distintas a la nuestra); a un sujeto que en este caso es el hombre existencial concreto, el hombre viador y que espera y tiende hacia su fin que le es precisamente descubierto por la misma

La es, además de una intelección de la fe, un intellectus spei, una intelección de la esperanza humana que ve en la Revelación, no una simple verdad, sino la Verdad que coïncide con la Bondad, la Belleza, La Felicidad y el Fin del mismo hombre.

La Revelación no nos ha sido dada para que simplemente conozcamos; sino para que conociendo actuemos en consecuencia y por ella seamos salvados. La es un saber de salvación; la Revelación es un redentor; es una Buena Nueva para el hombre viandante.

La debe intentar, pues, relacionar no sólo los dogmas entre sí, sino también ellos con el sentido concreto,y real de nuestra vida. La es, con ello, intelección de nuestra esperanza, descubrimiento de las aspiraciones y ansias humanas y solución a ellas por descubrir la Revelación extrínseca como fin existencial adecuado a la estructura fáctica de nuestro ser.

Por eso la tiene una rama que se llama Moral y otra que se denomina Antropología sobrenatural.

La no es un simple elenco de verdades, sino un saber de salvación y con ello un intellectus no solo de lo que Dios dice, sino de lo que Dios con su decir quiere conseguir. Y para ello necesita conocer al hombre bajo esta luz sobrenatural superior.

La quiere salvar, quiere redimir, es apostólica, no es simple exposición, sino que es convencimiento, responsabilidad, luz que se nos da para que andemos por el camino iluminado.

Pero aún hay más. La es en tercer y último

lugar intellectus caritatis Dios no solo se nos revela para que nuestro intelecto conozca -intellectus fidei- o para que conociendo el hombre se ponga en camino y se salve -intellectus spei-; sino además y al mismo tiempo -puesto que esta triple división tiene solo vigencia metódica en cuanto al hombre que hace - Dios se nos revela para que le amemos. La es el esfuerzo por comprender, en la medida de lo posible como en cada uno de los grados anteriores, el Amor divino. La quiere desembocar en la Contemplación y una que la excluyese no sería . Una que desterrase la Mística, sería tan imperfecta y falsa como una que eliminase la Moral.

La aspira a que los hombres conozcan la Verdad, a que los hombres sigan el Bien y a que los hombres amen al Santo, es decir, la es un saber de santidad. La aspira a la santidad. No solo pretende la intelección del dato Revelado, de la Revelación y de sus exigencias; sino que ambiciona también la intelección del mismo Revelante, del propio Revelador. Y Dios es Amor.

Por eso la no puede ser una simple y seca ciencia de conclusiones; sino que es una carismática sabiduría integral que de rodillas y amorosamente escucha al Dios Revelante, le sigue con humildad y le ama con locura.

Y es precisamente aquí, en este último pelda-

ño de la en donde debe colocarse la verdadera y auténtica Apologética integral. Ciertamente la Apologética tiene una misión que cumplir en cada uno de los tres grados; pero una Apologética que se limite a contradecir argumentos y rechazar objeciones racionales no es todavía una Apología, una Defensa del Cristianismo. La Apologética debe esforzarse por exponer el Misterio del Amor y hacer descender su luz y su atracción hasta aquéllos que aun se encuentran en las tinieblas de la incredulidad. No debe, tampoco, desdeñar descender a la palestra de la discusión racional; pero no debe nunca olvidarse de que su misión no es simplemente la de contradecir, sino el de intentar convencer allanando los caminos.

Solamente desde esta tercera dimensión de la como intellectus caritati se podrá poseer una Weltauschauung teológica una gnosis católica, podría decirse, si esta palabra pudiera aun ser revalorizada y redimida de su sabor heterodoxo.

La intenta mostrarnos la Realidad total de Dios y el Universo, desde el punto de vista divino y con el mismo criterio con que Dios ve y juzga las cosas; es decir, la visión del Ser y los seres, desde arriba, in via descensionis.

De ser todo ello cierto, se comprenderán las

características del pensar teológico. Si se rompe la caridad, si se falta a la comprensión, si el celo por la verdad desnuda nos hace reirnos y burlarnos de los que no han sabido revestirse de ella, entonces el pensar deja de ser teológico para convertirse en unas cuantas formulaciones sin vida y sin exigencias integrales.

Si se peca contra la esperanza; si nuestro intelecto discurre al margen de nuestra vida y con independencia de nuestras ilusiones, si el conocimiento teológico no quiere ser intrínsecamente edificante, porque ha dejado de ser apasionante ya no hay allí ningún pensar teológico, sino una simple segregación cerebral que va deduciendo proposiciones a partir de unas premisas, dialéctica y superficialmente entendidas.

Más aun, si la exposición de la deja de querer ser un intellectus fidei para convertirse en una expositio dogmatum, entonces pierde su último grado y deja automáticamente de ser para convertirse en un residuo, en un esqueleto, que no llega ni siquiera a cadáver, en una anatomía que no permite ninguna fisiología.

El pensar teológico exige una ,
un cambio de , una transformación de nuestra
, una verdadera penitencia que debemos estar continuamente realizando, si no queremos cometer un pecado de leso intelecto: la autonomía de la razón, que extrapola y se escapa así que se desconecta de la totalidad

en la que orgánicamente está inmersa y dentro de la cual, exclusivamente, conserva su misión y su sentido.

Esta ascesis del pensar teológico exige amor, esperanza y fe, exige una vida sobrenatural intensa; pero también requiere un esfuerzo verdadero de pensar; de pensar, digo, y no de imaginar o de sacar simples conclusiones silogísticas.

Este es el primer paso en la ascesis intelectual necesaria para empezar el estudio de la .

La exige un propósito sincero de santidad, un sentido profundo de responsabilidad, un amor sobrenatural a Cristo y a los hombres, una esperanza firme en Dios y en el sentido de nuestra vida, una fe viva en la Iglesia y su Magisterio; pero requiere también un esfuerzo grande y positivo de intelección. La es sabiduría y tiende constitutivamente a la salvación, a la santidad, a Dios; pero es formalmente intelección, es intellectus Dei o más exactamente es aquel sensus Christi del que habla el Apóstol.

En consecuencia, la es directamente proporcional a la capacidad intelectiva del teólogo.

He dicho intelecto y no razón, agudeza, sutilidad, ingenio o rapidez dialéctica.

El intelecto es el sentido de la realidad. Así

el teólogo -y esta es su gran tentación primera que debe superar- nunca debe perder de vista la realidad, nunca puede dejarse llevar de su razón a construir teorías e imaginar hipótesis que acaso permitan una mayor congruencia dialéctica; pero que se alejan de la realidad.

Se podrían aducir innumerables ejemplos históricos y actuales de discusiones teológicas estériles y vanas. El sentido común de los cristianos descubre que no sirven para nada, que son cuestiones bizantinas, sin trascendencia práctica, se suele decir. Pero el caso es que tampoco la tienen teórica. Y a la postre se descubre que son problemas mal planteados.

¿De qué sirve plantear problemas de predestinación, sino se ha examinado el concepto de tiempo en el que aquellos pavorosos problemas se apoyan?. ¿De qué sirve sutilizar sobre el modo de la trans-substanciación si está desconectado de la significación profunda metafísica, soteriológica y mística de la Eucaristía?.

Ello no significa que no existan serios problemas teológicos, aun meramente especulativos; pero ellos no perderán nunca de vista la intelección del misterio que quieren iluminar. Intelección que necesita más de la síntesis que del análisis, más del intelecto aprehensor e intuitivo que de la razón divisora y discursiva.

La pregunta evangélica quid ad aeternitatem? es también una piedra de toque para toda la especulación teológica.

Si en una especulación teológica sobre los sacramentos por ejemplo, me olvido de su conexión con Cristo, su Sacerdocio y su Redención, con seguridad que se extraviará nuestra razón en cuestiones inútiles, dañinas y vanas. El teólogo debe tener muy en cuenta los consejos del mayor de los genios teológicos de la humanidad y que hizo por precepto y aun por inspiración divinos: San Pablo.

Formas seculares y formas regulares

(337)

Se trata ahora de pura fenomenología y no de metafísica.

Existen un conjunto de formas sociales, de comportamientos individuales, de reacciones personales, propias de los seculares y otras propias de los regulares. Los sacerdotes diocesanos han sido por lo general educados en las formas regulares y luego poco a poco van descubriendo, adoptando y viviendo las formas seculares.

Evidentemente que esta división no es absoluta. Un clérigo, por muy secular que sea, convendrá con un religioso y se distanciará de un seglar. Y no obstante existen formas seculares comunes a seglares y clérigos y formas regulares propias de las distintas familias religiosas consideradas como un todo.

No quiero hablar de una distinta concepción del mundo o de una ascética diferente, ni de un diverso régimen de vida patente; sino exclusivamente de las formas más externas de la convivencia humana.

Podríamos citar unas cuantas:

Las formas seculares tienden a la objetividad, mientras que las regulares a la subjetividad. Me explicaré: El secular ha estado formado más por los acontecimientos y por la realidad que por un método construído y sistemático. En su vida las circunstancias juegan un papel mucho mayor que para el hombre que ha muerto al mundo. Esto hace que en la obediencia, por ejemplo, el secular mire más a lo mandado y el religioso se preocupe más del que manda. El primero querrá hacer la cosa bien; el segundo no olvidará nunca de su intención de agradar al superior, y en ello verá un criterio más seguro que en la mera objetividad de lo mandado. El secular verá la orden y el regular la autoridad con preferencia.

En cualquier negocio o actividad el regular perderá difícilmente la presencia de sí mismo y la intención que él persigue y la misma intención que con aquella obra se persigue; el secular en cambio se olvidará fácilmente de estos factores subjetivos para entregarse en cuerpo y alma a la acción objetiva y conseguir el fin que se propone. Son dos atenciones distintas. Ambas tienen ventajas e inconvenientes.

Frente a un suceso cualquiera el secular se preocupará ante todo del mismo suceso en cuanto tal y de sus causas y de sus efectos objetivos; el religioso en cambio dirigirá preferentemente su atención a la intención del que ha realizado su acción y a los efectos subjetivos que

el tal suceso pueda producir en el ánimo de determinadas personas.

Otra contraposición es la espontaneidad y la reflexión.

El religioso es reflexivo, el secular espontáneo. Esto no quiere decir que ambos no puedan ser sinceros, ni que ambos no puedan ser prudentes; pero la prudencia será más difícil al secular, así como la sinceridad le será menos natural al religioso.

Si un amigo invita a merendar a un secular y a un regular igualmente santos, el secular tomará aun otra pasta aun sin ganas si ve que ello da alegría a su anfitrión, mientras que el religioso preferirá edificarle con una nota de austeridad en lugar de alegrarle haciendo honores a su hospitalidad. Si son menos santos el hombre del siglo tachará al religioso de fariseo y el regular dirá del primero que es un ingenuo.

La oración de un mundano

(338)

Yo soy del mundo, Señor y no me arrepiento de ello. Pertenezco al mundo, me siento terreno, terrestre, mundano. Yo sé que tu no has rogado por el mundo; pero sí por los que están en el mundo.

¿Qué es este mundo, por el que tu no has orado? ¿Soy también acaso yo?. Los tuyos me dirán que no es el cosmos obra de tus manos, sino lo que ellos mismos denominan principios mundanos que identifican con las concepciones del príncipe de este mundo.

No me refiero a este mundo, cuando te digo que soy mundano; sino a que soy hombre, a que soy una criatura tuya con sentidos, con corazón, con sentimientos.

Te he dicho ya tantas veces que sufro -y mucho- porque los tuyos parece, a veces, que prescindan de estos valores mundanos que son dañinos si se cultivan por sí mismos y si se colocan en la cúspide de la jerarquía axiológica. Pero si la limpieza es un valor y ahora tus cristianos más fervorosos ya lo van comprendiendo, también lo es la amistad y la belleza y la buena educación.

Y concretamente, los valores del corazón. Sé que el hombre que se te consagra debe guardar su corazón con siete llaves; pero también sé que tu no quieres que castremos nuestros sentimientos cuando pasamos a tu servicio.

Yo no deseo, Señor -así al menos me lo parece- ninguna criatura para entretenerme con ella. Yo no quiero ninguna amistad que me ate a la tierra y no me deje ir a ti. Yo repudio cualquier vínculo que pudiera quitarme la libertad de ser hijo tuyo.

Pero no se trata de esto, cuando yo sufro al ver la insuficiencia cordial de tantos buenos cristianos que preocupados de servirte se han olvidado de amar, de amar a los hombres con tu verdadero amor. El amor de caridad al prójimo parece que se haya limitado a un amor de socorro; de auxilio corporal o espiritual. Un amigo viene a verme cuando estoy en cama o cuando estoy de luto; pero no se le ocurre venir cuando no debe apuntarse un tanto en el cielo, consolándome y"haciéndome bien". No se le ocurre venir para que nuestro ser cante al Señor sus alabanzas o para que aprendamos mutuamente de nuestras experiencias respectivas y crezcamos hacia Dios.

Si yo tengo un amor, si yo estoy enamorado de ti, Señor, tengo que cantarte; pero no me basta que te

cante en mi cuarto o que les cante a tus flores,a tus campos y a tu cielo; desearía también cantarle a tus hombres, a tus hijos, mis hermanos.

"Hacer la vida agradable a los demás" reza el consejo de caridad -"que es cariño"- del Padre.

La libertad de los hijos de Dios

(339)

¿Cómo describir esta libertad? ¿Cómo dar a entender este estado cristiano perfecto, este señorío sobre sí mismo y sobre todas las cosas?.

Antes de su descripción veamos su causa. La libertad -prescindiendo de momento, para revenir después a ello, de que constituye la raiz misma de nuestro ser humano- pertenece formalmente a la voluntad; es su propia perfección. Una voluntad que no fuera libre, no sería voluntad; sería inclinación ciega de una naturaleza no espiritual. Cuando el ser espiritual se inclina, tiende hacia algo, de la misma manera que es consciente de ello, es también volente de lo mismo. Pero dejemos las disquisiciones generales -necesarias por otra parte, para encuadrar la cuestión- para vehir a nuestro caso particular.

La voluntad humana solo conquista su plena libertad, cuando no es condicionada mas que por ella misma, cuando puede decir verdaderamente que hace lo que le da la real gana; entonces es reina, es libre, no está coaccionada, ni condicionada por nada externo. Entonces la

voluntad no se decide, no quiere -no ama, dirían los grandes escolásticos medievales siguiendo a San Agustín- mas que lo que quiere (y no es redundancia). La voluntad es libre cuando quiere lo que quiere.

Entonces no tiene miedo, ni sufre apreturas, angustias o complejos.

Ahora bien, ¿cuándo es libre nuestra flaca voluntad, inserta como está en una naturaleza humana maltrecha y en un mundo que le rodea y le atrae por los cuatro costados? ¿Cuándo mi voluntad puede ser la reina, la señora de mis actos? ¿Cuándo posee la fuerza suficiente para no dejarse influir por nada externo y querer de tal manera que mi querer sea la expresión auténtica de mi ser?.

Esta libertad, después del pecado original no es humanamente asequible; esta fuerza de voluntad, de hecho, nos falta a no ser que venga Cristo, que es Dios, a informar nuestra voluntad, no desde fuera -como una concepción exageradamente extrínsecista de la gracia podría hacer suponer - sino desde dentro para convertir nuestra voluntad en la suya; para empezar nuestra transformación en Cristo por la unión de voluntades.

La unión de la inteligencia, de una manera perfecta, no se consigue hasta la otra vida: se realiza mediante el lumen gloriae y es como los teólogos caracteri-

zan precisamente el cielo: la visión beatífica.

La unión de la voluntad no se puede tampoco conseguir de una manera perfecta hasta la confirmación en gracia de la gloria; sin embargo es posible una profunda unión con la voluntad de Dios a través de nuestra unión -también en esto es Mediador- con la voluntad humana de Cristo.

Yo soy libre en la medida que mi voluntad es dueña de mi y de mis acciones. Y mi voluntad es soberana sobre mis pasiones y demás tendencias, mi voluntad es señora frente a las atracciones del exterior, cuando está unida a la voluntad de Cristo, cuando está fortalecida desde dentro por el mismo Cristo, cuando -con otras palabras- en virtud de su gracia (y de mi fidelidad a ella) no quiero más que lo que Cristo quiere, no deseo más que lo que el Señor desea, cuando le puedo decir libre y voluntariamente fiat voluntas tua!, porque esta tu Voluntad divina, a través de mi unión con la voluntad humana de Cristo, se ha convertido en mi propia voluntad; porque el motor de mi voluntad es la tuya; pero además el objeto, el término de mi misma voluntad no es sino tu misma divina voluntad.

Fiat voluntas tua!, no es la expresión de una postura resignada, sino el grito de una voluntad libre, es lo que yo quiero: lo que tú quieres, tu Voluntad.

Lo que me apasiona, lo que me mueve, lo que quiero, es tu santa Voluntad.

La libertad de los hijos de Dios sólo se consigue cuando nuestra voluntad se ha unido a la de Dios a través de la de Cristo.

Esta es la causa de la libertad cristiana. Veamos ahora de intentar describirla.

No es indiferencia, ni insensibilidad, ni carencia de sufrimiento o aun de tentaciones. Todo esto se comprende muy bien meditando sobre la voluntad humana de Cristo.

La libertad de los hijos de Dios es ante todo una liberación; o si se quiere se vive como una liberación, como una redención de las ataduras que nos tenían sujetos a un conjunto de cosas que no son Dios. Psicológicamente estas ataduras se viven como motivos.

Los motivos de temor, miedo, respetos humanos, los motivos sutiles de no decepcionar, de mantener un prestigio, de conseguir una honra, etc., desaparecen.

Pero la liberación llega más lejos. No se extiende solo a la acción inmediata de manera que vence mi timidez o me confiere gravedad y me da seguridad; sino que sobre todo me libera de mi mismo en el sentido de que ya no soy yo el fin de mi vida y con ello la misión de mi existencia ya no estriba en el cuidado angustioso

y agobiante de triunfar, de sobresalir, de cuidar mi personalidad, de conseguir este o aquel éxito.

El hombre verdaderamente libre ya no está atado a una serie de medios para conseguir un fin. El fin es trascendente y gratuito. Los medios, que continuará empleando, más bien ocasiones indiferentes in concreto, al fin.

Me explicaré con un ejemplo. He aquí un hombre que quiere conseguir un fin, que vamos a suponer muy bueno y elevado para que la liberación se vea más patente. El cree tener una vocación intelectual, investigadora, política y dirige su vida a llevarla a cabo exogitando los medios que el cree mejores. Este hombre que incluso puede ser un buen cristiano, vivirá obsesionado, atado y dependiente de este conjunto de medios que él ha ido construyéndose para conseguir su fin. Estos medios son su partido político, su secretaría particular, su biblioteca personal, su laboratorio privado, sus amistades internacionales, su familia de sangre o su comunidad sobrenatural.

Su trabajo será eficaz, su labor buena; pero si no ha conquistado todavía la verdadera libertad de los hijos de Dios estará de tal manera apegado a aquellos medios, que cualquier desaparición de ellos perturbará todo su ser.

Más aún, este hombre está atado no solo a los medios que él cree indispensables para su fin -y que ciertamente lo son para el fin, tal como él lo ha concebido-, sino que está también atado al mismo fin concreto de su vida por noble y elevado que sea.

Este hombre quiere los medios solo como medios y quiere a este fin suyo concreto y personal, solo porque cree que ésta es su vocación y la manera precisa como da gloria a Dios y colabora al advenimiento de su Reino.

Pues bien; puede darse que este hombre no posea la libertad de los hijos de Dios, si está apegado a todo este conjunto de cosas, si las quiere directamente en lugar de querer como último objeto de su voluntad la misma voluntad de Dios. Me explicaré: este hombre quiere a aquel conjunto de cosas porque cree que es querido por Dios, porque cree que esto es lo que Dios quiere y exige de él; pero una vez verificada esta comprobación, deja de querer directamente la Voluntad divina para querer aquellas cosas que él cree que Dios quiere.

Y aquí está el momento decisivo de la vida interior. No se trata de que ya no quiera, ni se interese por aquel conjunto de ocupaciones, medios y fines que lleva entre manos -este es el peligro de la falsa espi

ritualidad- sino de que quiera siempre la Voluntad de Dios actualizada de una manera humilde y dinámica, de manera que no solo admita que Dios puede, queriendo lo mismo, querer ahora, para nosotros, otra cosa, sino que quiera siempre la misma Voluntad de Dios directamente que sabe lo que nos conviene, que sabe como debe ser nuestra correndención y cuyos caminos no son los nuestros.

Aquí habría que recordar aquel dicho ascético tradicional, que quien no adelanta retrocede. Existen muchas almas que poseen un concepto excesivamente estático de la Voluntad divina y habiendo hecho un esfuerzo por acomodar la suya a la de Dios, se olvidan que este esfuerzo debe ser constante, pues aunque la Voluntad de Dios es siempre la misma e inmutable a nosotros solo nos está concedido ver un intervalo temporal de ella, una fracción de la misma.

Pues bien, la verdadera libertad de los hijos de Dios nos confiere el señorío máximo con respecto a nuestra vida, a nuestra personalidad y a ese conjunto de ocupaciones en las que nosotros hacemos consistir el sentido de nuestra existencia, pero que nos atan insensiblemente a una actividad que no deja de ser un simple accidente de nuestra substancia.

El cristiano liberado por Cristo está siempre disponible, se mantiene perennemente joven y posee toda

su vida esta virginidad de espíritu que le permite lanzarse a cumplir siempre nuevas y más altas tareas al servicio del Señor. Estas son las piedras de toque de la libertad cristiana.

Esto no quiere decir que no pueda haber estabilidad ni continuación en una tarea determinada. Si Dios quiere que yo realice una determinada labor no me negará los medios para llevarla a cabo; pero esta continuidad no puede demostrarse a priori, ni se debe vivir nunca sobre la tierra. Mi libertad es mi mayor bien. Por eso aun en una labor continua yo renuevo mis votos de día en día, como reza el salmo y le entono al Señor con mi trabajo todos los días el cántico nuevo de mi actividad y de mi existencia.

Esta libertad posee un solo enemigo de envergadura: mi voluntad propia. Asî como el amor propio es el máximo obstáculo para el progreso interior, la voluntad propia es su manifestación en este punto. Como su mismo nombre indica son una misma cosa: el amor propio y la voluntad propia: la alta estima de uno mismo con olvido de nuestro carácter de criatura, de instrumentos, de seres contingentes, de hijos.

En virtud de un cruzamiento muy curioso esta voluntad propia suele estar fundada en ideas propias, es decir en una falta de humildad de la inteligencia. Por eso suele darse no a los comienzos, sino hacia la segun-

da mitad de la vida interior, cuando uno empieza a apoyarse en su propia experiencia y a mirar hacia atrás con una cierta perspectiva. (Si no os hacéis como los niños...).

Las ideas propias hacen que yo considere esto y lo otro como lo más adecuado para mi, o lo más apto para mi misión. Y entonces, ocurre la paradoja, que esta ciencia propia me encadena en sus mismas conclusiones y pierdo la verdadera libertad de hijo de Dios, que aun pensando y teniendo opiniones, éstas nunca dejan de ser funcionales y simples conclusiones de la misma Voluntad divina.

¿Cuál es el camino para esta libertad?. Con otras palabras, ¿cómo puedo identificar yo mi voluntad con la voluntad de Dios? ¿Cómo puedo conquistar yo esta libertad a la par que esta omnipotencia, pues la Voluntad de Dios lo es?.

La respuesta es simple y unívoca; aunque sea de las más difíciles de comprender, pues expresa la mayor profundidad del mismo Misterio de Cristo: <u>la obediencia</u>.

No basta hacer el propósito de unificar nuestras voluntades; sino que hay que ponerse en camino, hay que querer lo mismo que Dios quiere, hay que amar lo mismo que Dios ama, hay que hacer lo que El quiere

que yo haga. Pues bien, su Voluntad no es una afirmación abstracta, ni una formulación general, su Voluntad es una cosa muy concreta que pide de mi una sola cosa en cada instante y esta sola cosa -pequeña porque cada momento no dura sino este mismo segundo- me viene revelada por la obediencia.

No vamos a ocuparnos ahora de ella, ni siquiera a definirla, sino solo a consignarla como la fuente y el camino de la libertad cristiana.

Por la obediencia configuro yo mi voluntad a la divina y por ella tengo la garantía de que no me busco a mi mismo, sino solo a Dios. Es al vivir la obediencia que emerge pujante la conciencia de cumplir la Voluntad de Dios y es entonces cuando uno empieza a ser libre.

Libre, no estoy atado a nada; no dependo de nada, los medios son verdaderamente medios, esto es, servidores para que yo cumpla un fin; un fin que no está en la misma línea de los medios -esto hay que entenderlo bien- sino que le es trascendente.

Un ejemplo banal lo aclarará: una pluma es un medio para escribir, como un pincel un medio para pintar. Cuanto mejores sean, mejor parece que será lo que se escriba o lo que se pinte. Unos buenos instrumentos facilitan la consecución del fin. Ahora bien, el fin, el fin existencial y verdadero no es la escritura o la

pintura, sino lo escrito y lo pintado que habrán sabido acumular no solo la materia, sino también el espíritu, la intención, el sacrificio y el vencimiento propio del escritor y del pintor. Para este fin, acaso -no se puede decir a priori, sino que depende precisamente de la Providencia, es decir de la Voluntad de Dios- acaso sea más conveniente un instrumento material imperfecto que unos medios instrumentales impecables. No es ninguna casualidad extrínseca que los mejores inventos, las mejoras obras y las creaciones artísticas y científicas más geniales se hayan creado en condiciones externas muy poco óptimas.

El mismo tiempo ofrece un ejemplo muy aleccionador. El tiempo es, evidentemente, un medio para cualquier actividad, pongamos para un examen, para un estudio, para realizar cualquier trabajo. Ahora bien, desde un punto de vista meramente natural existen condiciones óptimas para la realización de una labor. Quien no posea la libertad de los hijos de Dios será dependiente de estas condiciones, de tal manera que no empezará ni siquiera su trabajo si aquéllas no se dan. El cristiano libre, en cambio, lo aprovechará de una manera superior, porque el tiempo habrá dejado de ser un medio para convertirse en una simple ocasión.

Libre, Señor; no quiero nada más que lo que tu quieres y como tu lo quieres. No quiero esto a lo otro, si-

no lo que tu quieres. Y esto de una manera terriblemente concreta y pequeña: No quiero ser sabio, sino lo que tu quieras, no quiero saber esto o lo otro, sino lo que tu quieras, no quiero decir la Misa aprisa o despacio sino como tu desees, no quiero este libro o aquel otro, sino como tu quieres, no quiero oir música o dejar de oirla, dormir o sufrir insomnio, estar sano o sufrir enfermedad, Señor no deseo triunfar o fracasar, sino lo que tu quieras, no deseo tener buenas notas o gozar de prestigio y honra entre los míos, sino lo que tu quieras. No aspiro a escribir Teología sino lo que tu quieras, no me inclino al campo o a la ciudad, a esta vida o a la otra, a esta actividad o la otra, sino a lo que tu quieras. Mi alimento es hacer la Voluntad de mi Padre dijiste una vez y el celo de tu casa me consume repetiste otra. Enséñame, Señor a ser libre de todo; no por la anulación budística de todo deseo, sino por una pasión encendida por tu Voluntad, por tu Voluntad simple, escueta, tajante, desnuda, divina que nos lleva seguros en tiniebla de fe y en amor de esperanza. "Fiat, laudetur, adimpleatur et super omnia exaltetur, iustissima et amabilissima Voluntas Dei; amen, amen" (Padre).

Si scires donum Dei...

(340)

Si yo conociese el don de Dios, si yo me diese cuenta de la dádiva divina, si yo fuese consciente de la gracia, y de una manera muy concreta, Señor, si yo supiese, o más exactamente, si yo creyese lo que tu quieres hacer conmigo, lo que tu piensas de mi, lo que tu te has propuesto al hacerme partícipe de tu misma naturaleza, al darme la existencia integral cristiana, si yo tuviese un grano de fe, una migaja de esperanza y otro poco de caridad, no te pondría entonces, Señor, resistencia alguna, no querría andar mis caminos, no buscaría sustentarme a mi mismo, ni me reservaría nada, Jesús, sin entregarte.

Dame, Señor esta fe. Si yo conociese el don de Dios, si yo me conociese como don de Dios, si yo reconociese mi dignidad y mi categoría, no andaría mendigando a las criaturas un poco de reconocimiento.

Señor yo tengo sueños y ambiciones que voy a suponer buenas y nobles; pero esto no es nada en comparación de la realidad que me espera si te soy fiel. Realidad no solo allá en el otro mundo, sino ya en este, pues la verdadera vida cristiana no es sino ya un comienzo de la vida perdurable.

El don de Dios eres, Señor, tu mismo; tu mismo, tu Espíritu Santo es tu dádiva, tu don que das a los hombres.

Hazme Señor conocer este don, conocerte a tí, conocer al Gran Desconocido.

Hay un camino: la entrega, la fidelidad constante y permanente a tu gracia, a tu voluntad.

Permíteme, Señor, colocarme un momento en tu puesto y dime -la oración es audaz- si me acerco algo a la realidad.

Colocarme en tu puesto, digo, y ver a un pobre hombre, a un pobre pecador a quien tu has redimido, a quien tu has llamado por su nombre y hecho tuyo, y que se esfuerza en ser bueno a su manera, en seguirte a su modo, en interpretar tu voluntad. Qué pena, Señor, aquel hombre que cree aspirar a lo más grande que dar se pueda y solo aspira a lo que vislumbra, cuando tu has dispuesto cosas mayores para él.

Aquí está este hombre -yo, tú, cualquiera- que todavía quiere por su cuenta. Se ha esforzado mucho en saber <u>lo</u> que tu querías para quererlo él, lleno de buena voluntad pero de orgullo escondido. No quería renunciar a su querer. Quería querer <u>lo</u> que tu quieres; pero se resistía a querer tu mismo querer, tu escueta voluntad.

Hombre de poca fe y de minúscula esperanza; escucha un momento: Tu quieres ser feliz y ser sabio y ser santo y ser muchas cosas más... Oye, yo quiero para ti más, mucho más que todo esto, yo quiero para ti el cielo y la tierra, la honra y la gloria. Hombrecito pecador y mezquino aunque te crees más o menos bueno, yo quiero para ti -no te ensoberbezcas porque ahora te lo digo, para evitar el orgullo solo lo puedes comprender bajo el enigma de la fe- yo quiero para ti la misma vida divina yo quiero que tu llegues a ser Dios, que tu te identifiques con mi Hijo muy amado y que siendo una sola cosa con El, seas eternamente mi tu.

Tu todavía no lo entiences, cristiano engreído, pecador tonto, tu aun no lo comprendes. Tu quieres ser feliz y ser santo y yo te quiero Dios, si, yo te quiero asociar, meter en mi misma vida intratrinitaria. ¿No te das cuenta de la blasfemia que representa tu negativa, de la locura que significa que rechaces mi gracia, que desoigas mi voz, que te contentes con no ofenderme sin parar mientras que estoy golpeando a tu puerta y que te invito a cenar conmigo?.

Hombre necio, <u>si scires donum Dei</u>...

Y este don -te repito- aun aquí en la tierra soy yo mismo. Este don no es que tengas éxitos, no es que goces de grandes consuelos, este don no es que puedas lle-

var a cabo lo que tu solo entrevés a medias y que constituye tu misión sobre la tierra solo muy imperfectamente, este don soy yo mismo. ¿Por qué quieres aferrarte a tu criterio? ¿Por qué pretendes marcarte tu mismo el camino? ¿Por qué te atreves a conocer el futuro como si lo que hasta aquí tu has conocido como mi Voluntad pudiera extrapolarse a tu antojo?.

Si scires donum Dei...

Hombre, que aun no tienes el deseo suficientemente grande y puro para desearme; cristiano que deseas mis dones, mis regalos, mis consuelos, mis bendiciones, pero que aun no te atreves a desearme a mi mismo y por eso caminas ansioso, distraído y atolondrado por el mismo camino de la perfección, criatura humana, si conocieses que el don de Dios no se distingue de Dios mismo, si creyeses de veras como balbuceó un poeta pagano y repitió mi Apóstol que eres de la raza de Dios, si scires donum Dei, no sería tu existencia tan torturada, tan infecunda, ni tan minúscula.

Deja tu criterio a un lado, deja tus deseos a la vera del camino, aparta los obstáculos todos y entrégate de veras, es decir totalmente, sin restricciones, sin reservas... Y entonces pídeme el agua viva que mana hasta la vida eterna...

x x x

Señor, este ha sido nuevamente mi pecado. Con la misma excusa del servicio a tu Iglesia o a tus almas me olvidaba de ti. Mejor dicho no me olvidaba de ti, pero casi casi te trataba como a un medio, como a un medio para realizar lo que yo creía ser mi misión y aun tu voluntad. Y ciertamente era ambas cosas; pero antes, mucho antes estás tú, simplemente tú.

La contemplación no puede ser un medio para la acción, a pesar de serlo. Quiero decir que no podemos cultivarla en nuestra intención como un medio para la actividad cristiana. Una contemplación utilitarista se vuelve contra ella misma y deja de serlo para convertirse en una blasfemia.

Yo no puedo, ni debo tratar y contemplarte porque lo necesito para mi vida apostólica o para mi vida espiritual, o aun para mi salvación. Yo debo contemplarte porque sí, porque te contemplo, porque te amo, porque te quiero a ti, porque convivo contigo, porque tu eres mi Dios, mi Cristo, mi Jesús.

Intimidad contigo, Señor, conocimiento de ti, de tu don propio a mi alma en la que quieres hacer tu misma morada. No te estorbo, establécete, asiéntate en ella.

Mane nobiscum, Domine, porque ya es tarde, porque ya mi vida declina y va de capa caída, porque ya lle-

ga el crepúsculo, el crepúsculo de un día sin ti, para renacer mi vida, para el nuevo día que aun perdurará sobre la tierra durante los años que quieras, porque habrás renovado mi juventud como las águilas.

Serenitas romana

(341)

Es muy curioso, y tengo mucha alegría de que ello sea así, en que a pesar de mi temperamento, mis circunstancias particulares y la misma realidad, mi primer escrito sobre Roma sea un canto de alabanza -con el doble afán, de ensalzar y de aprender- a la serenidad romana.

Roma es serena. No voy a precisar el sujeto, sino que me extenderé solamente sobre el predicado. No puntualizo en si el sujeto es la ciudad o son los romanos, o es el Quirinal o el Vaticano, las Congregaciones, el Papa, la población clerical adyacente o simplemente el ambiente romano. Quede esto para otra ocasión.

En Roma se respira un ambiente de serenidad. Tampoco voy a decir si esto es bueno o es malo, y no voy a tachar de inconciencia y de indiferencia senil el no vivir en el torbellino de otras ciudades europeas. Un mundo entero fermenta, un mundo se retuerce en dolores de parto y en estertores agónicos y aquí en Roma se sabe más o menos; pero no se toman las cosas tan a lo trágico, ni se les presta a los acontecimientos tanta importancia, ni mucho menos tanta urgencia.

Todo esto plantea un conjunto de problemas muy serios y muy graves en los que no deseo entrar ahora. La serenidad a la que me refiero es más profunda, más discreta y sobre todo más personal. No es tampoco que yo haya aprendido en Roma a tener mayor serenidad, sino que creo captar en el ambiente romano una serenidad que quisiera describir y que desearía también asimilar dentro de una determinada medida.

Roma irradia serenidad; una serenidad desconcertante muchas veces, hasts que no se capta su profundo sentido.

Creo descubrir una doble causa de la serenidad romana. La una es del orden natural y la otra pertenece al sobrenatural.

La primera causa es, un temperamento naturalmente sereno. Esta serenidad es una manifestación de salud, de salud espiritual e intelectual. Aquí se aprende a no dar excesiva importancia a las cosas, a no tomar los acontecimientos por su aspecto trágico.

No conozco Grecia, ni Atenas; pero puedo asegurar que la tragedia en Roma no pasó nunca de ser un espectáculo interesante. Nada hay irreparable. Nada se vive como definitivo. Nada tiene tanta importancia como para que no lo pueda remediar un gesto elegante o una frase feliz. Creo que Nietzsche dijo una vez que los

griegos fueron superficiales porque fueron profundos. Opino que este pensamiento se deja aplicar aun con más rigor a Roma.

Roma es serena porque es superficial y no toma nada en serio. Pero es superficial no porque sea frívola, sino porque es profunda, porque por una cristalización de su historia o por una disposición de la Providencia, vislumbra y presiente que nada hay sobre la tierra que valga la pena de ser tomado en serio como algo definitivo. En términos metafísicos y aun teológicos podría decirse que aquí existe una postura sapiencial innata que siente que mientras el ser camina hacia su término, que mientras el universo marcha hacia su meta, que mientras se está en camino, tomar lo variable, lo contingente, lo provisional y lo itinerante por terminado, absoluto y definitivo es un error y una postura poco cómoda y elegante.

Esto no significa escepticismo o relativismo. Así raciocinaría una mente germánica que absolutizase aquella misma postura relativa. En Roma unos creen y otros no creen, unos son escépticos, otros racionalistas y los de más allá exaltados; pero parece existir un común denominador de serenidad. No me refiero a la cultura italiana, a su novela actual, por ejemplo, sino a este ambiente que yo encuentro flotando en Roma.

Roma cree que las cosas siguen su curso, bueno o malo, libre o inevitable; pero siguiendo su curso. En

Roma se siente que las ideas y la historia y la política y aun la misma vida de la Iglesia tiene un ritmo, un ritmo acelerado o lento, variable según nuestro esfuerzo o inmutable a pesar de nuestra acción, pero un ritmo al fin y al cabo.

Esta serenidad puede ser alegre o melancólica, diría yo que exaltada o taciturna; pero aun en su misma exaltación es serena, como un viajero cualquiera de trancía que se enfada, chilla e insulta al cobrador o a otro viajero que le ha pisado o le ha empujado; pero sin perder nunca la serenidad suficiente como para olvidarse que sería muy incómodo tener que pegarse: a las manos no llegarán; esto sería perder la serenidad; lo otro pertenece al buen tono de las gentes de mal tono; pero a la postre romanos.

La segunda dimensión de esta causa de la serenidad romana me parece existir en el orden sobrenatural. Indiscutiblemente el catolicismo ha forjado Roma. Podrá ser un catolicismo ardiente o decadente, lleno de fe o mezclado de impurezas; pero Roma, ciudad, ambiente, clima espiritual positivo y negativo, etc,, es Roma porque en ella habita y actúa el Vicario de Cristo sobre la tierra. No tiene pues, nada de extraño que lo cristiano haya penetrado hasta este mismo ambiente romano que intento detectar en una de sus características.

La causa sobrenatural de esta serenidad romana

es la vivencia, ambientalmente difuminada, de que una sola cosa es necesaria y que en consecuencia todo lo demás es accidental. Ciertamente esta cosa necesaria es dependiente de un conjunto de factores concretos, humanos y pequeños; pero tampoco hay que olvidar que es trascendente y que, como en los sacramentos, allí donde no llega la eficacia instrumental del ministro, suplet ecclesia.

No toda entrega a Dios tiene como efecto esta serenidad romana. Lo que ahora se subraya es la dirección inversa, a saber que la serenidad romana es fruto de una entrega sincera y personal a Dios que hace considerar todas las demás cosas con una cierta displicencia. Otra espiritualidad cristiana verá los nexos existentes entre estas cosas y lo único necesario. La serenidad romana ve lo único necesario en su pureza ultra y supraterrena y por esto tratá todo lo creado con esta serenidad señorial no ausente de elegante displicencia e indiferencia.

Esta serenidad acaso quede un poco mejor delimitada no sólo si buscamos sus causas, sino si describimos sus efectos.

He aquí algunos de ellos:

En primer lugar la calma y la paciencia. Los asuntos romanos van despacio y se comprende que así deban ir; pero no me refiero ahora exclusivamente a los ne-

gocios de la curia vaticana. Todo el ambiente romano es de calma y de paciencia, no tanto exteriores, como interiores.

No es que en Roma las decisiones se mediten con más fuerza o más intensidad, sino que se toman con más tiempo y más calma. Acaso el tiempo ha sido un buen sustituto del pensamiento y por sí solo ha dado la respuesta ahorrando un estudio enojoso y una intensidad fatigante.

El factor tiempo pertenece a la serenidad romana. XXV siglos de Historia están patentes en la Urbe y ellos por sí solos pesan en el ambiente. Cada uno ha dejado su huella; ninguno ha pasado en balde; pero todos han ido desfilando. El futuro no le está a Roma garantizado; pero mientras Roma exista no perderá su serenidad. Acaso vuelva a las catacumbas o camine hacia el destierro; pero lo hará con la serenidad de quien sabe que no se ha perdido nada y de que cambia de mansión -que ya estaba un poco vieja- para que se la renueven y embellezcan, puesto que tarde o temprano regresará a ella.

Esta calma engendra la paciencia. Acaso hayan aquí restos de estoicismo. Roma es serena porque no pierde la paciencia. No vale la pena. Si se pierde una cosa se gana otra y si se pierden las dos queda un buen día de sol, un paseo agradable o una noche fresca y cuajada de estrellas.

En segundo lugar -y en conexión con el primer efecto- la serenidad romana es causa de un eclecticismo especial.

La serenidad romana se las compone para hacer compatibles cosas que en cualquier otro lugar del mundo no lo sería. Un espíritu latino -español, francés, etc.- aparte del romano verá paradojas; un temperamento germánico incongruencias; una visión anglosajona, inconexiones; mientras que en Roma todo parecerá muy lógico y muy natural; sin escándalo de ningún género.

No es solo el caso del comunista creyente, o del prelado sin fe o de vida irregular, pero buen comunista el primero y relativamente buen prelado el segundo; sino que se trata sobre todo de una compatibilidad que no comporta necesariamente infidelidad a alguno de los dos principios incompatibles entre sí. No es infidelidad, ni tampoco eclecticismo porque no aspira a construir ninguna síntesis. Es, simplemente, una convivencia serena de principios que llevados a sus extremos serían antagónicos, pero que precisamente por esto no se llevan a sus últimas consecuencias, sino que se aceptan y abrazan en una cierta validez superficial que permite las conllevancias objetivamente más dispares. Pero la objetividad es un pecado "tedesco".

Los ejemplos arquitectónicos son palmarios.

En Córdoba chocan dos culturas y dos religiones y la antigua mezquita se convierte en Catedral. En Constantinopla ocurre el caso inverso. En Roma, en cambio conviven pacíficamente el templo cristiano y el pagano. Ciertamente hubo también la fusión; pero entonces más bien hubo desaparición del templo pagano primitivo que no transformación cristiana. Y ahora, la cárcel Mamestina, el Foro romano, el templo de las Vestales, Santa María in Cosmedin y las Basílicas romanas con obeliscos egipcios, columnas paganas o pedestales marianos, forman una cierta unidad inconfundible que expresa arquitectónicamente esta serenidad del espíritu romano que sabe conjugar, no diría yo armónica, sino serenamente los más distintos estilos de vida.

Más patente aparece aun este carácter -repito, que no es de simple compromiso o de transigencia, sino de serenidad en el hecho culturalmente importante, e imprescindible para entender su significado, que la Iglesia predique y recomiende oficialmente un tomismo gótico, medieval y teológico, desde unos púlpitos y en unas basílicas, renacentistas, antimedievales y humanistas con sibilas, desnudos, baldaquines, columnatas y techos que se han pintado, proyectado y construído como una negación, superación y abandono de las formas de vida que refleja y que recomienda la Summa Theologica.

Hace pocos días escribía a un profesor de len-

gua alemana que ha construído toda una teoría de exége-sis tomista fundada en la autoridad que al Santo de Aquino le confieren los documentos pontificios, que acaso desde su lejano mirador les había atribuído un carácter de ex-clusividad que ellos mismos no quieren suponer. De la mis-ma manera que cuando un predicador ensalza las glorias de un misterio de Cristo o de María o las de un santo cual-quiera se esforzará en demostrar que su tema o su santo bajo un determinado aspecto es el más saliente y el más importante en toda la vida cristiana, así análogamente -mutatis mutandis- cuando la Iglesia ensalza a Santo To-más no condena las basílicas renacentistas -y todo lo que ellas llevan consigo, a pesar de que el Diuus las hubiese repudiado- ni tampoco quiere con ello anatematizar (y así lo dice explícitamente) a los demás doctores escolás-ticos y padres primitivos.

¿Entonces -preguntará una mente que desconozca este ambiente romano- qué es lo que queda de Santo Tomás, si al mismo tiempo se me dice que puedo seguir a Suárez, a Scoto y aun a San Buenaventura, Hugo de San Víctor y a S. Agustín y Dionisio el Areopagita?. Excepto la fe ca-tólica lo que unos aceptan es negado por otros. ¿Significa entonces que la recomendación del tomismo no tiene ningún valor o es una simple medida disciplinar para el método en la enseñanza de los seminarios?. Tampoco. Hace falta comprender lo que Roma quiere decir y para ello hay que

escuchar con menos pasión y afán de consecuencias, hay que atender más serenamente. La Iglesia romana habla un lenguaje sereno e iba a decir vulgar, obvio a primera vista, sin recónditos y profundos sentidos. Cuando alaba y recomienda a Santo Tomás simplemente lo recomienda y alaba; sin que ello signifique ni más, ni tampoco menos de lo que sencillamente dice.

Acaso se deba a esta misma serenidad romana la compatibilidad, tan escandalizante para ciertas mentes de tendencias puritanas, que la misma Iglesia romana ha encontrado entre el poder político y el espiritual. Sin llevar las cosas a sus extremos hay que reconocer que Roma lo ha sabido hacer maravillosamente. Imaginémonos esta misma unión de poderes en otra ciudad del mundo y notaremos en seguida la diferencia. Es instructivo darse cuenta que la misma Roma pontificia y política nunca ha tenido la iniciativa de las Cruzadas.

Acaso algunos a esta serenidad la llamarán sentido común.

No se puede negar que la política de los Estados Pontificios fué siempre una política serena y que solo esta serenidad -que no significa ausencia de error, ni de pasión, ni de dureza, ni de miopía- hizo posible que el Poder político no desplazase completamente al Poder espiritual y que otros poderes políticos que en cuanto tales trataban a Roma en plan de igualdad -y de

rivalidad, en consecuencia- reconociesen, sin embargo, su supremacía espiritual y religiosa.

La serenidad romana produce, a mi modo de ver, un tercer efecto muy especial, junto a la calma y a la compatibilidad mencionadas, a saber una determinada prudencia. Una prudencia, en efecto, que no tiene en cuenta las consecuencias de sus acciones y decisiones a largo plazo, sino que mira ante todo los resultados inmediatos preocupándose ante todo del aspecto personal y protocolario, con la característica peculiar que luego resulta la solución mejor para un plazo superior al previsto por el intelectual prudente.

Un ejemplo aclarará lo que quiero decir. Aunque se toma de la política religiosa vaticana no me refiero solamente a ella, sino a una situación espiritual aplicable también a otra clase de circunstancias, familiares, personales, etc.

En una diócesis, o aun en todo un territorio, existe un determinado problema grave que el Vaticano podría solucionar con relativa facilidad, pero para esto tendría que actuar en contra de un cierto obispo, ministro o cualquier otro alto personaje. Generalmente, en contra del parecer de los que se llaman intelectuales y celosos por el bien de las almas, el Vaticano decide simplemente esperar la muerte, la caída, el traslado o

el cambio de mente de aquella persona, sin procurar, por otra parte, hacer nada positivo por remover el obstáculo. Si mientras tanto la situación es penible o acaso aun escandalosa o perjudicial, la Iglesia romana responderá, paciencia. Evidentemente, el mal se agrava y parece que esta praxis sea miedo, comodidad, falta de celo por el bien de las almas, respetos humanos o aun cobardía de enfrentarse con obstáculos serios. Y no obstante la política vaticana suele ser ésta. Las causas inmediatas pueden ser múltiples y variadas; pero las causas más remotas proceden de esta serenidad romana que casi naturalmente confía más en la Providencia por sus propios medios que intervenir más o menos violentamente.

Esto no significa que el Vaticano actúe en todos los casos de esta manera y que esta sea su consigna; pues hay momentos en que la intervención, del tipo que sea, se hace un deber de conciencia; sino que quiere describir un estado de ánimo que se traduce en una prudencia especial que no es la simple prudencia de la carne, aunque no sea una prudencia de la inteligencia, sino que es una prudencia humana y serena a la que es muy posible que en muchos casos se añada una prudencia infusa del Espíritu Santo. Pues, en efecto, esta práctica a primera vista miope y poco inteligente, se revela a mayor alcance como la más eficaz y prudente. Se evita la menor falta de respeto a las instituciones, no se hiere la estabilidad y la dignidad de las mismas y aun de las perso-

nas, se da una prueba de confianza en los hombres y en la Providencia, se evita toda sensación de provisionalidad, de ensayismo, de falta de confianza en el curso de los acontecimientos, etc., y sobre todo se da lugar al desarrollo y localización del mal y al mismo tiempo del bien; las almas buenas, rezan y se mortifican, los hombres de acción toman sus medidas, preparan el terreno, abonan el campo, etc. Estos acaso refunfuñen o critiquen que no se les ayuda desde arriba, que si se les echara una mano no tendrían que trabajar tanto y de aquella manera; pero olvidan que su acción, preparación y sufrimiento son más fecundos que cualquier intervención de la autoridad y que así se va acercando al Reino de Dios...

Otro efecto emparentado con el anterior es una oportunidad sui generis. En Roma se aprende no solo a tener calma y paciencia, a dejar que las cosas se resuelvan, a esperar a secas, sino también a esperar la mejor oportunidad.

Es muy instructivo observar el empleo de este término en el ambiente teológico romano. Se dice muy a menudo de una doctrina, de una opinión, de un libro o aun de una persona que no es oportuna. No se dice que la idea sea falsa, que la doctrina sea herética, que la persona sea mala, sino simplemente que le falta oportunidad; es decir, que en la constelación determinada en la que aparece no es bienvenida, no resulta cómoda, porque diga

una verdad demasiado escueta, porque perturbe la mente de algunos, porque resulte personalmente antipática a determinado personaje con influencia, o lo que sea.

Hay que saber buscar la ocasión más propicia. Esta oportunidad puede ser buena o mala, se puede abusar de ella, se puede tener o no tener razón, etc. Ahora interesa solamente consignar su presencia.

En el ambiente romano flota la preocupación por la oportunidad y se busca en todas las ocasiones.

Esta preocupación es fruto de la serenidad con que se miran las cosas. Un intelectual está, por ejemplo, apasionado por su idea, solo piensa en ella, solo se fija en ella y no trasciende su esfera personal para colocarse en la situación de los demás y darse cuenta si están preparados para recibirla, si les gustará, si la entenderán, si la aceptarán, etc. La visión serena que se aprende en Roma lleva consigo valorarlo todo y junto al valor Bien, Verdad, Belleza de cualquier manifestación humana no se pierde de vista el tiempo, el ambiente y las personas a las que aquellos valores puros quieren ofrecerse.

Esto lleva consigo un último fruto de la serenidad romana: la preocupación -que en otros ambientes parecerá excesiva- por la elegancia y el cultivo de la forma. Es un corolario de la oportunidad. Por medio de

las formas y de la elegancia de las cosas se encuentra una buena acogida para el fondo de la cuestión. Un hombre bien vestido tiene más puertas abiertas que otro mal trajeado; una forma elegante, en cualquier esfera, tiene una mayor fuerza de penetración y más difícilmente es inoportuna.

La serenidad elimina la prisa y con ella la mayor causa de las formas incompletas y de las precipitaciones que impiden la elegancia en los hechos o en los dichos.

No se trata solamente de una elegancia externa, sino también interna, de una cierta finura espiritual que aquí se valora acaso tanto como el contenido. Existe también una cierta educación del espíritu. Hay cosas que no se pueden decir mas que de una determinada manera, hay ideas que no deben ser expresadas nunca, aunque se piensen y aun se pongan en práctica.

Introducción a la historia de los Concilios

(342)

Si la historia es maestra de la vida como desde Cicerón se viene repitiendo, la historia de aquellas reuniones en las que la Iglesia de Cristo se congrega bajo su jerarquía organizada para ejercer una función explícita de Magisterio, será doblemente maestra de la vida.

Una de estas enseñanzas, acaso no la menos importante y sí frecuentemente olvidada es la lección de humildad cristiana, intelectual y vital que nos da la historia de los Concilios.

No quisiera ahora referirme a la maravillosa y apasionante aventura que nos hace revivir la historia de cada Concilio al descubrirnos los meandros, los obstáculos y las dificultades que tiene que superar la verdad antes de nacer a la faz de la Iglesia universal revestida de un ropaje dogmático. No me refiero, ahora a las lecciones de humanidad, sino a una positiva y nuclear enseñanza de Teología que se desprende de la historia de los Concilios.

De la historia de los Concilios, repito y no de las enseñanzas formales de los mismos. Su historia co-

mo tal, contiene una enseñanza teológica que desearía formular. Para ello acaso convenga proceder en espiral. Rogaría que se leyese de una vez el párrafo que sigue y que se interprete en su conjunto en función de lo que se quiere decir, única forma de entender las distintas frases aisladas.

La Historia de los Concilios nos muestra que ningún Concilio agota la verdad, que ninguno pretende dar una exposición definitiva y completa del dogma cristiano. Cuando los primeros Concilios ecuménicos repetidamente dicen que han elaborado una fórmula de fe intocable y definitiva son corregidos el uno por el otro y cada uno de ellos emite una fórmula de fe que no ha hecho caso del consejo del Concilio anterior, aunque a su vez dirá que a él sí debe hacérsele caso. Esto no significa, evidentemente, que haya mutaciones substanciales, sino que hay tan solo perfeccionamiento de las fórmulas e iluminación de aspectos antes escondidos en la penumbra.

Y aquí empieza -y sigue el párrafo único- la lección de la historia conciliar. Ningún Concilio pretende agotar la fe, definir toda la verdad, formular toda la vida cristiana; sino que cada Concilio -sea ecuménico o parcial- tiene una misión histórica muy concreta y posee ante todo una función negativa de custodia del "depositum fidei" y guardiana de la verdade-

ra doctrina. No es ninguna casualidad que los Concilios adopten la fórmula negativa tantas veces y que utilicen el anatema como su expresión favorita. El Concilio no ha sido convocado para definir la Verdad, sino para defenderla, para custodiarla, aunque el resultado de su celebración venga expresado en definiciones dogmáticas y por ende verdaderas. El Concilio dice la Verdad, pero no dice toda la Verdad aunque implícitamente esté contenida en cualquier formulación dogmática. Pero la razón humana, ni siquiera ayudada por la fe, es capaz de deducir la totalidad de la verdad de donde estaba implícitamente contenida. Esta implicación es de un orden real superior.

Y de ahí se deduce -continuando el mismo párrafo- la enseñanza dogmática de la Historia conciliar. El Concilio quiere decir lo que dice y condenar lo que condena. Esto es evidente. Y de sus definiciones aprenderé yo cual es la mente de la Iglesia con respecto a aquel punto dogmático y solamente así, dejándome enseñar por la Iglesia penetraré en aquella intelección de la fe que es la meta inmediata de toda . Ahora bien, con ello ya se ha dicho en su aspecto inverso lo que se quería decir; a saber que nunca un Concilio, ni siquiera todos los Concilios, mientras la Iglesia peregrine sobre la tierra, contienen toda la Verdad dogmática explícitamente formulada. No me refiero al hecho claro de que siempre un Concilio puede formular dogmas nuevos o la misma Iglesia en la persona del Vicario de Cristo, sino al he-

cho de que la Fe cristiana, la Verdad de la Iglesia de Cristo supera siempre -sin contradecir nunca, esto es evidente- todas las definiciones conciliares.

La no es solamente la Historia de las definiciones conciliares. La Iglesia de Dios camina hacia su plenitud y puede muy bien darse que el planteamiento de un problema teológico candente en la actualidad no haya tenido todavía contestación adecuada en ninguna declaración oficial del Magisterio de la Iglesia.

Un ejemplo -y con ello concluiremos el párrafo único- acaso aclare lo que se quiere decir.

Es sabida la importancia excepcional que posee el Concilio de Trento para la doctrina católica de los sacramentos -y análogamente podría decirse de otros, del de Calcedonia, por ejemplo para la doctrina cristológica, etc.-; pero querer elaborar una teología sacramentaria completa e integral teniendo solamente en cuenta las definiciones tridentinas, con toda su implicación escriturística, evidentemente- sería un método teológico truncado y parcial. El Concilio Tridentino no quiere construir una Teología sacramentaria completa, sino que quiere defender la doctrina católica de los sacramentos, la praxis vital de la Iglesia, la vida sacramentaria de la Esposa de Cristo, frente a los errores, exageraciones, minimizaciones de los protestantes. Lo que dice el Concilio de Trento -y para ello la Historia del Concilio es

un auxiliar indispensable- tendrá que ser tenido, evidentemente, en cuenta al elaborar una sacramentaria; pero ni siquiera queda dicho que las tesis tridentinas sean nucleares y más substanciales que otras ya definidas en otros documentos o completamente silenciadas en las formulaciones oficiales.

No solamente la Historia de un Concilio nos enseña el sentido de la discusión y el significado de las fórmulas en virtud de un planteamiento concreto en el espacio y en el tiempo; sino que la Historia de los Concilios nos enseña la trascendencia de la misma doctrina de la Iglesia frente a sus propias formulaciones. La Iglesia no se define a sí misma porque no se limita a sí misma en los moldes de un concepto que podrá ser plenamente verdadero; pero que no agota la realidad viviente que intenta significar.

La Historia de los Concilios nos enseña que la Iglesia es viva, que la Jerarquía está siempre alerta y vigilante, que su doctrina supera cualquier formulación, que el perfil teológico del dogma se va gestando más y más con el crecer de la Iglesia militante hacia su estadio definitivo.

Con otras palabras: Cristo, ayer, hoy y siempre vivo para interceder por nosotros es el dogma central del Cristianismo y para cualquier elucubración teológica para comprender algún misterio concreto -o parcial-

del Misterio de Cristo hay que reunir ciertamente a las definiciones de un Concilio o de más de uno; pero éstas nunca deben desgajarse del Misterio Unico y total ya que lo que la Historia de los, Concilios nos enseña es que aquellas formulaciones surgieron, precisamente, para defender al cristo vivo en un aspecto determinado bajo el cual era atacado por los hijos de las tinieblas, ellos también instrumentos de la Providencia.

Cantate Domino

(343)

!Cantad al Señor un cántico nuevo! Es el cántico nuevo de mi existencia. La mayoría de las cosas son viejas y meras repeticiones: las horas, los días, las estaciones y los años, el sueño, la comida, el trabajo y el descanso, los propósitos, las caídas, el arrepentimiento y la flojera. Nihil novum sub sole!.

Mi existencia es lo único nuevo, inédito, irrepetible, por estrenar y nunca igual.

El cántico de mi existencia, hoy, Señor, es de acción de gracias; de gracias por las cosas grandes y las pequeñas.

Gracias, Señor, gracias porque me tratan así, porque me pasa esto, porque me encuentro en esta situación. Gracias porque no veo tus designios, gracias por el día y por la luz y más gracias aun por la noche y la oscuridad.

Gracias, Señor, por los detalles que tienes conmigo. Sí, es cierto tu haces salir el sol para mi, y llover para mí, y crecer aquella verdura y aquel animal y aquel pez, que luego yo comeré, para mí. Y todo

lo que sucede genéricamente a mi entorno tiene una perspectiva individual y encierra un mensaje personal tuyo íntimo y callado para mí solo.

Ya voy aprendiendo a entender el lenguaje de las cosas, tu revelación en las cosas. En todo me dices algo y al igual que los enamorados inventas detalles que pasan imperceptibles a los demás y que transportan la quintaesencia de tu amor y tu secreto para mi: el sacramento del Rey.

Perdóname, Señor, cuando no te he sido agradecido, cuando me he olvidado de darte gracias, cuando me he quejado con resentimiento, amargura y casi hasta rencor contra las circunstancias, las cosas o las personas. Perdóname, Señor, cuando he hablado de justicia -¿qué derechos tengo yo?- de atropello -¿tu vas a atropellarme o a permitir que atropellen, de verdad, a tu hijo?-, de miopía, de causas segundas y de todo lo que nuestra pequeñita razón nos pinta como verdadero.

Gracias por todo; por todo; por un ruido que me molesta -que me trae una melodía tuya-, por un hombre que no me comprende -que me hace crecer en la fe- por otro que me calumnia o me humilla -y me está al mismo tiempo santificando- por una incomodidad, por falta de medios, por todo lo que me cuesta y me duele; gracias, Señor.

Gracias, también, por todo lo bueno, por una sonrisa, por un pensamiento, por un libro, por un objeto, por una persona, por un poco de mantequilla y por otro poco de sueño. Gracias, Señor, por este día y por esta hora; por esta música y por aquel amor.

Gracias por ti. Y esta es mi y tu Eucaristía.

No nos dejes caer en la tentación

(344)

Mi querido hermano:

Voy a ser muy breve; pero me imagino que agradecerás mis letras.

"Bienaventurado el hombre que sufre la tentación" dice el texto bíblico y Jesús mismo habla de la poda que somete a los mejores sarmientos para que den más fruto.

No se trata de que caigas en la tentación o de que la resistas, sino de que las tengas. Y creo que este es precisamente su mayor fruto.

Tú, que llevas tantos años de servicio al Señor, que le has dado tantas pruebas de amor y que le sigues queriendo, te encuentras ahora como frío, separado, rechazado, incapaz, indiferente, desilusionado y hasta me atrevería a decir fracasado, derrotado.

Y lo que más te molesta es precisamente esto, que tu expediente no sea ya limpio, no porque hayas cometido una falta grave, sino porque parece como si te hubiesen pasado delante, como si ya no fueses a la cabeza y que lo que tu tantas veces has dicho

a tantos, te lo tengan que decir ahora a ti.

Te diré una cosa. No hay nada peor que el fariseo satisfecho de su virtud -¿acaso no tenías este peligro que ahora se ha eliminado de raiz?- nada hay peor que el justo seguro de si mismo, como si S. Pablo no hubiera ya advertido el peligro que tiene de caer. ¿Y no es cierto que tu si no te creías impecable, si por lo menos que te creías confirmado en la virtud y en un cierto nivel de vida espiritual?.

Ahora te das cuenta de que El no quiere que se vloríe delante de sí ninguna carne.

Ahora experimentar existencialmente lo que ya sabías teóricamente: que solos no podemos nada, que todo lo debemos esperar de El. Pero parecía como si tu supieses esperar. Y ahora la desesperación te está enseñando el verdadero camino de la esperanza en contra de toda esperanza.

¿No es cierto que tu rezo del Padrenuestro es ahora muchísimo más consciente?. No nos dejes, Señor, no permitas, no lo quieras tu, que caigamos en la tentación. Depende de ti. Sí, hasta hace poco creía que dependía también un poco de mi virtud adquirida, de mis méritos almacenados, de mi correspondencia, de mi libertad, de mi yo en último término. Y ahora me doy cuenta de que estoy en el aire, de que estoy vendido, de que todo depende de ti,

de que todo lo tengo que esperar de ti, de que tu quieras con voluntad eficaz. Y mi única postura es la de la esclava que está mirando la mano de su señora pronta a seguir su más pequeña indicación.

Meditatio Sancti Pauli

Act., XX, 13 sq.

(345)

Solo. Completamente solo, aunque los que le acompañaban le querían mucho. Solo, a pesar de los buenos cristianos de Miletos, Efeso, Cesarea, etc., que le tenían una afección que solo aumentaba su pena y afligía su corazón.

Lo había previsto todo, con esta previsión dolorosa del acontecimiento que se acerca, que se quisiera evitar, pero que no se puede, precisamente porque depende de su libertad y de la libertad de los demás.

El Señor le había dicho que tendría que sufrir mucho por causa de su nombre; pero no se imaginaba que fuese tanto; no sabía si el plus de sufrimiento que estaba pasando era por su impericia, por su imprudencia, por su falta de virtud, de tacto y de correspondencia. Y esta incertidumbre le hacía sufrir mucho más.

El Espíritu le empuja a ir a Jerusalén. La fase carismática de su vida toca a su término; su tercer viaje está ya prácticamente acabado. Ahora regresa, simplemente regresa, sin hacer otra cosa que regresar, saludando, confortando, consolando, pero sin iniciativa, sin ya más ca-

rismas. El último, la resurrección de aquel adolescente Eutiques en Troades ha sido su última gesta y le ha dejado muy cansado, espiritualmente cansado, como si hubiese agotado sus recursos carismáticos, como si dejase de vivir Cristo en él y volviese a tomar posesión de sí mismo; sin querer, en contra de su voluntad, pero forzado por el Espíritu que atado le conduce a Jerusalén.

Se ha volcado demasiado, se ha lanzado demasiado a fondo, ha hecho locuras de audacia y prodigios de fe, ha caminado demasiado libre, ha predicado demasiado paulinamente, su personalidad le ha traicionado.

!Ah sí!. Si ahora se repitiese la ocasión volvería a hacer lo mismo. Era la única manera de hacer penetrar la semilla en los corazones de los judíos embotados por el legalismo y en los corazones de los gentiles ahogados por el vicio y embrutecidos por el error. Había que romper la costra como fuese. Ahora ya está rota.

Pero en Jerusalén se ven las cosas de otra manera; desde el Templo se enjuician los actos muy diversamente. No es que allí reine un frío criterio jurídico, ni que sus hermanos del Apostolado no amen a Cristo. Acaso tengan razón, quizá posean toda la razón. Pablo ha sido un escándalo, uno de aquellos escándalos que Cristo dijo que tenían que venir. Pero !ay! también de aquel hombre por cuya causa vienen. Pablo no se ha dado, hasta ahora,

demasiado cuenta. Actuaba como poseído por el Espíritu de Jesús y se olvidaba de todo y de todos. Estaba muy unido a Pedro y a Santiago y a los demás; pero no lo parecía y no había dado esta impresión. No era de Pedro, ni de Apolo, ni de Pablo, sino solo de Cristo; pero daba la casualidad que aunque él no fuese de Pablo, era Pablo; y además, Saulo, aquel sobrevenido de quien se había desconfiado, aquel antiguo perseguidor que acaso conservaba todavía restos de resentimiento.

Ahora, subiendo a Jerusalén, se le agolpa todo a Pablo de una vez. Son imponderables, pero muy reales. Ahí está el ambiente general de unos y de otros que le quieren impedir que vaya a la cabeza de la Cristiandad. Hay una tensión entre las comunidades de Palestina y las fundadas por Pablo. No vaya a resultar que ha trabajado en contra de la unidad. Pablo sufre.

Y Pablo sufre en silencio. Aquellos buenos gentiles bautizados que le acompañan son unos ingenuos e inconscientes. El tampoco tiene derecho a defraudarles. Además no le entenderían. Estaban tan entusiasmados con él que creerían que en Jerusalén no reinaba buen espíritu o que los demás Apóstoles estaban equivocados. ¡Qué iban ellos a entender a la vieja y experimentada raza judía!. Eran dos mundos. El era el puente, el mediador. Y la comunicación solo podía hacerse con él, por medio de él, pasando por encima de él.

Le esperan muchas tribulaciones. Se lo dice el Espíritu y se lo predice Agabus. Lo que éste le anuncia: cadenas y cárcel le atormenta menos que lo que el Espíritu le ha dejado entrever: aquellas tribulaciones que le arrancarán el alma; pero él ha contestado diciendo que no va a preferir su alma a su yo. Y es su yo desnudo, entregado, solo, el que sube a la Ciudad Santa. El ministerio suyo de servicio y de la palabra ha terminado ya; lo que tenía que dar ya lo ha dado, el instrumento está exprimido, vacío. Ahora, a pesar de que en su mente bullen ideas, proyectos, revelaciones -que luego la Providencia se encargará aun de que escriba- ya no le queda nada por hacer, más que dar el testimonio de su yo.

Pablo se despide. Sé que no os veré más; yo que os he amado hasta el fin, yo que he recorrido pueblo por pueblo, casa por casa, corazón por corazón. Sé que se me acusará y por esto discretamente me defiendo: Estoy puro de toda sangre, de todo engaño. Ni siquiera os he sido una carga económica. Os he dado buen ejemplo y buena doctrina. Sé que vendrán lobos rapaces, envidias mortales, falsos hermanos, negras tra-iciones. Y no obstante me voy, después de haberos exhortado durante tres años de día y de noche. Pablo llora y todos sollozan.

Es mejor dar que recibir, había dicho el Maestro. Esta palabra que no se encuentra en los Evangelios y

que Pablo ha salvado del olvido, está muy grabada en su corazón. Ya no quiere recibir nada; se dá, se da enteramente.

Y Pablo sube a entregarse, a entregarse a los suyos, a los buenos, a la autoridad. Este es su mayor sufrimiento y también su máxima purificación. !Hágase la voluntad del Señor! clamaban llorando los de Cesarea al no poderle disuadir que se fuese a Jerusalén.

Los buenos cristianos temen a los judíos. Pablo no teme a los que pueden quitarle la vida terrena y encadenar su cuerpo. Esto no le importa a Pablo. No es miedo a los judíos, sino temor a los cristianos, angustia de que no se le va a entender, temblor de que se venga abajo todo lo que el Señor ha querido hacer por medio de él. Ahora se aplica a sí mismo aquella esperanza contra toda esperanza que él mismo nos recordará como la fuente de bendiciones de Abraham.

Este sufrimiento es real. No es indigno de Pablo. ¿Por qué nos hemos de imaginar a los santos distintos de nosotros? ¿Por qué hemos de considerar su vida ya hecha cuando queremos aprender de ellos, intentando comprender sus sentimientos en la mitad del camino de su vida, cuando aún el infierno era una posibilidad real, tan real como para nosotros?.

Todo sucede como Pablo de Tarso había previsto en su corazón. Los hermanos le reciben en Jerusalén con alegría; con esta alegría un poco paternal y conmiserativa con que se recibe al hermano pródigo. Solo el Padre celestial recibe a su hijo pecador con unos brazos abiertos que no juzgan, ni hieren, ni quieren saber nada, más que abrazar y estrechar contra su pecho al ausente, al que ha sufrido, al que vuelve.

Al día siguiente, sin perder tiempo, aunque con mucha "caridad" empieza el juicio. No hay esta vez, como la primera, un coloquio privado fraternal o aun filial con Pedro o con Santiago, sino una asamblea, una reunión grande en donde hay animaversiones y suspicacias en contra de aquel francotirador, en contra de aquel hombre raro de nervio y fuego que tanto ha hecho por Cristo un poco por su cuenta.

Pablo empieza a contar las maravillas que Dios había hecho a las gentes por medio suyo. Todos se alegran mucho y sinceramente; pero les falta tiempo para decirle que también, ellos, los judíos han crecido, que también ellos se han desarrollado y que la gracia de Dios no solo se ha volcado a las gentes por medio de Pablo, sino también a los hijos por mediación de los demás apóstoles y discípulos del Señor.

Pablo, que lleva siempre consigo el aguijón de su primera vida, el complejo de ser indigno y de ha-

ber sido perseguidor de sus hermanos, Pablo calla.

Hemos oído, nos han contado, hermano Pablo, cosas que no podemos creer, nos han referido nada menos que enseñas a apartarse de Moisés, a no tener en cuenta la circuncisión, ni aun para los hijos de Abraham, a desdeñar las costumbres y los usos santos que hemos recibido de nuestros padres. No, esto no puede ser cierto. Todo el mundo sabe que has llegado. Has sido la comidilla de nuestras tertulias, te hemos ido siguiendo y nos han ido refiriendo tus hazañas, mucho antes de que tu vinieses y sin que tu pensases en ello. Ahora, Pablo, demuestra que todo aquello son calumnias y mañana ve al templo, purifícate, ofrece la oblación y demuestra con tu conducta que nada hay de verdad en todo aquello.

El procedimiento de sus hermanos judíos, no puede ser más delicado. No le acusan, no le recriminan, no le quitan la confianza. Le dejan una salida airosa, le ofrecen la puerta abierta, le quieren tener a su lado.

Pablo calla y se somete. ¿Cómo no va a someterse?. Se purifica, va al templo todos los días, ofrece la oblación y sigue callando. ¿Qué va a decir?. Va a decir que todo aquello le parecen pequeñeces accidentales?. Va a decirles que así no se extiende el Reino de Dios? ¿Va a contarles que Atenas no es Jerusalén que urge ir a Roma, pero que el lenguaje y los problemas de Cafarnaun, no son los de la Urbe?. ¿Va a decir que todo aquello está

muy bien; pero que es caduco y que el tiempo urge?. No, Pablo no puede decir todo esto, aunque lo piense, Pablo tiene que callar y que someterse de buen grado, pensando que tienen también razón y confiando en el Señor.

Todo esto se dice pronto, cuando sabemos ya el final, cuando hemos visto la mano de la Providencia. Mientras tanto Pablo espera, calla, es humilde y reza en el templo al Dios de Abraham, Isaac y Jacob al que él tanto quiere a pesar de que le acusen de traidor al pueblo judío.

Pablo hablará frente a los judíos revolucionados una vez le han maltratado y mal herido. Estos se extrañan de que hable en hebreo al igual de que el tribuno se maravilla de que conozca el griego. Pablo, el mediador, es desconocido de unos y de otros.

Después de haber sido fiel en la prueba, el Espíritu que le había llevado a Jerusalén vuelve a confortarle una noche para decirle que está contento de él, que le ha sido testimonio en Jerusalén -!en Jerusalén, en donde estaban Jacobo y los ancianos, necesita Cristo el testimonio de Pablo de Tarso!- y que ahora tiene que continuar su misión siéndole testimonio en la misma Roma.

Significativa es la acusación de los judíos contra Pablo delante del Presidente Félix en Cesarea: Le

llaman poco menos que autor de la secta de los Nazarenos. !Cómo dolerían estas palabras a él que se sabía y decía último de los apóstoles, hijo espúreo entre los cristianos!. Al mismo tiempo confirmaba el temor de la comunidad de Jerusalén que hasta entonces había vivido relativamente en paz. Pablo había sido imprudente, había sido demasiado personal, se había identificado demasiado con el Cristianismo hasta el punto que ya los judíos de entonces creerán que es uno de los fundadores de la Religión de Jesús.

La Providencia cuidará luego de todo, y la cárcel de dos años en Cesarea purificará el ambiente. Nadie hay indispensable.

¿Hubo alguien, sin embargo, que consolase a Pablo, que le diese las gracias por lo que había hecho, que le entendiese a fondo en su misión? No lo sabemos.

La predicación Teológica

(346)

Introducción a la kerigmática

La verdadera mira siempre a Cristo. No le pierde ni un instante de vista, porque solo El tiene palabras de vida eterna. Y la no quiere pronunciar otros que los conducentes a la vida perdurable.

La de la predicación, en consecuencia, antes que preocuparse de los hombres a quienes quiere predicar, antes que investigar sobre la misma predicación y la estructura interna del evangélico, antes que todo esto -sin que ello implique que luego no tenga que dirigir su atención a estos problemas- se preocupará de mirar la predicación de Cristo.

Meditando sobre la predicación de Cristo -meditando, digo- se descubre el carácter profundamente vital de la verdadera

Veamos, por un momento, lo que hace Cristo. Jesús de Nazareth, no ha ido a escuela, no investiga, no es erudito, ha aprendido a leer, acaso a escribir y no nos deja ni una sola línea escrita, ni un solo mensaje lite-

ral: Aun el mismo Padrenuestro tiene variantes y no lo conocemos con seguridad en su versión original.

Cristo, simplemente, vive. Y porque vive, ama y porque ama, habla, viaja, predica, consuela, cura, discute y muere. Ahí está su predicación, en toda su vida está su Mensaje, El es el Evangelio integral. Concretando más, la predicación de Cristo nos aparece casi como casual. A raíz de los aconteeimientos que van acaeciendo, predica y da lecciones, a partir de las diversas ocasiones de una vida ordinaria -pagar un tributo, asistir a una comida, a una boda, pasear por el campo, visitar a unos amigos, descansar en un pozo, dormirse en una barca, subir al templo, etc.- enseña y hace bien...

La meditación de Cristo es inexhausible. El es el Maestro que tiene una sola cosa que decir: la predicación del Reino y la va realizando con su vida y al ritmo mismo de su vida ordinaria...

La de la predicación no puede ser otra cosa que la predicación del teólogo. Y el teólogo no debe ser más que una predicación viviente, al ejemplo de su Maestro.

Indiscutiblemente una cosa es magisterio, otra ministerio, otra política, otra cultura y otra . Pero estas distinciones formales no pueden exagerarse hasta el punto de hipostasiarse. Este es el peligro cuando

se habla del maestro, del sacerdote, del político, del intelectual y del teólogo, como si no fuesen también otras cosas, como si no fuesen substancialmente hombres y accidentalmente filósofos, técnicos, etc.

Ahora bien, el teólogo, juntamente con otras características adjetivas que le son necesarias, debe procurar substancializar su en su mismo ser humano y convertirse en aquel cristiano -que aquí es un substantivo- que consciente y reflexivamente con su mente sigue a Cristo y trata de vivir -y precisamente con la vida superior del intelecto- el misterio cristiano. De ahí que un teólogo tenga que ser forzosamente un predicador. Pero no solo un predicador que perore desde el púlpito o desde la cátedra, sino un testimonio vivo de la fe en medio de la vida entre las mil ocupaciones de la existencia humana. El es quien se preocupa constantemente en encontrar el sentido cristiano de la vida.

La predicación teológica es muy sencilla: Cristo; pero no un Cristo en tesis y formulaciones abstractas -esto también (y lo subrayo) a su debido tiempo- sino Cristo en la vida humana, su criterio, su visión, su realidad.

Al teólogo le hace falta estudiar, pero también vivir, le hace falta comprender, pero también sufrir, le hace falta ciencia, pero también santidad.

Silenci interior

(347)

La nueva vida, Senyor, es un silenci; un silenci pregón en mig del soroll estaburnidor d'una existencia colectiva d'homes, ciment; màquines que fan gatzara, tot ho tomen gris i tot ho malmenen amb botzines, xircles, i rossaments de tota mena.

Un silenci interior que em porta a no voler saber res de l'exterior, adhuc de l'exterior valiòs que no desprecio, pero que crec valorar amb la relativitat que cal.

Pero hi ha encara una doble exterioritat que es per a mi tentació en aquest periode silenciós de la meva vida. L'exterioritat de l'Esglèsia i l'exterioritat de la meva acciò.

L'Esclésia es una societat, està en el mon i poseieix una cultura, uus homes, una política, una Teología. Tot aixú ni ha apassionat i potser encara m'atregui massa. Voldría saber, coneixes, actuas, enes-hi i treballar per ella. Em dono compte de tantes coses... Pero ara em tuic que oblidar de tot, adhuc d'aquesta dimensió essencial de la teva Esposa.

La meva acció sempre he procurat que surgis d'una plenitut interior; pero no deixava d'esser una activitat externa, una configuració de l'ambient, una influencia en els altres, un donar el que havia anat fructificant en mi, poc o molt, bo o dolent.

Asa la meva vida té que esser distinta, sense acció de cap meva, sense exitant extern de cap classe, dius del possible, la meva vida te que esser un silenci perfecte.

I mentrestant assimilas, creixes, rumiar; no vivint del record o tornant a experiències passades, sino vivint el present nu, punyent i silenciòs.

Encara es massa fórta en mi l'ansia de preparació per a l'acció. Aquesta potses torni; pero si ve no em té que trovar amb més coneixements o més experiència -mei aviat tot això minva sense l'exercici i l'entrenament- sino amb més serenitat, calma, profunditat, maduresa. Em tindran que auencar -i em será tan dolorós, o més, que quan m'aueconaren de l'acció- del meu silenci, del men castell i de la teva intimitat; i em trovaré estranger on abans esa casa meva.

Em cal, pero, que el silenci sigui positui, sigui vida i no endormiscament. A negades em queixava de que vivia massa depressa, de que no auibava a poder assimilarho tot, de que em desbordava la feina, no perque em domi-

nés, sino perque no la podía fer tota, ni dominar-la com calia. Asa puc -dec- viure poc a poco, sense presses, sense ansies d'acció, sense plaços, ni limiti, ni dates.

Asa es l'hora de la contemplació.

La purificación de la vida

(348)

Purificación de la vida por la vida misma. (Genitivo subjetivo y objetivo a la vez). Escrito está que "todo sarmiento que dé fruto, lo purgará para que dé más fruto" (Io., XV,). Pero la Providencia no suele intervenir de una manera extraordinaria, mas que en casos extraordinarios. Generalmente ella ha organizado las cosas de tal manera para que en su funcionamiento corriente cumplan la misión providencial que les toca. Más aún, se podría decir de una manera menos impropia que el orden real es el inverso; es decir lo que nosotros llamamos leyes de la naturaleza o del espíritu, no son sino la formulación intelectual de la manera como suele actuar la divina Providencia.

Desearía describir ahora una de estas conexiones mutuas entre tres órdenes que estamos acostumbrados a considerar excesivamente separados: el físico, el antropológico y el sobrenatural.

El hombre necesita purificación, es decir, necesita vaciarse de un conjunto de malos hábitos, malas inclinaciones y sobre todo de una manera de ser -en su sentido más ontológico- que tiene su origen en el pecado

original. Sobre este cambio de ser, sobre esta conversión necesaria para cualquier vida cristiana, es decir para un encarrilamiento en el verdadero camino del Ser, versa la evangélica.

Y Cristo además de llamarnos a todos a la penitencia ha dicho que se preocuparía personalmente de podarnos para que diésemos más fruto. Esta intervención personal del Señor pertenece al orden existencial cristiano, a saber a la misma estructura fáctica de las cosas y no es preciso imaginar una intervención divina al margen de su intervención ordinaria haciendo convenir todas las cosas para el bien de los que le aman y para gloria de los electos.

Con otras palabras: yo estoy constituído de tal manera que me voy purificando por el roce con el ambiente a medida que lo voy necesitando.

Voy a imaginarme a un amigo -¡tantos tengo a los que les ocurre esto!- que me escribe o me dice que lo pasa mal, que está descentrado, que vive en una situación dolorosa, que en la familia, la oficina, la facultad, el taller, la sociedad, etc. en donde está le molestan, le mortifican, le hacen la vida imposible y que él se desesperaría, sino fuese porque lo toma con paciencia pensando que es una Cruz que Dios le envía o que simplemente permite, para que se purifique más y más y pueda así

ser encontrado limpio y grato a los ojos de Dios.

A este amigo mío le felicitaría por su buena disposición y voluntad, por su buen espíritu cristiano, por su visión sobrenatural y por todo lo bueno que él pueda sacar de aquella prueba. Pero al mismo tiempo, después de una discreta alusión a la soberbia, le diría que no es ninguna Cruz que el Señor le manda, ni ninguna prueba que Dios le envíe para purificarle, sino que es un sacrificio que él mismo se ha buscado y una purificación dolorosa que él mismo se ha merecido.

No es que Dios le envíe nada, ni que su mujer, su jefe, su superior sea insoportable, sino que él mismo es el impuro, el pecador, el que no está centrado consigo mismo, el que no posee el equilibrio cristiano, el que no vive de la fe, la esperanza y del amor y que, en consecuencia, en su misma manera de ser encuentra la penitencia que por la misericordia divina le irá purificando si él es fiel.

Con delicadeza le diría a mi amigo que la culpa es suya; y con más exactitud añadiría que la causa de aquel dolor, desasosiego y malestar que él procura aprovechar como purificación, es él mismo.

"Venerunt autem mihi omnia bona pariter cum illa" dice el libro de la Sabiduría - VII -refiriéndose a la misma Sapientia primero de los dones del Espíritu

Santo. Y añade acto seguido: "et laetatus sum in omnibus", me alegraba en todo. Decidle al justo que todo es bueno, dice otro texto sacro - - y al que tiene se le dará y al que no tiene aun lo poco que posee se le quitará, remacha el mismo Cristo. ( ).

!Ah mi querido amigo que te quejas en lugar de dar gracias a Dios, que refunfuñas en lugar de mostrarte alegre y agradecido!. Ciertamente necesitabas purificación y mucho mayor de la que tu creías. Tan grande era tu necesidad que no es menester que Dios descienda a purificarte, sino que las circunstancias mismas se encargan de ello, sino que tu mismo chocas con el medio ambiente que te va enseñando a no hacer tanto caso de las cosas terrenas, a no tomarte a tí mismo y a tus cosas tan en serio, a alegrarte con las cosas pequeñas que se te ofrecen como un don y con las grandes que tu ya casi te habías olvidado de considerar: tu vida, tu filiación divina.

Estas cosas te purifican porque no estás puro; que si lo estuvieses no te purificarían, no te dolerían ni harían sufrir. Estarías contento con tu suerte, estarías por encima de estas veleidades de la vida exterior. Imagínate a un santo que se alegra y se goza en la humillación, el desprecio y el olvido. ¿Lo ves como la culpa es tuya?.

Es muy fácil perseverar cuando todo marcha viento en popa ¿Recuerdas el diálogo de Job el Patriarca con

Jahwé?.

Vive de tal manera que nada pueda ya purificarte de esta manera y entonces serás ya puro. No quieras dar coces contra el aguijón, ni rebelarte en contra de la Providencia, ni empeñarte en querer cambiar las circunstancias. Piensa que tu verdadera vida es superior a todo esto y es inconmensurable con magnitudes creadas; ten el santo orgullo de ser hijo de Dios.

No te digo, evidentemente, -y creo que nuestro imaginario amigo nos entiende bien- que no luches por cambiar las circunstancias adversas, que no trabajes por alejar de ti el dolor, la prueba, llámale incomprensión, calumnia, falta de amor, carencia de medios, escasez de dinero, etc.; sino que te recomiendo que lo hagas de otra manera, con más alegría, sin complejo de víctima, sin cargar sobre tu espíritu el enorme pecado del desagradecimiento y de la amargura. Sursum corda! qué no hay para tanto; qué eres tu mismo, dando tanta importancia a tu prueba quien la has exagerado, quien la has hecho tan pesada.

¿Te das cuenta ahora de que necesitabas purificación? Era tan urgente que no ha hecho falta que Dios volviese a descender a la tierra. En su primera descensión ya previó tu caso común y vulgar y por eso organizó las cosas de la manera que han ocurrido.

Demos un paso más y afirmemos que cualquier

prueba interior es prueba precisamente porque no estamos puros y, en consecuencia, nos purifica en la medida que necesitamos purificación.

Fraile que no estás contento con tu superior, la culpa es tuya; si fueses más santo no te dolerían como te duelen lo que tu llamas sus caprichos, excentricidades e injusticias. Mujer que te quejas del carácter y los defectos de tu marido, la culpa es tuya; si fueses más santa le darías gracias a Dios que se preocupa tanto de ti y de tu alma que permite que ocurra esto para que vayas con más fuerza a él. Hombre que estás amargado con tu destino y vives resentido contra la sociedad; tu eres el culpable de ello; porque si hubieses tenido una visión sobrenatural más pura no hubieras reaccionado mal, ni se hubiera quebrado tu alma.

No digo con esto que no pueda existir también, en el hecho en sí, culpa ajena; sino que afirmo que en el hecho en mi, la culpa es mía por no estar a la altura de las circunstancias, por poner mi esperanza en un lugar falso, por no vivir una vida auténtica cum Christo in Deo que me haría verdaderamente invencible. No digo con esto, tampoco, que este dolor pueda evitarse completamente o que haya, a veces culpa moral; sino que afirmo que cualquier prueba es prueba precisamente porque soy imperfecto y esto vale hasta para los grados más elevados de la mís-

tica; puesto que la imperfección es inherente al hombre viador mientras no ha llegado al término, a su per-fección.

Nos purifican aquellas cosas que requieren una mayor pureza que la que tenemos. Esperar un tranvía ya no es para mi ninguna prueba, en ocasiones normales, porque poseo ya la suficiente perfección en paciencia y sacrificio como para que me resulte un hecho que exige de mi un plus de virtud que el que poseo ordinariamente. Un desprecio, una falta de confianza de una persona querida resultan, en cambio para mí muy dolorosa -y por ende purificatis es- porque no estoy suficientemente enamorado de Dios como para ser insensible a una consideración de afecto hacia mi persona.

No se vaya a sacar una tesis estoica o inhumana de lo dicho. Esto no es sino un aspecto de un problema antropológico mucho más complejo.

En primer lugar no toda purificación requiere prueba. La esencia de la purificación no está en el dolor, ni en la prueba más o menos difícil, sino en el amor.

En segundo lugar -se indicó ya- no toda sensibilidad al dolor presupone imperfección moral, sino solamente imperfección metafísica.

En tercer lugar, no se puede hacer una jerarquía de la perfección de los individuos a partir de su sensibilidad o insensibilidad a diversas pruebas. Hay quien humanamente resiste muy bien pruebas físicas o de penuria económica y no soporta en cambio una humillación o un desamor y viceversa. No existe ninguna escala ni siquiera para un mismo individuo.

R. PANIKER

Grafodicea

(349)

Perdón por el vocablo; pero no encuentro otro mejor para expresar lo que deseo. Se trata de una justificación de la escritura, de mi escritura. Yo -tú, él- ¿para qué escribo? ¿Por qué cojo la pluma y voy llenando hojas y más hojas?.

Antes que la justificación, antes que la defensa tiene que venir el examen de conciencia, la .

¿Cuáles son los móviles que me impulsan a escribir?.

Quisiera poderlo decir claramente y en pocas palabras y eliminar de ellas toda apariencia de justificación personal o de defensa propia en un sentido individual y privado. Si utilizo la primera persona es porque, cuando se hace un examen, no se tiene derecho a usar ninguna otra.

Escribo, en primera aproximación, por una necesidad interna, por un motivo interno, por un querer mío. Esto está claro. No escribo por un compromiso con la sociedad o con una revista o un editor; no escribo por un

deber impuesto desde fuera, ni por una necesidad extrínseca más o menos pragmática como sería, ganar dinero, unas oposiciones o simplemente prestigio. No escribo ni siquiera para publicar, aunque no me oponga a ello, si la Providencia así lo dispone.

¿Cuál es, empero, esta necesidad interna? ¿Por qué me siento impelido a empuñar la pluma y a ocupar un buen tiempo de mi vida en ir escribiendo todo lo que escribo?.

¿Es vanidad? ¿Es necesidad fatal? ¿Es un desahogo? ¿Es una especie de compensación por no poder hablar, actuar, enseñar?. No creo que sea nada de esto.

Yo daría dos respuestas en dos planos distintos. La primera se mueve en un nivel pragmático y superficial. La segunda proviene de lo más íntimo de mi ser; y aquí sí que me es permitido decir, de nuestro ser.

Escribo para, dice la primera contestación; y escribo porque, reza la segunda.

Escribo para ordenar mis pensamientos, para almacenar mis conocimientos en algún otro sitio que en la memoria, para organizar un poco mi cabeza, para descargarme de un peso cogitativo que me oprime el cerebro y aliviar así mi sistema nervioso o mi vida. Escribo pa-

ra conseguir claridad en los problemas que me preocupan y obligarme así a desmenuzar y a justificar la intuición indiferenciada, rápida y fugitiva que se me ocurre en un momento dado. Nuestra mente, entiende componiendo y dividiendo y así como resulta casi imposible estudiar matemáticas sin papel y lápiz, resulta casi imprescindible ir anotando reflexiones y experiencias para pensar con cierto tino sobre cualquier cosa.

Pero además escribo por una razón más profunda; escribo por la misma razón por la que hablo: porque tengo algo que decir, porque se me ocurre algo que escribir. Y en último término, escribo porque vivo.

Escribo porque la vida es diálogo y el diálogo interior necesita de alguna manifestación exterior; pues de lo contrario fácilmente degenera en monólogo.

La vida del hombre sobre la tierra, y de una manera más plenaria la del cristiano, es un diálogo con aquel Tú que es tal, porque es llamado, dicho, engendrado Tú por el Yo divino y eterno del Padre. Mi vida es un diálogo con Cristo, luz que ha venido a iluminar a todo hombre que viene a este mundo.

Mas, mientras vivimos en este mundo de la temporalidad y la desemejanza, para que el diálogo con Cristo no degenere en monólogo circular, para que la oración, que es diálogo, pueda seguir sin interrupción, aun

cuando no me dirijo explícitamente a El para darle o para pedirle gracias, entonces hace falta que el diálogo se exteriorice, se manifieste, surja de alguna manera fuera de mi para continuar viviendo, pensando y amando.

Una verdadera conversación, una auténtica clase, un diálogo real mío con otro u otros hombres, no es una repetición de un trozo de vida ya vivido, no es la comunicación de algo que yo ya sé, que ya sabía y que guardaba almacenado en la trastienda de mi espíritu bajo la llave de mi memoria; sino que es un trozo de vida mío inédito todavía -aquel tiempo es virgen y no lo he vivido aun- que comparto, que convivo con mi prójimo. Por eso no voy al diálogo -sea conversación, sea clase, sea visita, sea trabajo ordinario o profesional cualquiera- a enseñar, a repetir, a decir o a recordar, sino que voy a vivir, a convivir, a orar juntos, a hacer juntos un trozo de vida a redimir juntos un intervalo de tiempo, un pedazo del cosmos (De ahí, entre paréntesis, la inmoralidad de los exámenes y más aún la del estudio en vistas de pasar airosamente un examen; sin que esto signifique que que no tengan que haber pruebas que garanticen la capacidad o la ciencia de un candidato a cualquier cosa).

Pues bien, de la misma manera que el hombre no puede estarse como los varones de Galilea embobalicados mirando al cielo, sino que tiene que disponerse a trabajar, sin perder por esto, su espíritu de contem-

plación y su oración constante; así igualmente necesito de la escritura para ir plasmando mi vida, para ir viviendo en este mismo espíritu de contemplación, sin autoenvenenarme en una satisfacción solitaria e infecunda.

He dicho que escribía por la misma razón que hablo. La Escritura auténtica no es sino la cristalización de la palabra; de la palabra verdadera, de la palabra interior y exterior a la vez.

Una palabra solamente externa, un sonido acústico articulado aunque lleve consigo un significado objetivo, sino está preñado de una carga subjetiva, sino es manifestación a la par que significación es una vulgar mentira, no es palabra, no es logos, no es revelación y crecimiento de nuestro ser, sino engaño, construcción vacía, mentira, porque lo que expresa no es lo que dice.

Una palabra exclusivamente interna no es aun palabra, no es completa, no es, ni siquiera humana, es un germen de palabra, es un balbuceo incipiente, es una intuición indiferenciada y muchas veces una simple ilusión espiritual.

El hombre es una unidad, una unidad óntica indestructible, esto es, inmortal; por eso cualquier actividad parcial -si pudiera darse- no es una actividad humana, es un trozo, una parte, un ingrediente que con mi inteligencia abstraigo o que con mi experiencia noto por-

que predomina sobre el resto de componentes de aquella actividad humana. Así, no existe una volición pura o una intelección desnuda, ni menos existe un acto solo del alma o exclusivamente del cuerpo.

Ahora bien, la palabra, esta palabra viva, manifestación de mi ser, signo de mi vitalidad y de mi crecimiento ontológico hacia la plenitud -el hombre, y no solo el niño, aprende a hablar durante toda su vida- esta palabra integral que tengo que ir pronunciando para ser, en analogía -y participación- de Dios-Padre que es profiriendo su Logos, pronunciando su Verbo, diciendo su Palabra, esta palabra que no puedo menos que ir diciendo para vivir, no es necesario que siempre sea sonora, no es preciso que en todo momento se manifieste acústicamente; basta muy a menudo que sea escrita, que descienda al mundo exterior por medio de un arte -arte es en definitiva la locución- en el que la lengua no tiene parte, pero sí la mano.

Absolutamente, no es siempre preciso que la palabra salga al exterior; puede por un tiempo permanecer encerrada en nuestro ser, con tal que no sea solo palabra interior, sino palabra completa. Entonces la palabra se pronuncia en el cubículo de nuestra alma, coram Deo, delante de Dios que ve en lo abscóndito. Pero no pasará mucho tiempo sin que este silencio interior, es-

ta palabra callada, explote al exterior con más aparatosidad que nunca: es el cántico, el cántico religioso, el cántico místico, en sus múltiples y variadas formas.

La escritura, la verdadera y auténtica escritura, es el cántico menor, es la explosión más ordinaria de la plenitud de la palabra que no puede quedarse ya por más tiempo en nuestro interior.

Existen, evidentemente, los dos peligros extremos en la escritura. El uno es el aborto, el otro es el cadáver (o el empacho, si se quiere utilizando otra metáfora poco elegante).

El aborto se da cuando se escribe sin dejar tiempo a que la palabra se forme en nuestro ser, armónica de pensamiento, de amor y aun de forma (en la que no excluyo ni siquiera la caligrafía -y de ahí la grafología-), cuando trasladamos al papel, precipitadamente lo que se nos ocurre, sin pensarlo, sin amarlo, sin complementarlo y sin darle forma. Las causas del aborto son múltiples, pero se pueden reducir a dos grupos. Un grupo interior y otro exterior.

El grupo interior está formado por aquel conjunto de causas que nos hacen vivir precipitada y sobre todo desasosegadamente. Quien no tiene paz interior, quien no descansa en el ser, quien no sabe valorar el tiempo y dejarlo en manos de Dios, quien no consigue su-

perar el nerviosismos de una vida trepidante, quien se deja dominar por cualquier pasión poco noble de ira, envidia, resentimiento, amargura, etc., no llegará nunca a una fecundación armónica de una palabra viva, de una escritura auténtica. Una vida ajetreada, sin paz ni contemplación solo produce abortos. Si la palabra es vida y no se vive, es comprensible que lo que se escriba sólo sean fetos inmaturos y muertos.

El otro grupo de causas es exterior; es simplemente, la prisa exterior o las circunstancias externas que me obligan a hablar cuando estoy vacío y me impelen a escribir cuando aun me estoy llenando o no tengo nada que decir, es la vida actual -y de siempre- con sus premuras, sus plazos, sus ambiciones, sus luchas y oposiciones y también su vanidad, su orgullo, su prestigio y cien mil cosas más que nos hacen olvidar que a cada día le basta su propio afán y que nuestro primer deber es buscar el Reino de Dios y su Justicia.

En términos corrientes estos abortos se llaman producciones inmaduras. La prisa interior o exterior, la falta de paz interna o externa, la precipitación intrínseca o extrínseca son la causa de la inmadurez. La escritura tiene el gran peligro de fomentar esta inmadurez si trasladamos al papel cualquier germen de palabra que se nos ocurre. Así como existe un defecto antropológico -y

no solo social- que se llama la locuacidad, la verbosidad, existe la misma falta cuando el pecado se comete con la pluma en lugar de la lengua.

Se da también, sin embargo, el peligro opuesto, a saber el segundo escollo del pensamiento tanto hablado como escrito; mejor dicho, el segundo obstáculo para la vida verdaderamente humana.

Si el primero se venía a resumir en prisa y precipitación que llevaban a la locuacidad y a la inmadurez, el segundo podría formularse como pereza y morosidad que llevan al aislamiento y a la rutina.

Se empieza por no escribir, ni hablar por mera pereza y comodidad y se termina por no hacerlo por no tener ya nada que decir. Recuérdese que hablo siempre de un <u>decir</u> substancial, vivo, de un hablar mi palabra que es mi ser, limitado y en camino bajo un determinado aspecto, que es precisamente <u>mi</u> opinión sobre aquel problema incluso intrascendente en una simple tertulia entre amigos.

Si es cierto que existe una soledad fecunda, no es menos verdad que se da también un aislamiento mortal. Las causas pueden aquí también reducirse a dos series, interna una y externa otra, aunque en este caso, como en el anterior nunca se den solas ni independientes ya que existe una íntima conexión entre ellas.

La serie de las causas internas podría ilustrarse trayendo a colación los conceptos de timidez, falta de confianza en sí mismo, complejo de inferioridad, pereza, comodidad, indiferencia, falta de vitalidad y aun de interés.

Cabe también un orgullo interno o una escrupulosidad excesiva que impiden escribir nada, pensar nada, creer en nada porque no es perfecto, porque no es completo, porque a lo mejor no corresponde a la realidad. Hay almas que se van empachando con sus propios pensamientos, que involucran todo y que no saben distinguir luego nada; son incapaces de análisis y de comprender que la verdad quoad nos es polifacética. Cuando un alma ha vivido espiritualmente encerrada un cierto tiempo presenta una irritabilidad característica. No se puede discutir con ella porque pasa de una cosa a otra, de un aspecto a otro e instintivamente toma por ataque personal lo que no es sino una discrepancia de matiz en un problema intrascendente. Una cosa es la simplicidad y otra la indiferencia.

La segunda serie de causas es meramente externa. El hombre es un ser social y cuando tiene que vivir cultural o espiritualmente aislado, sin lecturas, sin diálogo, sin discusión, sin acicates externos que pongan en funcionamiento sus facultades, se atrofia, se desin-

teresa, se olvida o bien se amarga y se resiente de manera que su vida espiritual se ve afectada de una herida que lo malbarata todo.

x x x

¿Por qué escribo? Escribo porque vivo, y escribo para vivir, para crecer, para no atrofiarme, para pensar y amar más y mejor, para comprenderme a mi mismo y a los demás, para que mi experiencia me sea útil y eficaz. Escribo porque tengo algo que decir, porque tengo que decir un trozo de mi vida, un pedazo de mi existencia. Escribo para rectificar, es decir para apoyarme en mi mismo, en mi pasado, que ha quedado escrito -en mi opinión sobre cualquier cosa- y que luego repaso, rectifico, supero y así voy viviendo, voy amando, voy siendo, es decir caminando.

Esto no es todo, sin embargo. He indicado antes tímidamente una analogía trinitaria, y ésta puede continuarse. El Verbo es Dios, es idéntico a Dios y no obstante Dios no es solo Palabra. Dios Padre es silencio y el Amor divino, el Espíritu Santo tampoco habla.

Análogamente en mi tampoco puede ser todo palabra, ni lo puedo, ni lo debo escribir todo. Sería un error y aun una inmoralidad querer escribirlo todo, que-

rerlo pronunciar todo, quererlo decir todo. Hay cosas que no debo decir a los demás y que no debo ni siquiera decirme a mi mismo. En mi vida debe haber tanto silencio como palabra y tanto amor callado como actividad escriturística.

Más aún, hay momentos en los que debo callar y vivir en silencio, en un silencio interior que se reserva que no se vierte ni siquiera en un verbo interno porque se sublima directamente en amor, en caridad, en servicio callado al prójimo, en cariño silente a los demás en holocausto sin ruido por mis hermanos, en entrega sencilla discreta y natural de mi vida... Si el grano de trigo no muere...

Ya se cuidará el Señor, entonces, de que explote luego más tarde, a su debido tiempo, la canción clamorosa de mi existencia, el testimonio - -
patente de mi vida.

Tu manus tuas, Domine, commendo spiritum meum!.

El silencio de mi ser

(350)

No oía tu voz porque no estaba en silencio; no sentía tus latidos porque mi corazón hacía ruido; no percibía tus pasos porque en mi alma había mucho movimiento.

Y esto es acaso lo más triste. No se trataba de voces blasfemas, ni de ruidos profanos, ni de movimientos que fuesen en contra de ti o al margen de tu servicio. Todo era para ti y quería ser para tu gloria; pero los árboles me tapaban el bosque y mi propia melodía entonada en tu gloria apagaba el suave murmullo de tu voz que me quería hablar, que quería dejarse oir y ser también, alguna vez, activa.

Mi pecado, Señor, es más profundo, más interno, más sutil y más maligno. Mi pecado no ha estado en la acción; por eso la compunción es más difícil. Yo no he pecado con el hacer; yo no he hecho nada malo. Tu ya me entiendes, Señor. Lo malo que he hecho, lo malo que hago ya me lo has perdonado y ya me lo perdonas, porque me duele, me arrepiento de ellos y tu misericordia me perdona.

Yo he pecado en el ser. No en el ser malo, que sería una acción, que sería un hacer; sino en el mismo ser. Yo quería ser útil, yo quería ser docto, yo quería ser prudente, yo quería ser sabio, yo quería ser santo. Y es significativo que cuando no podía ser una cosa porque las circunstancias -ni que fuesen tan tuyas como las venidas de la obediencia- me lo impedían, entonces buscaba su compensación intentando ser otra. Iba de una cosa a otra refugiándome por lo menos en ser santo. Pero siempre quería ser, ser yo, ser algo, sobresalir,llegar a ser.

Mi entrega no ha sido plena porque no había entregado al ser. Quería ser yo, Señor, en lugar de contentarme con ser tú; deseaba ser un yo -lo que es una blasfemia y en último término idolatría- en vez de querer ser un tú. Buscaba llamarte tú en lugar de dejarme llamar tú por ti, en lugar de ser fiel a tu llamada en lugar de responder a tu vocación.

Ayúdame, Señor, a penetrar en las tinieblas, socórreme ahora que voy a internarme en tu silencio. Ya no te voy a cantar más, ya no voy a tener sueños de grandeza espirituales, ya no me voy -con tu gracia- a considerar importante, ni tomarme tan en serio. Ya no voy a querer ser.

No voy a desear ser de ninguna manera, ni ser-

virte como yo creo que deseas ser servido. Mis deseos son malos, Señor, porque al socaire de tener un objeto bueno son deseos idolátricos, son quereres egocéntricos.

Ahora voy comprendiendo el camino de los místicos, el sendero de la nada, el atajo del silencio.

He deseado con excesivo afán, he querido con una voluntad exagerada. He querido ser, Señor; este es mi pecado.

Enséñame, Señor, el camino del silencio, del silencio óntico, condúceme por la senda de tu nada y guíame en la luz de tus tinieblas.

Este camino -Tú me dirás, Señor, si es cierto- tiene dos fases. La primera es la del despojo interior total. La segunda es el caminar a pesar de estar desnudo, pese a no tener ya nada que recoger en el camino.

Despojo total, no solo de mis ilusiones, planes y proyectos concretos, sino abstractos también. Quiero decir que no me basta renunciar a ser ésto o aquéllo con la secreta esperanza de que así seré lo otro o lo de más allá; sino que tengo que renunciar a querer ser, a querer ser esto y lo otro y lo tercero. No voy a servir para nada, no voy a ser nada, no va mi vida a tener otro sentido que el que tu en tu interior le quieras dar y

será un sentido recóndito para ti, que nadie conocerá, ni yo mismo.

Y luego, una vez anonadado, una vez convertido en un simple tú, en tu tú tuyo, Señor, que obedece, que escucha, que ama, que goza y que sufre no queriendo nada, no pensando nada, no siendo nada. Luego una vez hecho nonada, entonces empezar a seguirte, empezar a caminar por un sendero sencillo, ordinario, vulgar, oscuro, !ah! y en silencio, sin cantar, sin hablar, sin predicar, sin querer que otros sigan por él. Este es mi camino, este es mi secreto. Luego en el fuero externo, haré lo que haga falta, lo que tu quieras, lo que convenga, lo que me digan. Ya no harán falta grandes cualidades, ni conocimientos muy profundos, ni una especialización costosa; bastará que obedezca.

No quiero nada, no deseo nada, no pretendo nada; pero tampoco quiero la nada, ni querer nada. No es el objeto de mi voluntad y de mis deseos el que desaparece, no es que me empeñe en querer la nada, sino es el sujeto el yo, el que ya no existe. No es que yo quiera la nada, o que yo no quiera nada, sino que el querer de mi yo ya ha desaparecido y mi yo no quiere nada. Si hay algún querer en mí, será el que el Señor ponga en mi interior, por la vía ordinaria y corriente de una obediencia general.

Mi ser es un silencio que está aprendiendo a escuchar.

La vocación trágica

(351)

Mi querido, respetado y reverendo Sr.:

Esta carta no se la enviaré. No me atrevería. Y sin embargo se la escribo por muchas razones que no son del caso. Entre otras, porque en cada una de mis palabras cabalga una plegaria para Vd. y para otros muchos que se encuentran en situación análoga; porque -y con ello ya empiezo (y no soy de ningún modo pesimista, sino realista)- no es Vd. caso único, ni siquiera raro en este mundo en el que todavía campea , aunque herido de muerte, el príncipe de las tinieblas y el padre de la mentira.

Lo voy a reconocer sin rodeos y con toda la crudeza: Vd. no tiene vocación; sea porque la haya perdido -que la vocación, como la salud, se puede perder- sea porque no la haya tenido nunca, por lo menos en la forma concreta que ahora reviste. Hablo según el lenguaje corriente de los hombres.

Vd. sacerdote y célibe -y buen cumplidor, pues en caso contrario ya no habría lugar a diálogo ni a reflexiones de este tipo (precisamente su honradez y su honorabilidad son las que me hacen coger la pluma)- se siente

con vocación de laico y de casado. Vd., vinculado delante de Dios y de los hombres a una comunidad religiosa, se siente llamado a realizar una misión personal e independiente de tal manera que los vínculos comunitarios que están destinados a potenciar la libertad personal, a aumentar la eficacia apostólica y a conferirle un aguante y un complemento que solo no se tiene, los siente Vd. como cadenas que le impiden hacer lo que Vd. desearía y ser como Vd. mismo cree que debe ser delante de Dios.

Todo esto, no es, además, la tentación de un momento o el mal humor de una temporada, sino que hace años que dura y no lleva trazas de arreglarse por más que Vd. haya intentado repetidamente volver a empezar, encajar, amoldarse y recuperar la vocación perdida.

Como Vd, vé, lo tomo muy en serio. La vida humana sobre la tierra es lo más serio que existe y la irreversibilidad del tiempo y la eternidad en su término confieren a nuestra existencia toda la grandeza de una obra divina, toda la tragedia de una representación cósmica que solo se juega una única e irreformable vez en su totalidad y en cada una de las escenas particulares. No hay ensayos, ni apuntados.

Ante todo, no tengo más remedio que distinguir su vocación sacerdotal de su vocación religiosa que me gustaría llamar evangélica.

Sobre la primera no se puede dudar de que ha existido; más aún, de que existe. Vd recuerda todavía las explicaciones y las diversas interpretaciones que en sus clases de Teología oiría sobre el

, sobre aquel estigma del Señor que pesa en sus elegidos y que ha penetrado en sus carnes y en su alma como un sello ontológico de posesión y una marca distintiva de una manera de ser.

Este estigma no puede perderse, esta marca es indeleble y Vd. está sellado con ella in aeternum con pacto triple desde Melquísedes, Abraham y Cristo. Puede darse que psicológicamente Vd. esté muy lejos del estado de ánimo que normalmente presupone el carácter sacerdotal. No importa. Este está ahí como garantía de que su vocación perdura, de que su llamada sigue siendo actual, de que su misión es una y solo una: ex hominibus assumptus in his quae sunt ad Deum.

Como Vd. comprenderá, esta carta no quiere ser un sermón para predicarle una serie de reflexiones que Vd. se ha hecho mil veces a sí mismo, ni tampoco, naturalmente, para darle una salida airosa o una solución casuística ingeniosa. Más bien quisiera hablarle del carácter trágico de su vocación y de la misión trágica de su vida.

Hay disposiciones interiores que no se pueden

cambiar, hay estados de ánimo que no dependen de nuestra voluntad, hay arrepentimientos que no se pueden tener y hay convencimientos que no se pueden fingir. No, la vida es mucho más seria e irreversible de lo que se cree. No a todos está dado penetrar la profundidad óntica de esta tragedia que la creación entera juega delante del Creador.

Sí, su vocación es trágica; trágica porque es definitiva, trágica porque es irreversible, porque es intransferible y porque no se puede cambiar, ni volver atrás, ni recuperar, ni hacer como si lo que es no fuese.

Vd. sabe muy bien que en casi todas las religiones se da el sacrificio humano de una forma u otra; bien sea cruento y sanguinario, bien incruento, civilizado o místico. Cuando el monje, sea buddhista o católico se tonsura la cabeza, se ciñe el sayal y se entierra en un convento, muere al mundo y empieza el camino para morir también a sí mismo; cuando las vestales, las vírgenes, los sacerdotes de los templos de la India, los hechiceros de Africa o los sacerdotes de Cristo se consagrah a Dios y a su servicio, entregan su vida, sus cuerpos, su hacienda, su honra y se convierten en un holocausto humano a la Divinidad.

Pues bien, Vd. tiene precisamente la vocación sacerdotal en toda su pureza y en toda su plenitud. En toda su plenitud porque no es ya un símbolo, un adviento, un anticipo del verdadero y único sacerdocio de Cristo

como es el caso fuera del Cristianismo; sino que es una participación real y verdadera de la Víctima única y recapituladora de toda la Creación en su Sacrificio de adoración perfecta al Dios Padre Omnipotente. En toda su pureza, porque faltándole las condiciones psicológicas, careciendo de las estructuras concretas para desempeñar con normalidad y sosiego las funciones corrientes sacerdotales sólo puede realizar la misión ontológica nuclear del sacerdocio: la inmolación total y absoluta por los hombres a Dios en su Hijo y Sacerdote nuestro Jesucristo.

Más aún; su sacrificio es total y absoluto en cuanto esta vocación sacerdotal ha estado conectada en Vd. con otra vocación religiosa, de la que quisiera también hablarle.

Así como la primera es ontológica y real en el pasado y en el presente; esta segunda es psicológica y moral (dirían algunos), real -vamos a suponerla- en el pasado y problemática o inexistente, si Vd. quiere en el presente.

Ahora bien; esta vocación en Vd. es también trágica y completa la tragedia de su primera y ontológica vocación sacerdotal.

Voy a expresarme ahora en términos psicológicos y ya no metafísicos; pero igualmente válidos y creo que también comprensibles.

Nuestra vida humana es pequeña, limitada, con-

creta, con unos pocos años de vida útil y un campo de acción bastante reducido. Vd. no puede volver a su primera juventud y empezar la vida de nuevo; Vd. no puede, no puede volverse atrás. Sí, voy a suponer que no tiene ahora vocación y si Vd. quiere que no la ha tenido nunca, que todo ha sido una equivocación y un espejismo. No importa. Los mejores años de su vida, tantos sacrificios, tantos amores, tantos talentos y tantas buenas obras -y todo esto es una buena parte de su vida- están ahí, han quedado ahí, pertenecen a esta familia sobrenatural que Vd. ahora repudia, en la que Vd. nunca ha encajado y en la que Vd. ha vivido con la esperanza -ahora muerta- de que alguna vez encajaría.

Vd. no puede salir, no puede abandonarlos; aquella misión con que Vd. soñaba ya no la podrá realizar tampoco fuera; ni dentro ni fuera. Ya es demasiado tarde, ya no hay remedio. Los sueños de su vida no son ya realizables. Si Vd. saliera, entre que se acopla a un nuevo ambiente, concreta su misión y reconquista la confianza de la gente que al saberle infiel, "rebotado", "salido", le mirará con poca simpatía, entre que Vd. mismo se repone ha pasado el último período útil de su vida. No hay más remedio -incluso humanamente hablando- que perseverar. ¿Qué va a hacer Vd. fuera?.

Reconozcamos su vida con objetividad y valentía. Ha sido una existencia truncada, una vida equivoca-

da, una misión fallida. Y no se puede arreglar ni saliendo, ni quedándose. Lo sé, esta perseverancia que le aconsejo no es fácil, ni es además ninguna solución al problema psicológico. Vd. quedará tan desencajado como antes, tan sin vocación como antes.

Y no obstante existe la solución de aceptar plenamente, alegremente, la tragedia de su vida, la tragedia de su vocación. ¿No le hace cierta ilusión estrujar su vida entre sus manos? ¿No le parece una vocación sublime la de dar poca importancia a una flor que se marchita antes de tiempo y que no tiene tiempo o que no ha tenido ocasión de ser fecunda, pero que ha permanecido virgen en su esterilidad?. De todo hace falta en la Creación. Y esas almas silentes, calladas, trágicas, son las que aguantan el mundo y rigen la historia. El misterio de la Cruz rige aquí en toda su pureza.

Vd. se ha equivocado -y así lo cree Vd. subjetivamente- en toda la línea; pero este error existencial no tiene otro remedio que su reconocimiento y afirmación, que su entrega absoluta y rendida a un destino trágico en la tierra y fecundo para este mismo mundo que Vd. tanto ama y en el que Vd. había soñado hacer tantas cosas. No se atormente queriendo rehacer el pasado e imaginando preteribles y futuribles. Su vocación es la más pura de todas, es la más maravillosa de las que conozco.

Si el grano de trigo no muere....

Mi querido y respetado amigo: Me imagino su reacción, veo su sonrisa resignada y escéptica llamándome bueno, listo e ingenuo, pensando más en mí que en lo que le he dicho. No, no es ingenuidad, sino verdad.

Sé lo que me va Vd. a decir: Si yo tuviese la fe suficiente para aceptar todo esto primero ya no me harían falta tus reflexiones y en segundo lugar el problema no se hubiese ni siquiera planteado.

A esto tengo que decir: primero, que no le creo a Vd. tan vulgar como para reducirlo todo a un problema de fe. Segundo que si ello es así, la solución es mucho más sencilla, aunque acaso sea al mismo tiempo más difícil: pida Vd. con los pequeños restos de fe que todavía tiene la fe que le falta y ésta le será dada. Y, tercero, que entonces su planteamiento no es sincero y que sus argumentos son simples excusas para justificar un incumplimiento de obligaciones, un malhumor incontrolado y una infidelidad a la gracia; entonces se trata exclusivamente de una vulgar tibieza y de una lamentable falta de correspondencia a la vocación; entonces el remedio es solo uno: penitencia; entonces -y perdóneme Vd.- tenga el mínimo de nobleza de callar, de no justificarse, y de cumplir como todos los demás.

No quisiera terminar esta carta, mi querido

hermano, de esta manera tan brusca, no solo por una razón llamémosla retórica -revestida de política- y otra de educación -recubierta de caridad-, sino por un motivo más íntimo y más sincero: por un convencimiento cristiano de que la Resurrección de la Carne no es un dogma colgado accidentalmente del Cristianismo como un apéndice complementario o como un atavío lujoso, bonito, pero superfluo, sino que expresa la plenitud de la obra creadora divina desde su núcleo más ínfimo hasta su culmen supremo. Con otras palabras: La Resurrección de la Carne no es tanto la llamada de los cadáveres al son de las trompetas como la vocación de la persona humana, este espíritu encarnado, o esta carne espiritual a participar de la misma vida divina. Pero esta vocación no permite magullaciones ni amputaciones esenciales de nuestro ser unitario; es decir que la resurrección se da también parcial y participativamente en esta tierra. Dios, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob y mucho más el -mismo- Dios Padre de Nuestro Señor Jesucristo quiere misericordia y no sacrificio y no desea ni tolera sacrificios humanos, ni siquiera en el sentido existencial expuesto. El es Dios de vida y de vivos y no de muertos, ni de existencias humanas truncadas y putrefactas.

A pesar de todas las reglas de una antropología meramente natural y de una psicología científica que aseguran que hay situaciones humanas irreversibles y condiciones de vida y de convivencia imposibles; en contra

de las afirmaciones que hemos dado en llamar presuntuosamente leyes de la naturaleza, está la Redención de Cristo que resucita a sus elegidos, que devuelve la vista a los ciegos y el oído a los sordos, que repara existencias tronchadas y vivifica vocaciones trágicas.

Cuando Vd. se decida a terminar de morir, a no agarrarse a esta tabla de náufrago que es el querer hacer aquí en la tierra todavía su voluntad, cuando Vd. se abrace con todas sus fuerzas a esta vocación trágica que sigue subsistiendo -creo no contradecirme- permítame que le asegure en nombre del mismo Cristo, que renacerá, si, transformado, glorificado el auténtico sentido de su existencia terrestre. Y todavía será Vd. de los que le canten el Cántico Nuevo de nuestra vida divina y humana, mientras peregrinamos in terra nostra.

La investigación intelectual

(352)

Mi querido y joven estudiante:

Muy conscientemente te llamo por este nombre genérico de estudiante que va cada vez más dejando de ser la denominación social de un muchacho de clase acomodada que cursa una carrera universitaria porque sus padres así lo quieren y puede permitirse el lujo de pasarse unos cuantos años sin preocuparse excesivamente de su futuro ni de su responsabilidad humana, para convertirse en el apelativo del hombre o joven estudioso que se siente con una vocación intelectual que le impele a vivir unos años de existencia difícil hasta conseguir unos conocimientos primero y un puesto en la vida luego que le permitan seguir su camino intelectual.

Después de tus primeros pasos universitarios te encuentras ahora enfrente a este vasto mundo humano y cultural, presente y pasado que te fascina y te pesa, que te atrae y te cansa, que te es deber y tentación al mismo tiempo...; pero me voy a ceñir a los consejos concretos que desearía darte.

Tienes una vida por delante, con todas las alegrías, penas, ajetreos y bendiciones que una existencia

humana lleva consigo. Voy a hablarte exclusivamente de tu vocación intelectual. Entiéndeme bien, porque hay un conjunto de cosas en la vida de cada persona que pasan delante de la simple ocupación especulativa de tu inteligencia. Hay situaciones y circunstancias en las que es una infidelidad preocuparse demasiado del cultivo de la inteligencia pura. Te digo esto, porque es el gran peligro del intelectual: el deshumanizarse y el convertirse en un egocéntrico tanto más dañino y peligroso para él y los demás cuanto que su centro de gravedad más valioso es. También aquí vale aquello de que... quien ama su vida la perderá...

Puestas, pues, las cosas en su punto, escúchame unas cuantas reflexiones de hermano mayor.

Vas a empezar una tesis doctoral y quisieras hacerla bien, conjugando armónicamente los factores burocráticos de tiempo, medios, personas, etc. con los más ideales de verdad, profundidad, originalidad, etc.

Mi primero y acaso único consejo es éste: encuentra un filón, busca una materia, apasiónate por un problema, proponte una misión intelectual, ten una meta, posee una preocupación unitaria, una intuición simple, una idea madre.

Lo sé. Esto es el fin, esto es solo posible después de haber adquirido una determinada madurez, después de haber dado muchos pasos en el mundo del espíri-

tu y de haber recorrido muchos senderos, caminos y vericuetos, rectos unos, torcidos otros y sin salida acaso los más. La meta no se alcanza mas que al final, la idea solo se consigue al término de la investigación, el filón solo se sabe que lo es después de haber extraído suficiente cantidad de material.

Mira, esto es cierto y falso al mismo tiempo -aunque no bajo un mismo respecto (para aquietar tus temores racionalistas)- puesto que por un lado es evidente que las soluciones están al final y que no se puede ir a la investigación con ideas preconcebidas y argumentos apriorísticos que nos impiden encontrar lo que hay, porque previamente proyectamos lo que queremos encontrar. Nada más lejos de cualquier imtelectual auténtico que intereses bastardos, fanatismos impuros o prejuicios de cualquier tipo que enturbien nuestra pasión por la vedad dondequiera que se encuentre y tenga las consecuencias que tuviese. Sin embargo, por otro lado no se puede andar sin una meta, no se puede investigar sin una sospecha de la solución, no se puede resolver un problema sin un vago presentimiento de la solución, es imposible lanzarse a la investigación de algo sin una ilusión concreta que nos hace entrever los resultados en esperanza y saborear las soluciones de antemano. Todo descubrimiento grande o pequeño ha ido precedido de una intuición del mismo, aunque la realidad descu-

buerta no coincida luego materialmente con lo presentido. Colón no quería descubrir América, pero quería descubrir tierras y llegar a las Indias, Watt no se había propuesto inventar la Locomotora, pero quería utilizar las fuerzas naturales, Faraday no pensaba en las dínamos pero estaba obsesionado en convertir el magnetismo en electricidad.

Pero hay más todavía. Y este plus se encuentra cuando pasamos del orden de las ciencias de la naturaleza a las ciencias del espíritu. En éstas esta ilusión, esta intuición, este presentimiento, este hilo conductor, no es un simple chispazo feliz o una mera idea fecunda, sino que tiene un carácter eminentemente existencial. No es una idea, sino un ideal, no es un presentimiento, sino un propósito, no es una intuición vaga, sino una esperanza firme, no es una solución vaga o genérica, sino una dirección concreta y segura. Ciertamente, el ideal tiene aun que realizarse y casi seguro se realizará de una manera muy distinta a como ahora lo imaginamos, pero si materialmente es distinto formalmente es el mismo; el propósito no es aun su cumplimiento pero lo contiene, la esperanza no es todavía la posesión actual, pero es una verdadera posesión, la dirección no implica haber recorrido el trayecto, ni siquiera conocer la senda precisa; pero significa estar en camino. Algo de todo esto quería decir Fichte cuando afirmaba que la clase de que uno escoge depende de la clase de hombre que se es.

Evidentemente, todo esto no presupone que se conozcan -repito- las soluciones, antes de empezar; sino que exige que se posea un pathos investigador, una vocación intelectual que percibe precisamente esta llamada por parte de la verdad que la oye venir de aquella parte y no de otra, con aquella voz y no con otra, aunque todavía no entiende lo que dice, no descifra lo que habla, ni percibe las sílabas de la llamada. Más lo primero que debe hacer es ponerse en camino.

Mi querido estudiante:

Me dirás que en lugar de darte consejos concretos estoy desarrollando una tesis sobre la investigación. Si he logrado hacerme entender en lo que antecede no creo que me digas que no te es útil; puesto que además de ser la piedra de toque del verdadero intelectual, confío en que centrará un poco tus inquietudes.

Pero no desdeño en descender a una esfera inferior y llevar la aplicación de aquellos principios a tu caso particular.

Lo que a tí ahora te preocupa es una sola cosa: el tema de tu tesis doctoral.

Pues bien, helo aquí:
Si no fuese muy peligroso, en nuestra época racionalis-

ta, abusar de los símiles logísticos y matemáticos te diría que tu tesis viene dada automática y exactamente por la siguiente fórmula:

$$k = \left(\frac{I \pm j}{c \pm n}\right)^{i} M\ t \pm v\ B$$

en donde $M = p \cdot l \cdot a \cdot m$

e $I = f\ (V, F)$

O bien dicho con otras palabras, antes de explicar la fórmula: Tu tesis tiene que ser un trozo de tu labor intelectual de toda tu vida, tiene que ser un primer escarceo introductorio y sujeto a múltiples rectificaciones del problema intelectual de tu existencia. Aparte de ser inmoral, es infecundo, deformador y contraproducente dejarte llevar de la prisa o de las circunstancias meramente externas y ocasionales en la elección del tema de tu tesis.

Debes escoger un tema concreto c en función de tu interés fundamental I, suficientemente realizable en tus circunstancias personales y suficientemente profundo para que no caigas en la barbarie de la especialización.

El tema de tu tesis debe ser, <u>concreto</u>, sin divagaciones ni excesivas ideas generales, que no estarían en su lugar; <u>profundo</u>, que no está reñido con su primera cualidad. Así a través de un argumento concreto

y particular comunicar con el ser y en profundidad estar en comunión con todos los problemas de la existencia. Y finalmente vital, es decir que te interese personal y existencialmente, que no sea un pasatiempo o un problema artificial sino algo propio de tu misma vida.

Y ahora pasemos a la fórmula fácilmente inteligible:

Tu tesis es igual a:

K, un coeficiente personal, casual, etc. del que depende una buena parte del rendimiento, que influye sobre

I, tu interés vital, tu intuición fundamental, que todavía no conoces en toda su pureza sino mezclada con una ganga

j, que añade o quita a I parte de su pureza.

Con el tiempo y el estudio, j va disminuyendo hasta desaparecer prácticamente y permitir que I aparezca con toda su pureza.
I, que es el factor más importante de toda la ecuación es una función personal de

V, la vocación intelectual de cada individuo y de

F, su fidelidad a ella $I = f(V, F)$; cuyo análisis no pertenece a este lugar.

De esta I se coge solamente una parte,

c, que es el problema concreto que desea estudiarse, aunque al principio no aparezca claramente, sino formando un todo con

n, factor positivo o negativo, imposible de eliminar al empezar la tesis.

Todo ello está elevado a la potencia

i, que representa la inteligencia propia del investigador.

A su vez este factor principal se ve afectado de

M, los medios concretos de que dispone el doctorando.

Estos se pueden expresar en la fórmula dada,

M = p l a m,

en donde

p = profesores

l = libros (idiomas que sabe, etc,)

a = ambiente cultural, etc.

m = otros medios.

Un factor a tener en cuenta es

t, o el tiempo de que se dispone.

Y todo ello posee un valor mayor o menor según

B, las circunstancias burocráticas del doctorando que se ven afectadas, entre otros factores, por

v, o factor valentía o audacia en la vida.

Me dirás que con ello todavía no tienes escrita la tesis. Esto es evidente. La labor es tuya. Esto me da pie a una última consideración.

Es importante el consejo ajeno y es imprescindible la dirección para la formación intelectual; pero ésta no es posible en una forma químicamente pura. Conozco estudiantes jóvenes y bien intencionados que no quisieran leer un libro en balde, que no quisieran hacer un paso de más, que desean una formación químicamente pura y una dirección que llamaría totalitaria. El niño para aprender a andar tiene que probar y que caerse varias veces; el hombre no puede alimentarse con píldoras asimilables en un ciento por cien; la formación no ahorra los tanteos personales, las rectificaciones, los tropezones y el recomenzar.

Es necesario vencer una cierta avaricia de tiempo y un cierto prurito de máximo rendimiento.

Lánzate, estudia, prueba, consulta, equivócate, rectifica, vuelve a empezar, desespérate, cálmate, persevera, ama, vive... y sigue siempre adelante. El intelectual es un hombre y su investigación debe ser su vida. Y la vida... la vida que nos ha sido dada -dice Tagore- solo se merece dándola.

Conocimiento propio

(354)

No me quiero conocer, Señor; quiero que tú me conozcas. ¿Qué sacaría de mi conocimiento -si fuese posible, en este estrato de profundidad del cual y desde el cual estoy hablando- qué me reportaría mi conocimiento, si a pesar de él permanecería siendo tan impotente como antes, sin tu gracia, sin tu auxilio, sin tu intervención directa?.

Deseo en cambio que me conozcas tu; y me doy cuenta, entonces, que este es el mayor grado de conocimiento: la criatura en tanto más se conoce en cuanto más inteligible se hace y se hace más inteligible en cuanto más la conoces -con tu inteligencia creante- Tú, mi Señor y mi Dios.

Deseo que me conozcas; esto es, deseo hacerme inteligible, trasparente; serte claro, sincero, fiel. Que tu puedas verte en mi, que te sea una imagen fiel, un fidedigno, un *verbum* puro.

Que no tenga, Señor, recobecos escondidos, ni pliegos anímicos escondidos a tu Luz. ¿Qué sacaré de saberme así o asî, si luego no tengo fuerza para remediarlo? ¿Qué significa conocer un defecto mío, si todos

están vinculados formando una unidad y no se puede crecer en una virtud, sin crecer en todas las demás?.

Yo no elimino, en absoluto el papel de la prudencia humana, de esta gran virtud intelectual que debe regir todos nuestros actos -excepto el amor que se le escapa-; sino que digo que esta misma prudencia debe ser el instrumento de tu don de Sabiduría.

En un segundo orden de cosas debo conocerme elementalmente por lo menos, para dirigir mis actos y mi lucha ascética hacia la perfección. Esto queda bien entendido y sentado; pero ahora no hablo de esto; sino de esta preocupación -malsana y teológicamente equivocada que cifra en el conocimiento propio la cima de la perfección.

En este plano místico, me basta saber que soy un pecador, que mi existencia está vulnerada por el pecado original y por los pecados actuales, que mi voluntad es rebelde y que mis inclinaciones no están armónicamente ordenadas entre sí, si dirigidas hacia tí. Una vez conocido y experimentado esto, quiero olvidarme de una vez y entregarme, esconderme entre tus brazos, cerrar los ojos, ser tuyo y saber que tu me conoces, que tu vigilas por mi, que tu me diriges.

Mi labor está en vivir en tu Presencia, esto es en no esconderme de ti, en no apartarme, en no salir ni querer salir de tu vista, en desear ser conocido por tí.

Pobres mujeres

(355)

Quisiera prescindir de cualquier consideración de moralista y escribir una reflexión exclusivamente humana, sin dejar por eso de ser cristiana.

Todos nosotros hemos aprendido en la escuela que el Cristianismo revalorizó a la mujer y la convirtió de esclava, de cosa o de diosa caprichosa y cruel, en mujer, eso es en persona, con dignidad, destino propio y misión terrena paralela a la masculina y tan indispensable como ella, aunque dentro de un orden jerárquico.

La llamada civilización moderna desde hace escasamente algo más de un siglo empezó un movimiento, laico y naturalista de emancipación de la mujer. No voy a meterme en este problema.

No voy mas que a consignar un hecho. En nuestra civilización occidental la mujer parece que ha alcanzado una autonomía, una personalidad, una libertad igual o muy parecida a la masculina y teóricamente y poco menos de hecho casi ninguna puerta le está cerrada.

Y he aquí una conquista de nuestra sociedad,

que dentro de ciertos límites impuestos por la misma naturaleza, parece magnífica. He aquí al hombre moderno acostumbrado en ver a la mujer, no la hembra, ni la esclava, ni la tirana despótica de sus sentimientos, sino la estudiante, la camarada, la compañera de oficina, de taller, la sirvienta, la camarera, la secretaría, la enfermera o lo que sea. Y se trata con ella, dentro de ciertos límites y con ciertas cautelas -que son a menudo olvidadas (pero no escribo en plan moralista)- como con una persona, como con un compañero más, objetivamente, independientemente de su sexo.

Yo no sé si esto es una utopía inestable y nunca se ha dado o se dará. Las apariencias, sin embargo de una buena parte de nuestra sociedad son éstas. Naturalmente que esta armonía, solo puede mantenerse, si la mujer está vigilante y pone freno y coto a determinadas costumbres, usos o abusos, para que el sexo no se extralimite, sin verse tampoco reprimido antinaturalmente.

Pero he aquí; y a esto es a donde quería venir a parar; que junto a esta faceta, en nuestra sociedad actual se desarrolla sociológicamente otro aspecto completamente opuesto y vergonzoso.

Me refiero a la explotación del sexo de la mujer por todos los medios de que dispone la civilización

presente. Prescindo de si un kiosko es pornográfico o de si una película es indecente y me limito a la vergüenza que me daría a mi como mujer normal, oficinista, estudiante, obrera, enfermera o profesora, de ver expuesta constantemente la mujer como hembra, como objeto de atracción.

No me refiero a magnitud del escote o a los centímetros de la falda, ni mucho menos a criterios -dudosos- para juzgar sobre la moralidad o decencia de una revista, una película, una novela, etc. Me refiero al hecho mismo de especular con el escote, la falda, la fotografía, el cine o la revista exclusivamente en función de una preocupación sexual.

Me podrá parecer muy bien o muy mal que existan prostíbulos o revistas pornográficas; pero lo que me resulta tristemente indicados de la decadencia de nuestra sociedad y de la irrealidad de la emancipación de la mujer en nuestro tiempo, es la sonoridad, la propaganda, la publicidad y la fingida naturalidad con que se ventilan todos estos asuntos. Con ello va resultando que la mujer ya no es más persona, sino que vuelve a ser esclava, o diosa; pero no mujer al lado del hombre en la vida pública. Comprendo perfectamente que los moralistas quieran cortar por lo sano y la quieran recluir otra vez a ser exclusivamente esposa y madre y encerrarla en el hogar.

Vuelve a resultar vergonzoso ser mujer, en nuestros tiempos. Yo no sé con qué tranquilidad puede ir por la calle una mujer, cuando ve por todas partes expuestas decente o indecentemente -poco importa para el caso- la provocación de su sexo. No soy en manera alguna puritano. Siempre he dicho que una de las funciones femeninas en la sociedad es la de hacer bonito, con sus almas y con sus cuerpos; pero una cosa es realizar una función de belleza y otra cumplir un papel de excitantes sexuales.

Por un lado se predica la igualdad del hombre y de la mujer y por el otro nunca se había públicamente exaltado tanto el papel de hembra de las hijas de Eva. No digo que la inmoralidad sea ahora mayor o menor que en otros tiempos; sino que consigno solamente la incongruencia entre ambos fenómenos sociales.

Apariencias

(356)

!Hay qué ver este hombre, este escritor, este político, este pensador, este intelectual, qué vida más holgada, cómoda y agradable lleva!. Banquetes, recepciones, viajes, visitas. !Hay qué ver qué biblioteca más completa tiene, qué despacho más confortable y qué puros o qué cigarrillos más buenos fuma o qué cognac más fino bebe!.

Y así discurren, si a esto puede llamársele discurrir, dos grandes clases de hombres, muy diferentes por cierto, aunque coincidan en esta apreciación superficial de la vida activa de los prohombres de la sociedad. Prescindo de la atracción que pueda ofrecer un gran deportista o una estrella de cine. No voy a incluirlos en mi defensa. Bastaría con ver su entrenamiento, conocer su ascesis, observar de cerca su trabajo para que la tal ilusión se desvaneciese. Vamos a quedarnos con los otros.

Las dos clases de hombres apuntadas, son la de los simples, sencillos, la de los hombres corrientes que van viviendo su vida con mayor o menor penas y fa-

tigas y la de los resentidos, de los fracasados, la de los que habiendo puesto la mano en el arado -y habiendo dejado todas aquellas posibilidades (meras potencias) por amor a Cristo- han vuelto la mirada hacia atrás y ahora envidian lo que ellos ya no pueden realizar.

A unos y a otros les quisiera hablar -siempre sigue siendo verdad que la escritura no es sino un sustitutivo de la palabra- de la ascesis dura y de la vida trabajosa de los hombres públicos, entendiendo esta palabra en su sentido más amplio (en la que se incluye el pobre abad del monasterio o el prior del convento envidiado por el lego sencillo o por el profeso poco santo).

Vamos a entrar en el interior de uno de estos hombres, que para mayor neutralidad no vamos a suponer ni político, ni dignidad religiosa; sino simplemente escritor, pensador, periodista de cierta altura, científico de fama reconocida.

Este pobre hombre lleno de honores, de banquetes y de viajes es uno de los mayores esclavos de la sociedad, aunque no quiera, y aunque no lo haga con afán de servicio cristiano. Este hombre se debe al público, este hombre no tiene un momento libre; su cabeza tiene que estar siempre funcionando.

Le han invitado a un banquete; pero en él tiene que hablar y que decir algo que valga la pena, causa

suficiente para que la comida pierda todo su sabor; este hombre está en una agradable tertulia frente a una buena bebida, en un buen salón y refinada compañía; pero aquello no es una tertulia, sino un campo de batalla, un laboratorio de investigación y un centro de experiencias. Está defendiendo una tesis, está haciendo psicología, está recogiendo experiencia, está haciendo apostolado, política o conspirando. Mientras los otros bebeh, comen o bailan, él, sin dejar de hacer materialmente lo mismo, está preparando un artículo, defendiendo una doctrina, convenciendo a un amigo, tomando notas para un personaje de una novela u organizando una asociación, una revista, un partido, un golpe de mano.

Este pobre hombre a quien tantos envidian va de viaje y en lugar de contemplar el paisaje tiene que pensar en el motivo de su viaje o en la misma contemplación del paisaje para poderla luego describir. Tiene que pulsar la palpitación de aquellos hombres, de aquel pueblo o que conocer más profundamente que los otros aquella realidad o aquel artefacto técnico.

No tiene un momento libre; es un obsesionado, pues este es el precio de su triunfo. Cuando se permite uno de estos lujos que deslumbran a los demás es solo como un alivio, como una merecida compensación -cuando no es un simple instrumento de trabajo- que le permiti

rá aumentar el rendimiento, estar más lúcido en una conversación o trabajar un par de horas más.

Yo he conocido -valga esta pequeña expansión personal- la esclavitud del coche en una ciudad. Prefiero el autobús y aun el tranvía y casi casi también el metro. Por lo menos aquellos malos ratos de transporte, son para uno (si no se tiene la suerte de encontrar a un amigo) y hay que dejar media hora antes la primera ocupación para llegar a la segunda. Cuando se tiene coche, ciertamente no se suda, no se reciben empujones y no hay que hacer colas; pero se es esclavo del vehículo, no se tiene tiempo intersticial ninguno, ni excusa de llegar tarde....

Ascesis del intelectual

(358)

Son ideas muy vulgares y que todo verdadero intelectual vive en lo más íntimo de su ser; pero ahora no quisiera dirigirme a ellos, sino a los otros, a los que no lo son -sin que ello implique ninguna minusvalorización- para que hiciesen el esfuerzo de comprenderle y se diesen cuenta del enorme precio -humano y vital- con que el intelectual compra su vocación de servicio con la inteligencia.

El intelectual es el hombre que ha descubierto su misión de alabanza a Dios y de servicio a los hombres -los dos fines de todo hombre- a través del trabajo de su inteligencia, de la investigación y profundización de la verdad en cualquiera de sus múltiples esferas.

El intelectual se debe a su misión y como esta es ilimitada, no tiene nunca tiempo libre, no termina nunca su trabajo, no acaba nunca su quehacer. Así como el corazón palpita siempre y es necesario su funcionamiento para la vida del cuerpo -y del alma-, así el cerebro del intelectual trabaja siempre, piensa siempre sin

descanso y sin fin, aun cuando no se dedique constantemente a la actividad específica de su trabajo. Todo es ocasión para almacenar experiencia, todo es un motivo para iluminar facetas complementarias y puntos de vista inéditos de su problema principal, directa o indirectamente.

Catarsis y Conocimiento

(360)

Una clase de Teología

Desde todos los tiempos y en todas las culturas el hombre ha sentido la más estricta necesidad de purificarse. El elemento negativo de toda Religión, el factor previo a la unión con la Divinidad y a la felicidad humana que constituye la meta de cualquier Religión, es la purificación del hombre.

El ser humano se siente mancillado, empecatado, impuro. El estigma del pecado original pesa sobre la humanidad entera y, aunque no se conozca como tal, gravita sobre toda la historia humana y todas las religiones acusan su presencia.

Cuando la Religión -iba a decir, degenera en Cultura, y me corrijo- crea una Cultura, el camino hacia la purificación que hasta entonces había seguido la dirección de la voluntad, de las acciones, del Bien, encuentra una segunda senda que se llama intelecto, contemplación - - Verdad. Luego, más tarde, cuando, en virtud de una dialéctica histórica -influída por la misma existencia humana originariamente empecatada- la Cultura quiere desplazar completamente a la Religión y acaso aun

ocupar su puesto, entonces se pierde la fuerza motriz de la búsqueda de la Verdad y se olvida que los hombres han buscado -buscado, es decir tendido hacia, aspirado a, querido- la Verdad no por su estricto y desencarnado carácter verdadero, sino por su íntima conexión con el Bien y porque en ella creían encontrar la salvación. Cuando se ha olvidado el carácter catárquico del conocimiento, la Cultura se ha desgajado ya totalmente de la Religión y la misma Verdad queda deshumanizada, despersonalizada, sin substancia y se convierte en una simple relación, en una mera adecuación, en una vulgar abstracción.

Acaso, entonces, se seguirá diciendo que la Verdad es la misma Realidad; pero es una Realidad objetiva, allende mi persona, independiente de mi, una Verdad de la cual yo no formo parte, un mundo de proposiciones ideales, correctas y que sirven para que nuestro intelecto, separado de nuestra persona, no se equivoque cuando se adhiere a ellas. Que para corregir este desenfoque surja el Idealismo es más que comprensible.

Y no obstante la Verdad sigue atrayendo existencialmente porque es además Bien, porque es ante todo salvadora. Eso es, salvadora, redentora, liberadora. Escrito está -y muchas veces lo hemos tomado como una exageración o como un modismo poco preciso y un tanto metafórico del Señor- escrito está que la Verdad nos hará libres (Io.,).

La Verdad es constitutivamente purificadora,

liberadora. Y ello no solo psicológicamente en cuanto el hombre que camina en la Verdad no se equivoca y se libera de las trampas del error y de los peligros de las situaciones falsas, sino, en cuanto que la misma Verdad es la única que nos da la fuerza, la capacidad de actuar según la íntima estructura de nuestro ser y en consecuencia de desarrollarnos y crecer ónticamente al expansionarnos desde dentro, sin coacción alguna desde fuera, lo que constituye la misma esencia de la Libertad.

Pero volvamos a nuestro punto de partida.

El hombre se purifica también por su conocimiento. La Verdad no es moralmente neutra, ni axiológicamente incolora. Por eso la ha tenido siempre una pretensión de salvación y por ello mismo ha entrado en conflicto con la Religión cuando no ha sabido estar humildemente -es decir, verídicamente- a su servicio.

El conflicto entre y no es otro que el de la lucha por la salvación del hombre. Ambas pretenden poseer un poder salvífico. La reconociéndose como aquel sistema intelectual, aquella actitud de la mente humana al servicio de la Religión; la queriendo suplantarla y bastarse a sí misma.

Ni que decir tiene que entiendo por aquel saber que pretende ser último y que se declara incompatible con cualquier servidumbre; y por aquel saber que quiere servir a una Revelación, que se sabe deudor

de una Realidad que nos viene dada, re-velada y a la que debe atenerse al intentar entenderla, profundizarla, captarla y aun vivirla.

Prescindiendo de los enormes problemas aquí implicados, desembóquemos directamente a la consideración del carácter catárquico del conocimiento.

¿Qué se entiende, ante todo, por carácter catárquico? ¿Qué es purificación? ¿Qué significa que el conocimiento purifica?.

No habría dificultad ninguna en entender la purificación como una cuestión moral, si la moral no se desvinculase de la metafísica. Desde este último aspecto cabría decir lo siguiente.

El hombre tiene un destino: unirse con Dios. Para ello tiene una existencia terrestre y temporal en la que le está dada -dada, don, gracia- la posibilidad, la capacidad de merecerlo y de conquistárselo; es decir, el ser humano es un ser que aun no está hecho, aun no está acabado, aun no es perfecto y en sus manos está llegar a <u>ser</u> lo que debe ser. Ahora bien, no es solamente que el hombre esté a medio hacer, por así decir y que él -siempre con la ayuda y la gracia de Dios- deba terminar su propio ser; sino que además la contextura real existente -fáctica- del hombre está maltrecha, mal he-

cha, -no de tal manera que su naturaleza sea mala (cosa por otra parte metafísicamente imposible) sino en el sentido que su naturaleza está enferma, mancillada, herida- debido al pecado original y además a los personales. Sin un Redentor, sin Cristo, le sería imposible al hombre rehacerse, redimirse, salvarse.

Ahora bien, Cristo viene y confiere al hombre la gracia suficiente para que pueda colaborar libremente a su salvación; es decir le vuelve a regalar la capacidad y fuerza suficiente para que el hombre -siempre con esta gracia- se termine a sí mismo, gane el cielo, en términos cristianos.

Esta colaboración a la gracia, este hacerse el hombre a sí mismo tiene un triple aspecto: el primero nuclear y substancial, misterioso y originario de los otros dos. Dios, o más exactamente aun, Cristo confiere a cada hombre que viene a este mundo la gracia suficiente para salvarse.

Ahora bien, dentro de la economía normal del plan redentor de Dios, como el hombre es un ser espiritual dotado de inteligencia y voluntad, este hacerse, o terminarse de hacer ónticamente el hombre a sí mismo, o si se quiere esta acción redentora de Dios, de Cristo es una acción, es un hacerse inteligente y libre.

El hombre se salva queriendo salvarse, es decir el hombre conquista el cielo aspirando y tendiendo hacia él, o con otros términos un tanto vagos y generales siguiendo los dictados de su propia conciencia. El camino de salvación es un camino ético, o con otras palabras, el hombre se va haciendo a sí mismo tendiendo hacia el Bien, realizando el Bien. Así va llenando los agujeros de su ser, va purificándose por un lado y perfeccionándose por otro hasta que es encontrado digno de la unión con Dios si de veras ha sabido colaborar con la gracia recibida y ser fiel a la acción salvadora de Cristo redentor.

Ni que decir tiene que cuando hablamos de la actividad y la inciativa del hombre, ésta es siempre secundaria y subordinada a la acción primaria de Dios.

Pero además -y esto suele olvidarse a menudo- en la economía ordinaria de la gracia, por ser el hombre un ser dotado de intelecto además de voluntad; el camino corriente de salvación es un camino inteligente.

De ahí que -ordinaria y normalmente- no baste seguir el Bien, sino que hay también que adherirse a la Verdad.

Nadie se salva si no hace el Bien; pero igualmente nadie se salva si no está en la Verdad. Bien y Verdad objetivos y en sí que son captados por la conciencia y la inteligencia subjetiva personal, aunque no coincidan

con el Bien y la Verdad objetivos quoad nos.

Me explicaré: Existe un triple estado del Bien y de la Verdad: El Bien y la Verdad objetivos en sí, es decir Dios; el Bien y la Verdad objetivos quoad nos que podría identificarse con Cristo si se quiere y cuya depositaria es la Iglesia, es decir el Bien y la Verdad tal como objetivamente el hombre puede aprehenderlos; y en tercer lugar el Bien y la Verdad meramente subjetivos en la conciencia o en la inteligencia de una persona. Un budista por ejemplo puede alcanzar el Bien y estar en la Verdad (del primer caso) por medio del Bien y de la Verdad subjetivos (su buena voluntad y su inteligencia recta) sin pasar por la segunda. La Moral de un budista o su Credo pueden ser objetivamente insuficientes y sin embargo llegar a la salvación, es decir conseguir la Verdad y el Bien objetivos en sí. Las relaciones -que existen, y muy positivas- entre estos tres estados no pertenecen a este lugar.

Hace falta pues -de una manera u otra- estar en la Verdad para salvarse. Una de las cosas más chocantes al estudiar la Historia de la Iglesia es la absoluta pretensión de Verdad que ésta tiene y la obligación que impone de creer un Credo y un conjunto de fórmulas más para salvarse. Todos los Concilios contienen rigurosos anatemas, no para el que hace el mal, sino para el que

profesa el error. Y ello no es solamente un problema de obediencia y de disciplina eclesiástica, sino ante todo una cuestión de Verdad, de la Verdad salvífica -cuya custodia solo tiene la Iglesia- fuera de la cual (fuera de las cuales: Verdad e Iglesia) no hay salvación. Quicumque nult saluus esse ... empieza el famoso Símbolo Atanasiano, debe creer esto y lo otro y lo de más allá, y sino lo cree no se puede ser salvado.

Para salvarse, dentro de la economía normal (en casos extraordinarios basta que se de el primer aspecto nuclear ontológico mencionado) hace falta, pues, no solo que nuestra voluntad tienda hacia el Bien, sino también que nuestra mente se adhiera a la Verdad.

Centrado así el problema, presenta una doble faceta:

Hacer ver como es necesario que nuestro intelecto capte la Verdad para que el hombre pueda ser salvado y mostrar, en segundo lugar, el carácter salvífico del conocimiento de la verdad o más simplemente, el carácter catárquico del conocimiento a secas, puesto que en rigor el conocimiento de la falsedad no es propiamente conocimiento.

En el primer aspecto va implicada toda la problemática de la fe y vamos a prescindir de él después de haber hecho una sola consideración que nos será convenien-

te para introducirnos al segundo aspecto de la cuestión.

Para que el hombre se salve, es decir para que esté en condiciones ontológicas de poderse unir con Dios, hace falta que sea en cierta manera homogéneo con Dios, es decir, se requiere la gracia. Quien no muere en estado de gracia no puede salvarse. Ahora bien la gracia que según la escolástica es una cualidad sobrenatural que incide en la misma alma humana, por sí misma, sino hay óbice, tiende a influir sobre las potencias del alma, a saber sobre la inteligencia y sobre la voluntad. La influencia sobre la inteligencia es una elevación e iluminación de la misma y como la inteligencia es la facultad de lo verdadero, esta inteligencia iluminada por la gracia poseerá una cierta fe que le hará adherir a la Verdad.

Llegados aquí; para desarrollar el segundo aspecto anunciado, sin olvidar nada de lo dicho ni la perspectiva en la que nos hemos situado, descendamos de nuevo a nuestro punto de partida.

Conocimiento es la asimilación intelectual de una verdad. Ya hemos dicho que no puede haber conocimiento real que no sea de lo verdadero. Cuando yo realmente conozco algo, conozco algo que es y en la medida que es y en cuanto tal lo que conozco por esto mismo es una verdad. El error puede estribar o en que opine conocer una cosa que en rigor no conozco, es decir en un engaño o una

alucinación de mi intelecto, o en cuanto extrapole lo conocido y lo absolutice interpretando como toda la verdad de una cosa, aquello que solo es una parte de la misma. Dicho en términos filosóficos, la falsedad -no así la verdad- está solo en el juicio. Cuando afirmo que 2 y 2 son 5 me engaño y en rigor no conozco que 2 y 2 son 5. Es el primer caso. Cuando digo que Jesucristo es solamente hombre, extrapolo o absolutizo y de mi conocimiento real de la humanidad de Cristo paso a opinar que Cristo es solamente su humanidad. Sería el segundo caso. Si luego añadiese que Cristo es un impostor estaría en el error del primer caso. Yo no conozco, ni puedo conocer que Cristo es un impostor. Lo que conozco es que es hombre y que se ha llamado Hijo de Dios. Y como no admito que pueda ser ambas cosas a la vez, ni que haya podido equivocarse en una afirmación de tanta monta deduzco que ha querido engañarnos.

Todo conocimiento en cuanto conocimiento es verdadero, es decir conoce verdad. Ahora bien, conocer verdad es asimilar intelectualmente un ser, es decir unirnos con él, enriquecernos con él, atraer algo suyo a nosotros y aumentar la densidad óntica de nuestro propio ser. (De aquí se deduce claramente la falsedad de la opinión liberal de la mal llamada libertad de pensamiento: No me está permitido pensar prescindiendo de los cánones de la Verdad, como no me es lícito vivir fuera de las normas del Bien, de la Moral).

Conocer es, pues, conocer vedad, pero la verdad es ser y el conocer apropiación, asimilación, unión. Luego conocer es enriquecer nuestro ser, es aumentar en ser, es caminar hacia una mayor plenitud de nuestro ser.

Entre estas verdades conocidas las hay de muy distintos tipos, tantos cuantos tipos de ser hay. Conocer una determinada ciencia particular representa un aumento de ser en nosotros; pero es un aumento accidental, o si molesta en este lugar esta palabra, es un incremento secundario de ser, no es un aumento del núcleo de nuestro ser, de nuestra misma substancia, en un cierto sentido.

Como nuestro ser está empecatado, herido, maltrecho, cualquier conocimiento representa un cierto perfeccionamiento; pero no todo conocimiento es un bálsamo para nuestras heridas.

Existen, sin embargo, un tipo de verdades que tienen la peculiaridad de purificar nuestro ser, de aumentarle su valor substancial, de curar nuestras heridas. En un lenguaje profano diremos que son las verdades religiosas; en términos cristianos precisaremos diciendo que son las verdades de fe. Llamadas aquí de fe -y con mucha propiedad- porque solo la fe me abre a ellas y me hace capaz de recibirlas de tal manera que me salven, me curen, me perfeccionen.

Conocer, no es, pues, para el hombre una actividad intrascendente. Y el conocimiento de Dios no es un lujo más o menos superfluo para el hombre, sino que es la condición misma para que su intelecto se redima. Toda la misión que Santo Tomás se atribuye a sí mismo no estriba, sino en hablar de Dios (C. Gentes I, 2). Y el fin de toda la vida del hombre sobre la tierra -añade- consiste en que vaya conociendo más y más a Dios, aunque solo llegue a conocerlo como a un incognoscible (C. Gentes, III, 149).

Ahora se comprende por qué la tradición cristiana ha podido resumir la unión con Dios y el cielo como el conocimiento intuitivo de Dios, la visión facial, la visión beatífica.

Se trata ahora de ver como el conocimiento de las verdades de fe, de las verdades religiosas, podemos decir para volver al plan fenomenológico en que nos hemos situado, purifican y salvan al hombre.

Todos los hombres desean por naturaleza saber, dice el inicio de uno de los mayores monumentos metafísicos de todos los tiempos (1). Pero este saber, este deseo, este amor de ver - (2)-

---

(1) Arist., Met., I, 1 (980 a 21).

(2) ib.

no es una mera curiositas, un simple cosquilleo intelectual, o un barato afán de novedad. Todo esto puede darse, mas como degeneración y adulteración de aquel primigenio deseo de saber constitutivo del mismo hombre.

El hombre desea saber por el mismo hecho que desea ser; las ansias de saber son, en último término, ansias de ser. El hombre desea saber para ser; por esto el saber acuciante y primario es un saber de salvación, no como si la salvación fuese un "sésamo" un "truco" una "piedra filosofal" un "talui" extrínseco que al conocerlo lo tenemos en nuestro poder y con él como con una llave abrimos las puertas del cielo. El saber de salvación auténtico no es una "voluntad de poder", no es un querer saber para ser fuerte, para tener potestad sobre los demás o sobre sí mismo, o aun sobre Dios mismo conociendo la "ciencia del bien y del mal".

El hombre desea saber porque el saber salva, porque el saber hace ser. No es que el saber confiera extrínsecamente un poder, sino que el saber perfecciona intrínsecamente, llena de ser nuestra existencia todavía potencial y en esperanza. El saber salva porque hace ser. Cuando Salomón pidió a Dios la Sabiduría no le pidió el mero conocimiento de las cosas, ni tampoco el simple conocimiento de sí mismo como de un objeto, sino que le pidió la salvación, le pidió la plenitud de su propio ser, le pidió la unión con la Verdad, la asimilación del Ser.

La pasión del sabio es saber, es la sabiduría; y esta fué la actitud fundamental de Santo Tomás: saber lo que las cosas son, saber lo que el universo es, saber lo que Dios es, o por lo menos conocer lo que no-es. Noverim te, noverim me! gritaba apasionadamente San Agustín, porque se daba cuenta de que en este conocimiento que implica y es inseparable del amor, está la salvación, el perfeccionamiento de su ser, la unión con Dios, el fin de su vida: conocer como soy conocido ( ).

Ya hemos dicho que aunque todo saber posea un carácter catárquico, con todo no todo saber es ya de por sí salvífico. Solamente el saber sobrenatural salva al hombre.

He aquí un resumen esquemático del proceso:

Nuestro ser es un ser espiritual, es decir una naturaleza intelectual y en consecuencia en tanto es, en cuando entiende, en tanto está en acto no en cuanto es inteligible, sino en cuanto es inteligente, en sentido activo, o con otras palabras, en cuanto se asimila el ser inteligido. Ahora bien, si las cosas materiales son el objeto primero de nuestro intelecto debido a su naturaleza encarnada, el objeto propio y máximo de nuestro ser inteligente es Dios mismo. Cuando entiende a Dios, entonces es cuando nuestra inteligencia propiamente es,

o si se quiere ha llegado a ser, ha actualizado su potencia y ha cumplido su esperanza.

Con otras palabras, nosotros llegamos a ser cuando conocemos a Dios y vamos llegando a ser en la medida que le vamos conociendo. Este camino cognoscitivo es el conocimiento de fe, puesto que solamente por ella puede nuestro intelecto conocer a Dios de una manera adecuada a nuestra existencia, a nuestro destino y a la condición fáctica de nuestra inteligencia.

Es evidente que junto a este camino de fe hay un caminar en esperanza y un progresar en caridad; pero ahora interesaba solamente subrayar el aspecto catárquico del conocimiento.

La conversión necesaria

(362)

Convertíos, haced penitencia, , el que no renace en agua, fuego y espíritu..., si no abandonáis vuestras viejas costumbres..., etc. etc. Pocas veces repite el Señor y luego como sus ecos S. Pedro y S. Pablo, esta exigencia de la conversión.

Desearía reflexionar, ahora, sobre un solo aspecto, psicológico y ascético esta vez, del complejo fenómeno de la necesaria conversión.

Dice el Venerable Guigo, el Legislador de los Cartujos en la primera mitad del siglo XII: "Quidquid ob pacem et beatitudinem tenueras et amaveras contemne, nisi pacem ac beatitudinem vis omnino perdere" (Meditationes, 145 - Ed. Wilmast, p. 92).

El hombre busca la paz y la felicidad, pero no la encuentra, ni la puede encontrar primero en Dios, sino en las criaturas. El niño busca la leche del pecho de su madre y luego el juguete que le gusta y más adelante el sol y el paseo y el manjar y la compañía que le son agradables, y más tarde, mutatis mutandis, lo mismo: la amistad, el amor, la profesión, el triunfo, la eficacia, el bienestar, etc.

Luego hay que descubrir el carácter relativo de todos estos bienes, de todos sin excepción; pero si no los hubiésemos tenido como bienes no podríamos abandonarlos para convertirnos a Dios, para superarlos y llegar a la verdadera paz y bienaventuranza. Hay que pasar por ahí. Quien fuere insensible a la buena comida, a un día de sol, a una ambición, a una amistad, a un triunfo, a un amor, sería un monstruo humano, no sería ni siquiera hombre. Por las criaturas hay que remontarse hasta Dios. A las criaturas hay que abandonarlas, hay que pisarlas, pero hay que apoyarse en ellas para subir más arriba. Por eso los santos que más han vivido y predicado el amor puro a Dios y la esperanza desnuda en su Providencia, han sido los que más fuertemente estaban enamorados de la naturaleza y más sensibles eran al mundo. Toda la ascesis de la nada de un San Juan de la Cruz sólo se explica en un espíritu ultrasensible a la belleza de las criaturas. El desasimiento absoluto del caballero de la dama Pobreza es la creación de un San Francisco hermano del sol, de la luna, de los peces y los lobos.

La conversión es necesaria, el salto a la trascendencia es indispensable. No hay una línea de continuidad entre las criaturas y Dios. Luego <u>in via descensionis</u>, cuando un alma se ha enamorado de Dios y purificada por su amor vuelve a las criaturas, desde arriba descendiendo a las cosas no hay solución de continuidad; pero desde abajo, <u>in via ascensionis</u> en el primer camino hasta Dios

no hay más remedio que dar el salto. Y si quieres paz y felicidad tienes que abandonar aquellas cosas que te han dado paz y felicidad. Aquí está la paradoja cristiana; aunque luego, in via descensionis, te encuentres con el ciento por uno.

Desprecia todo aquello que poseías y amabas por causa de la paz y de la felicidad que le repostaban, dice Guigo con frase fuerte. No dice que se abandonen aquellas cosas, que se superen, que se las perfore para encontrar el verdadero néctar divino del que no eran sino vestigios, sino que exige que se desprecien todos aquellos valores. Típico ejemplo del pensar existencial cristiano. Un teólogo más racionalista de siglos posteriores, teniendo ante su vista el mundo de las esencias y temiendo caer en la exageración de Bayo o de Pelagio nos diría todo lo que hemos ya insinuado: que la naturaleza y las cosas son buenas; pero que hay que trascenderlas.

El monje medieval no tiene delante la naturaleza humana filtrada por la razón y purificada por los reactivos de la especulación; sino que tiene que habérselas con la existencia humana, con el hombre en bruto, real, existencial, mancillado por sus propios pecados y por el pecado de todo el género humano. El no ha venido a establecer una tesis: Para conseguir la paz hay que buscarla en Dios, etc., sino que le importa dar un

consejo, un consejo eficaz, vivo y realista a los hombres sus hermanos: Y el hombre real para realizar el salto, para llegarse hasta la fuente de la paz y de la felicidad, no tiene más remedio -mal que nos pese muchas veces, que desearíamos posturas humanistas más elegantes- que despreciar, que abandonar, que pisar, que parecer desagradecido, que figurar como insensible aquellas cosas que le han sido necesarias, le han sido imprescindibles; pero que ahora abandona, tira y desprecia.

Esta conversión es necesaria. Y es tanto más difícil cuanto más elevado era el valor del instrumento por el cual yo había descubierto la paz y la felicidad. Esto hace la dificultad de algunas conversiones, las conversiones de la gente buena, las de aquellos que como el joven del Evangelio han guardado los Mandamientos desde su juventud, pero todavía les falta una cosa.

Me explicaré con un ejemplo extremo: Si yo disfruto y encuentro la paz y la felicidad con la buena comida; mejor dicho si los primeros analogados de estos valores los he descubierto en el placer gastronómico, me será mucho más fácil despreciarlos para remontarme a Dios que si yo soy un apasionado por la música o mejor aún por el culto litúrgico. Me será mucho más difícil despreciar toda la belleza de la Liturgia, despreciar los valores más positivos del espíritu por los que yo he

llegado a gustar la paz y la beatitud para adherirme a Dios solo y desnudamente.

Es evidente, que en igualdad de otras circunstancias quien se apoya en el peldaño litúrgico subirá mucho más alto que quien pisa el valor gastronómico; pero no es menos cierto que el peligro de engaño es también mucho mayor y la dificultad de despreciar un valor que tanto halaga a mi espíritu.

Esto no quiere decir que tenga que ser insensible a la comida o que tenga que abominar de la belleza litúrgica; sino solamente que debo superar y para superar, sobrepasar, perforar, etc., existencial y fácticamente hay que despreciar estos valores, considerarlos como relativos, sacrificarlos a Dios y no recibirlos ni gustarlos más que en tanto en cuanto el Señor, in vía descensionis me haga gustar de ellos. Entonces no solo me está permitido, sino que me está mandado.

In manus tuas, Domine,

commendo spiritum meum!

(363)

Perdóname, Señor, porque he pecado, he pecado de desconfianza, de desánimo, de desesperación. He dudado de tu Providencia y me he rebelado interiormente no tanto contra el destino como contra mí mismo.

No voy a analizarme ahora, ni a acusarme más, ni a excusarme, recorriendo motivos y haciendo psicología personal y ajena y autopsicoterapia.

Necesito tu perdón, tu ayuda, tu gracia para que renazca en mí la virtud de la Esperanza.

Hazme creer, sentir, Señor, no sensiblemente pero sí con esta experiencia y convencimiento total que tu sabes infundir, hazme sentir que soy hijo tuyo, que tu cuidas de mi, que tienes ilusión por mi, que todavía puedo servirte, que todas las ansias que has depositado en mi corazón, que toda la sangre que haces correr por mis venas y las ideas que haces bullir en mi cerebro, que todo esto tiene un sentido para tí, no para mi, que todo esto dará su fruto, para tu Reino, no para mi triunfo.

Hazme sentir que hay eunucos por causa del Reino de Dios y que si tu me quieres así, es que tu servicio así lo reclama. Lo acepto todo, Señor, este tiempo que pasa, esta vida antinatural, este castigo, este ambiente asfixiante, esta clausura espiritual, este derrumbamiento total.

He reaccionado mucho tiempo contra el complejo de víctima; pero ahora comprendo que, a veces, es la única salida positiva posible. Acepta, Señor, este sacrificio.

Haz que yo me instale en ti, que viva en ti. Entonces superaré el ser víctima de los hombres para ser presa tuya; pero entonces ya será la vida de amor.